

MANUEL M. ZORRILLA

---

# RECUERDOS

DE UN

# SECRETARIO

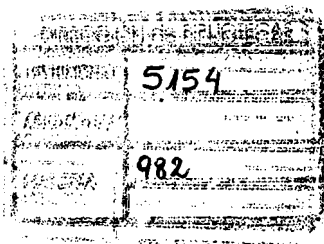
TOMO I

EPISODIOS DIVERSOS



**BUENOS AIRES**  
**Moen y Hno., Editores**  
**FLORIDA, 323**  
**1912**

ES PROPIEDAD DEL  
GOBIERNO DE LA  
CIUDAD DE BUENOS AIRES



ZOR R

TALLERES GRÁFICOS "OPTIMUS"  
A. GANTIELLO VENEZUELA 612 80. AS.

## PRÓLOGO

---

Creo que debo decir algunas palabras sobre el origen y el objeto de este libro.

Treinta años de modesta actuación en la vida pública, desarrollada principalmente en puestos delicados y de confianza al lado de eminentes personajes, en la prensa periódica, en los núcleos dirigentes de agrupaciones electorales, y en diversas comisiones de carácter político y administrativo, me han puesto en condiciones de poder apreciar de cerca personalidades y sucesos que se han destacado en primera línea durante algunos de los períodos más difíciles, más accidentados y más fecundos porque ha atravesado nuestro país.

Todo lo que he visto y oído con ese motivo daría materia para varios volúmenes, pero probablemente ni estas páginas habrían salido de mi pluma sin un antecedente que debo recordar.

El día en que dejó la presidencia de la República el doctor Avellaneda, á quien acompañé como secretario durante toda su administración, y á cuyo lado estuve también en los momentos más críticos de la lucha electoral que terminó con el triunfo de su candidatura, me dirigió en presencia de numerosas personas que habían ido á saludarle, palabras que no repetiré, pero que comprometieron mi gratitud, y halagaron mis más vivos sentimientos.

Cuando algún tiempo después se sintió atacado por la enfermedad que le llevó á la tumba, emprendió por consejo de sus médicos un viaje á Europa con el objeto de restablecer su salud, que desgraciadamente se hallaba

perdida sin remedio, siendo él uno de los primeros en reconocer la proximidad de su fin.

—Me voy y seguramente no volveré, pero sé que dejo en usted un fiel testigo de una gran parte de mi vida pública—, me dijo estrechándome tristemente las manos al despedirse de mí.

La impresión que sentí al escuchar tales palabras, y al contemplar esa fisonomía que tantas veces había visto yo animada por el entusiasmo, por la ambición, por el triunfo, por la vida en toda su intensidad, y que en ese momento me pareció desvaneciéndose ya en la penumbra del sepulcro, me impidió contestar de viva voz, pero el doctor Avellaneda debió haber comprendido por mi actitud, que había aceptado resueltamente ese testamento en el que como una última prueba de amistad y de confianza me hacía una especie de albacea de su memoria.

Y en ese mismo instante adopté la firme resolución de dejar diseñados en alguna forma los contornos de su gran figura, y de ofrecer un testimonio de los principales detalles de su actuación pública, tan injustamente combatida en diversas ocasiones.

Poco tiempo después murió el doctor Avellaneda á bordo del buque en que regresaba á su patria, y sus amigos no pudimos recibir en el puerto sino su cadáver.

Ni por un momento dejé de alimentar con cariñoso empeño el propósito que concebí en la conmovedora ocasión á que me he referido; pero en medio de la lucha por la vida, tan dura y tan difícil para el que no cuenta con otros elementos que su solo esfuerzo; en medio de los trabajos fatigosos, y más que fatigosos desalentadores de la prensa y de la vida oficial; en medio de esa especie de lasitud y falta de estímulo que producen á la larga los trabajos que se hacen en moldes ajenos,

con ideas que á veces no son las propias, y para los propósitos y las responsabilidades de los otros, pasó el tiempo sin que se me presentara la oportunidad de cumplir ese compromiso contraído conmigo mismo, y ratificado ante los despojos mortales del ilustre presidente.

Alejado más tarde de la vida pública, sin compromisos, sin ambiciones, sin apego á una carrera cuyas miserias y desengaños había tenido ocasión de apreciar por cuenta propia y ajena, me retiré á la vida silenciosa del hogar y del recuerdo, y creí llegada la oportunidad de realizar mi proyecto sin reatos ni dificultades de ninguna clase.

Asimismo siguió pasando el tiempo en medio de mis perplejidades sobre la índole y el carácter que daría á mi trabajo.

Pensé ante todo en escribir la historia completa del doctor Avellaneda y su época, pero pronto deseché esa idea que desde luego me

pareció prematura y superior á mis fuerzas. Dando esa forma á la ejecución de mi propósito, me habría sido forzoso hablar de cosas que no conocía, buscar antecedentes que tal vez me habría sido difícil conseguir, ocuparme de personas de quienes habría tenido que decir algo desagradable, y sujetar mi pensamiento á pautas y medidas determinadas, lo que nunca entró en mis gustos, y mucho menos desde que pude recobrar mi libertad intelectual, desprendiéndome del oficialismo y la política.

Se me ocurrió en seguida redactar una especie de memorias, adoptando ese medio tan usado en otras partes, y tan poco común entre nosotros; pero consideré que en las memorias juega siempre el autor un rol más ó menos importante, y yo no me hallaba en ese caso. Cualquiera que hubiera sido mi humildísima participación en las cosas que iba á referir, era mi propósito eliminarme de la escena, li-



mitándome á presentar hombres y sucesos desde un punto invisible para el lector.

Después de tantas vacilaciones, y sólo en estos últimos tiempos logré poner término á mis dudas, resolviendo limitar mi tarea á la presentación de algunos cuadros ó episodios que, sin trabazones forzadas entre sí, ni relación con un plan de conjunto, fueran suficientes para poner de relieve los principales rasgos del doctor Avellaneda, sus hechos más culminantes, y sobre todo, las sanas y patrióticas intenciones que siempre sirvieron de base á sus actos.

De esa manera, disfrutaría de mayor libertad para elegir mi material, podría hablar con seguridad y conciencia de cosas vistas y conocidas directamente por mí mismo, estaría en condiciones de estender mis recuerdos á otros hombres públicos que hubieran actuado en la época de que iba á ocuparme, y tendría ocasión de dar á una parte de mis relatos un ca-

rácter anecdótico, mezclando á lo grave lo ameno y lo ligero, y dejando así constancia de cosas que no han sido escritas, y que sin la intervención de un testigo presencial quedarían en el olvido.

Redactados los principales episodios de que resolví ocuparme, he querido completarlos con algunas anécdotas y con una parte que he designado con el nombre de *Perfiles ministeriales*.

Cuando la anécdota salva los límites de una ocurrencia simplemente ingeniosa, ó de un risueño chascarrillo, suele ser un auxiliar de la historia, y puede servir para hacer conocer el carácter y los rasgos principales de un hombre, más que muchas páginas de su biografía.

Las que yo he elegido entre las muchas que conozco, contribuirán seguramente á poner de relieve ciertas cualidades de las personas que en ellas figuran.

En los *Perfiles ministeriales* he hecho des-

filas algunos de los ministros que han pasado por la casa de gobierno desde la época de Sarmiento, y cuya actuación he tenido ocasión de conocer, hallándose mezclados en el grupo funcionarios ilustres que se han impuesto á la celebridad, con modestos, pero muy útiles y meritorios servidores de su país, cuya memoria iba en rápida marcha hacia el olvido.

Y esta es la oportunidad en que debo declarar que casi todas las cosas de que me ocupo han sido vistas ó conocidas directamente por mí mismo, y que los pocos casos que no se encuentran en esas condiciones por su anterioridad á la época de mi actuación, ó por cualquier otro motivo, me han sido transmitidas de fuentes fidedignas, y especialmente por las referencias del doctor Avellaneda, que estaba muy al corriente de todos los detalles de la historia contemporánea.

Nò he querido hablar sino de hombres que ya no existen, y si he hecho algunas excep-

ciones á esa regla, ha sido porque ellas eran exigidas por la materia de que se trataba, ó se hacían necesarias para completar el cuadro.

Las apreciaciones sobre los muertos se hacen con más independencia, con más serenidad y con más respeto por la verdad, mientras que las que versan sobre las personas que aun alientan sobre la tierra, pueden ser perturbadas por circunstancias transitorias ó del momento, y corren el peligro de llegar á lo desagradable ó lo indiscreto. Y aunque no se tuviera que decir sino cosas favorables y halagüenas, el panegírico de los vivos no ha figurado nunca entre las inclinaciones de mi espíritu.

En la paleta de que he tomado los suaves colores empleados en mis cuadros, pues no he querido hablar sino de lo que se podía decir sin agravio de nadie, había también colores subidos y hasta sombríos, que habrían podido oscurecer los recuerdos de ciertas épocas. Los

he dejado á un lado. Las cosas graves ó desagradables no deben ser propaladas, sino cuando han pasado por el tamiz del tiempo y la reflexión. Y tal vez el que se siente más tarde á mi mesa de trabajo, encontrará en alguno de sus cajones un montón de papeles viejos con datos y comentarios que pueden dar un poco de luz sobre nombres y sucesos de nuestro país, datos y comentarios que serán divulgados ó condenados al olvido según más convenga.

Me he esforzado por mantener mi trabajo dentro de los límites de la mayor simplicidad, y extraño á todo género de frondosidades, tanto porque seguía con ello inclinaciones naturales que no es fácil falsear ó violentar, cuanto porque tratándose de temas que no están reservados á un número limitado de aficionados al arte ó á la ciencia, sino destinados á todos los que se interesan por los hombres y las cosas de su país, era convenien-

te presentarlos en condiciones de ser absorbidos y asimilados rápidamente y sin esfuerzo.

Los amigos de los altos estudios y de las complicaciones de estilo y de lenguaje, no se hallarán aquí, por consiguiente, en terreno de sus simpatías, pues no encontrarán problemas de psicología, ni investigaciones profundas, ni metáforas atrevidas, ni esfuerzos de retórica, sino narraciones sencillas y verídicas, fluyendo de la memoria naturalmente y sin artificio como el agua de una fuente, y referidas con la sinceridad y el sentimiento del que recuerda aquello que ha visto moverse y palpitar á su hora y en su sitio, de aquello que ha suscitado directamente su admiración ó sus simpatías, de aquello á que se ha sentido asociado por el cariño, por la solidaridad, y acaso por la pasión.

Quedan así explicados el origen, el objeto y las modestas pretensiones de estas páginas.

Al entregarlas á la publicidad cumplo ante

todo con deberes impuestos por el afecto y la lealtad, y sólo me resta expresar mis deseos de que ellas puedan contribuir en alguna forma al conocimiento de una de las épocas más trascendentales y fecundas de nuestra historia.

M. M. Z.

---

**ÉPISODIOS DIVERSOS**

---



## UN DISCURSO DE SARMIENTO

---

La revolución de 1874 — Actividad de Sarmiento—Dos artículos de “La Unión Argentina — Trasmisión del mando — Restablecimiento de la paz—Banquete oficial—Sarmiento y el doctor Pico—Una fiesta en Carapachay—El discurso final—Despedida.

Sarmiento terminó su gobierno en medio de una revolución que trataba de impedir la ascensión del doctor Avellaneda al poder, y á la que se habían incorporado importantes elementos del ejército nacional.

La actividad que desplegó en esos días el presidente que iba á terminar su período constitucional, fué verdaderamente extraordinaria.

El se ocupaba de todo.

Sin descuidar por un momento las atenciones ordinarias de la administración, intervenía en las operaciones militares, estaba al habla con los gobernadores de las provincias y con los jefes de las fuerzas expedicionarias, visitaba los cuarteles, pasaba revista á las tropas de la guarnición, y hasta escribía para los diarios.

“La Unión Argentina”, que era uno de los que se honraban con sus escritos, recibió un día con el intervalo de pocas horas, dos artículos de su gran colaborador, artículos redactados sobre tópicos muy distintos, y escritos de una manera bien diferente.

El uno se ocupaba de la sublevación de las fuerzas nacionales de Cuyo y de la muerte del general Ivanowsky, y será difícil encontrar en los anales de la prensa nada más violento ni más exaltado. Cada pensamiento era una catapultada lanzada al campo enemigo, y cada frase un poderoso golpe de maza.

El otro tenía por tema unos animales, algo como cocodrilos ó yacarés ó cosa parecida, que habían sido regalados al presidente, y que éste envió á su vez al parque Tres de Febrero, que acababa de nacer bajo su autoridad. En él estudiaba bajo todas sus faces á los nuevos huéspedes de Palermo, indicando su origen, los fines en que podían ser utilizados, la mejor manera de conservarlos, y otros muchos detalles pertinentes. Todo el artículo respiraba placidez y serenidad, y parecía escrito por un entusiasta amigo de la zoología en un momento de dulce reposo. Sólo en un pasaje tenía una alusión rápida y sangrienta á un personaje de la revolución, alusión que surgió probablemente como un relámpago, para desaparecer lo mismo.

Cualquiera que hubiera leído sucesivamente los dos artículos, los habría creído nacidos de plumas muy diversas, y sin embargo, su autor era el mismo, y los había escrito con un corto

intervalo y bajo el peso de grandes preocupaciones y responsabilidades.

Es que ese hombre extraordinario tenía tal poder de concentración en su inteligencia, que cuando se abstraía en una cosa, todo lo demás quedaba lejos de su pensamiento.

Llegado el último día de su administración, la revolución, que se había apoderado de las provincias de Cuyo y de una gran parte de la de Buenos Aires, continuaba en pie; pero habían sido tomadas todas las medidas necesarias para dominarla.

El doctor Avellaneda pudo así hacerse cargo de la presidencia, y después de haber prestado el juramento correspondiente en el congreso, fué á la casa de gobierno, donde el presidente saliente le hizo entrega de las insignias del mando, pronunciando un hermoso discurso, lleno de vivacidad y de pasión, y con apreciaciones admirablemente bien hechas de nuestros hábitos políticos y de la situación en medio de la cual se realizaba ese acto.

Entre otras cosas le dijo algo así: “Quedaís investido con la autoridad suprema de la Nación. Ejerceadla sin temor, y si hubiera quienes se atrevieran á desconocerla, oprimid el botón milagroso del telégrafo, y ciudadanos armados vendrán de todos los puntos de la República para sostenerla, porque ya no hay nadie ni nada que esté sobre ella”.

El doctor Avellaneda tomó nota del consejo, y oportunamente tuvo ocasión de ponerlo en práctica con muy buenos resultados.

Después de esa ceremonia, Sarmiento acompañó al nuevo presidente á presenciar el desfile de las tropas, y no recordamos si en ese momento ó en el mismo discurso de la transmisión del mando, le dijo que iba á tener bajo sus órdenes á todo el ejército, del que los cuerpos presentes eran solo una parte, no obstante ser el primer presidente argentino que no había disparado jamás una pistola, lo que explicaba el desprecio con que pretendían mirarle los

caudillos con charreteras que no reconocían otra fuerza que la fuerza de las armas.

Terminada la ceremonia, el ciudadano que dejó de ser presidente, pero que continuaba siendo Sarmiento, lo que tanto valía, según él mismo lo dijo en alguna ocasión, se fué á su casa.

No se fué solo. Marchando como él á pie, le seguía una enorme multitud que le aclamaba, y en la que la intelectualidad estaba altamente representada.

Y debemos decir en honor del grande hombre, que solo en dos ocasiones le hemos visto rodeado por las exterioridades de una gran popularidad: cuando abandonó el poder, y cuando bajó á la tumba.

Alejado Sarmiento de las tareas y de las responsabilidades del gobierno, siguió prestando á éste el concurso de su prestigio y de su autoridad.

Fué infaltable á las frecuentes reuniones á

que el presidente invitó á los personajes más notables, á fin de pedirles su opinión en la delicada situación por que atravesaba el país.

Acaloradas fueron las discusiones que tuvieron lugar en esas reuniones, pues algunos de los que las formaban eran partidarios de los arreglos con la revolución.

En ese punto Sarmiento fué inflexible. O el sometimiento sin condiciones de los rebeldes, ó su dominación por la fuerza. Esa fué la invariable opinión del ex presidente.

Su sucesor pensó lo mismo, y dos ó tres meses después quedó vencida la revolución.

En celebración de la victoria el presidente dió un gran banquete oficial en el salón principal de la vieja casa de gobierno, pobre y estrecho salón que no ofrecía el aspecto de los de ahora, y que tenía por toda decoración unos muebles y cortinados charros y vistosos, que, según se decía, fueron traídos para el tirano López del Paraguay, y que no sabemos

por qué serie de evoluciones llegaron al poder del gobierno argentino.

Los que sobreviven á esa fiesta, que no son muchos, porque con excepción de unos pocos militares y secretarios jóvenes, casi todos los concurrentes eran personas de edad proveya, recuerdan que hubo en ella algo muy gracioso. Habían sido colocados juntos Sarmiento y el doctor Francisco Pico, procurador general de la Nación. Los dos eran mordaces y sordos, y para poder escucharse recíprocamente se veían obligados á hablar en voz alta, creyendo como todos los que tienen el defecto de que ellos adolecían, que nadie les oía. Y lo más curioso es que una parte de su conversación tuvo por tema críticas á varios de los concurrentes, y especialmente á algunos de los brindis pronunciados.

El discurso del ministro chileno señor Blest Gana, decano del cuerpo diplomático, fué clasificado de una manera poco conforme con los



usos del protocolo; y un viejo militar cuyos galones y entorchados parece que no estaban en proporción con el número de sus campañas, fué el blanco de picantes epigramas. Estos y otros incidentes análogos dieron lugar á pintorescos comentarios y á ciertas situaciones un poco difíciles.

Sarmiento no quiso ser menos que el presidente, y dió también una fiesta nocturna en su isla de Carapachay, fiesta cuyos detalles él mismo dirigió.

Todo fué convenientemente arreglado.

La modestísima casa y los rústicos jardines, más obra de la naturaleza que de las manos del hombre, estaban llenos de gallardetes y farolillos de colores que los cruzaban en todas direcciones.

Se prepararon locales apropiados para que los jóvenes pudieran entregarse á los placeres del baile.

En sitios un poco apartados del centro del

movimiento, y al abrigo de las frondosas copas de los árboles, hubo instalaciones destinadas á las conversaciones tranquilas de los hombres serios.

En ese espacio que en las casas de las islas queda libre entre el suelo y el piso de las habitaciones principales para dar paso á las aguas durante las inundaciones, se improvisó un espacioso comedor.

Y en una especie de tribuna rodeada de vegetación, se dió á la orquesta un sitio adecuado, como para que pareciese que la música salía del seno mismo de las plantas y las flores.

Los invitados fueron al Tigre en ferrocarril, y desde allí siguieron en pequeños vapores hasta la isla, donde su propietario que les esperaba y les recibió con gran amabilidad, fué á su vez objeto de calurosas manifestaciones de estimación y respeto.

La tibia temperatura de una noche estival, las suaves emanaciones de la vegetación ex-

huberante, la fantástica decoración del local, el ruido de las aguas que pasaban murmurando al pie de la renombrada mansión, la figura del gran estadista, el empeño general por demostrarle las mayores simpatías, todo contribuyó á producir la mejor impresión en los corazones, y á hacer traslucir el contento en los semblantes.

A media noche la fiesta estaba en todo su apogeo.

Sarmiento iba de grupo en grupo, sonriente y afanoso, teniendo frases oportunas y apropiadas para todos, pues ese temible publicista que solía ser hasta agresivo y violento con sus adversarios, era un conversador instructivo y agradable con las gentes intelectuales, disimulaba bajo la propia verba la insignificancia de las nulidades, y tenía para las damas una amenidad y una cultura exquisitas.

Cuando se creyó oportuno restaurar la fuerza de los estómagos, la concurrencia empezó

á penetrar en sucesivos contingentes al comedor. Entre los diversos platos que ofrecieron las bien provistas mesas, hubo uno, cuyo nombre se ocultó por el momento á los comensales, que sólo lo conocieron después de la fiesta. Era un carpincho que el mismo Sarmiento había cazado en la isla con ese pulso certero que tanto se había ejercitado en perseguir toda clase de fieras, sin exceptuar la barbarie y el despotismo.

Llegado el momento de las expansiones, todas las copas se levantaron á la salud del dueño de casa, muchos brindis se pronunciaron en su honor, y entusiastas votos y aplausos le rodearon cariñosamente.

Todos le pidieron que hablara, pero él se resistió con tenacidad, hasta que en vista del carácter tan empeñoso y general de las solicitudes, tuvo que acceder á ellas, y se puso de pie en medio de una ansiosa expectativa.

La fresca memoria juvenil pudo retener las

alabras del gran anciano, y no obstante el tiempo transcurrido, creemos poder asegurar que dijo poco más ó menos lo siguiente:

“Señoras y señores: Había una vez una compañía de cómicos ambulantes, que iba por villas y aldeas dando sus representaciones ante multitudes ingenuas y curiosas.

Uno de sus miembros debía ser muy bueno ó muy malo, debía estar muy adelantado ó muy atrasado á su tiempo, debía hallarse muy arriba ó muy abajo del arte de la época. Eso nunca pudo averiguarse. Lo que se supo con seguridad es que su actuación provocaba por lo general las más desfavorables manifestaciones.

Muy mortificado se sintió con ellas al principio, pero poco á poco tuvo que ir acostumbrándose á su suerte adversa, y siguió trabajando con su mejor voluntad y con toda su conciencia, sin preocuparse ya de los silbidos que le perseguían.

Un día volvió después de largo tiempo de ausencia á uno de esos escenarios en que no escasearon en otra época las pruebas de descontento; y sea que él ó el público hubiese adelantado, ó que por cualquier otro motivo hubiera desaparecido la desproporción de gustos ó la falta de armonía que había existido entre ellos, lo cierto es que el pobre hombre fué estruendosamente aplaudido.

Habituado á manifestaciones de carácter completamente contrario, tuvo una emoción tan fuerte que se le olvidó el papel.

Señoras y señores: A mí me acaba de suceder lo mismo. Acostumbrado á ser silbado donde quiera que me presente, me veo ahora festejado y aplaudido, y son tan grandes mi impresión y mi gratitud, que como el cómico de mi cuento he olvidado mi papel. ”

Dijo, y una tempestad de aplausos ahogó su última frase.

En esas breves palabras con que el orador

trató de explicar la falta del discurso que le habían pedido, los oyentes encontraron uno de los más conceptuosos y tocantes discursos que pudieron salir de sus labios en tales momentos.

La fiesta terminó entre las vaguedades del crepúsculo matutino, y las despedidas fueron efusivas y afectuosas.

Los vapores se habían ya desprendido de la costa, y los visitantes seguían contemplando desde la cubierta la figura del ilustre patricio, que erguido y de pie á orillas de uno de los brazos del río Paraná, recibía las primeras claridades del alba en su ancha frente ya iluminada por su propia luz interna, y agitaba su gran sombrero de paja para corresponder á los saludos de la selecta y numerosa concurrencia que había ido á visitarle en su modesta casa de la isla de Carapachay.

## DOS DISCURSOS DE AVELLANEDA

---

Entre dos revoluciones — La administración Avellaneda—Situación política y financiera —Viaje presidencial á Villa Mercedes—Dos periodistas extranjeros — Inauguración del ferrocarril Andino — Un himno á la paz — Honras fúnebres al general Ivanowsky—El deber militar—Hermosa máxima—La estatua futura.

Se anuncia que pronto verán la luz pública las obras completas del doctor Avellaneda, y creemos que no figurarán en ellas, ó que al menos no serán publicados íntegros, dos de los más hermosos discursos del notable orador.

La omisión no podrá ser imputada á la per-



sona encargada de reunir los materiales, ni al editor de la publicación, y deberá remontrarse á la voluntad del mismo autor.

Nos explicaremos.

El doctor Avellaneda inició su presidencia en medio de una poderosa revolución, y la terminó cuando acababa de vencer otra más poderosa todavía.

Quiso el destino adverso que ese eminente hombre de Estado, ese aristócrata del pensamiento, ese entusiasta propagandista de la educación, ese apóstol de la paz y del progreso, desentendiera su gobierno entre conflictos armados y las angustiosas penurias del tesoro público.

Fué una desgracia para él y principalmente para el país, pues bajo auspicios más favorables su acción habría tomado seguramente proporciones extraordinarias.

Asimismo, en medio de una situación constantemente dificultada por las influencias ma-

léticas á que nos hemos referido, su administración no pudo ser más brillante ni más provechosa, dadas las circunstancias que la rodearon.

No obstante la crisis financiera por que atravesaba la Nación, él mantuvo con viril energía el crédito argentino, pronunciando con tal motivo una frase que fué y seguirá siendo el lema ó la bandera de la República en el cumplimiento de sus compromisos; abrió amplios caminos á la luz intelectual, haciéndose en esta materia el continuador de Sarmiento, en cuya administración había colaborado como ministro de instrucción pública; alentó las primeras y tímidas tentativas de la industria nacional, no sólo con medidas oficiales sino también con la propaganda de su palabra elocuente; consolidó con persistente constancia un escrupuloso sistema de orden y economía en el manejo de los intereses públicos; bajo la inspiración de su primer ministro de guerra avanzó las líneas de nuestras fronteras hasta puntos lejanos

de los límites hasta entonces conocidos, y bajo la inspiración del segundo puso término definitivo á la guerra con los indios, problema secular que había costado enormes sacrificios; fomentó la construcción de obras públicas y especialmente de vías de comunicación, habiéndole tocado la fortuna de inaugurar personalmente varias de las líneas férreas más importantes; dotó á la Nación de su capital permanente, suprimiendo así una de las causas primordiales de nuestros desórdenes intestinos; hizo de la inteligencia el principal elemento de gobierno, pues en frente de conflictos á cuya solución habrían acudido otros con la fuerza y la violencia, él no tuvo sino combinaciones de estudio y de pensamiento; y cuando bajó del poder para ir á la muerte, á la que le habían condenado seis años de angustiosas cavilaciones, una lucha incesantemente renovada en todas las formas, y esfuerzos intelectuales extraordinarios, dejó resueltas cuestiones trascen-

dentales que despejaron considerablemente el porvenir de la República.

Todo esto dió un poderoso relieve á su figura, pues se vió que había suplido con su propio capital la deficiencia de los medios de que pudo disponer.

Hacía dos ó tres meses que había subido al gobierno cuando, después de sangrientos combates que costaron numerosas y sensibles pérdidas, fué totalmente vencida la revolución estallada durante los últimos días de la administración Sarmiento; pero quedó latente en la atmósfera política un estado de desconfianza y malestar. A la ardorosa exaltación de los partidos, y al movimiento sedicioso que había agitado al país, dejando huellas profundas, se unía una de esas agudas crisis financieras que aumentan el número de los descontentos, cuyas tendencias son de atribuir siempre al gobierno todos los males que se experimentan.

Uno de los principales focos de la oposi-

ción eran las provincias de Cuyo, donde se habían desarrollado las escenas principales del drama revolucionario, y especialmente Villa Mercedes, que si no tenía mayor importancia intrínseca, era por su posición y por las necesidades de la guerra de fronteras, uno de los primeros asentamientos militares de la República. Allí había tenido lugar la sublevación de una gran parte de las fuerzas nacionales, allí había sido muerto el general Ivanowsky, y allí había estado radicado mucho tiempo y tenía verdadero prestigio uno de los principales jefes de la revolución. Aquella población era, pues, considerada como un nido permanente de peligros y conspiraciones.

Poco tiempo después terminó la construcción del ferrocarril Andino que debía ligar Villa María con Villa Mercedes, y el presidente resolvió presidir la inauguración de la línea. Algunos de sus ministros y de sus amigos trataron de disuadirle de su idea, mani-

festándole que á causa de las condiciones en que se encontraba el sitio en que se iba á realizar el acto oficial, era posible que se produjeran incidentes graves ó por lo menos desagradables; pero el doctor Avellaneda insistió en su resolución. Quería presenciar él mismo el contraste que se iba á ofrecer entre los horrores de la guerra y los beneficios de la paz, y tal vez abrigaba la esperanza de coronar la obra casi siempre incompleta de las armas, con el convencimiento llevado á los espíritus por su palabra sincera y elocuente.

Muy poco tiempo antes, apenas disparado el último cañonazo de la revolución, había abandonado gustoso el aparato militar que ostentaba la ciudad de Buenos Aires, para ir á inaugurar el ferrocarril de Concordia á Monte Caseros, en las provincias de Entre Ríos y Corrientes, y pocos meses después emprendía un segundo viaje para llevar análogo presente á las provincias de Cuyo, respondiendo

así á uno de los principales propósitos de su gobierno, cual era el de difundir los beneficios de la civilización en todos los puntos de la República.

En la comitiva que acompañaba al presidente figuraban dos distinguidos periodistas extranjeros que ya no existen, y cuyos nombres deseamos consignar aquí como un homenaje á su memoria, pues fueron entusiastas y sinceros amigos de nuestro país, en el que fundaron su familia, y al que le prestaron importantes servicios, asociándose á sus destinos y luchando por sus progresos como si hubieran sido sus verdaderos hijos. Ellos eran el señor León Walls, redactor de "Le Courier de la Plata", y el señor Eduardo Mulhall, director de "The Standard", diarios que disfrutaban de merecido renombre, y que mucho hicieron por fomentar las relaciones de sus respectivas nacionalidades con la nuestra.

Los dos escribieron muy buenas crónicas de

la excursión presidencial y del acto que tuvo por objeto, y contribuyeron á hacer agradable el viaje, el uno con los recursos inagotables de su chispa francesa, y el otro con la graciosa exageración de las simpatías que abrigaba por los argentinos, y que le hacían encontrar en todos los apellidos criollos que adquirían cierta notoriedad, una misteriosa pero á su juicio evidente relación filológica con los más ilustres apellidos de su tierra irlandesa. Algún personaje de aquellas regiones, ejemplar clásico del tipo indígena, quedó convencido ante los argumentos del ingenioso escritor, que corría por sus venas sangre de lores.

El presidente fué muy bien recibido por las autoridades y una parte de la población, quedando la otra notoriamente retraída, á causa de sus relaciones con los sucesos pasados..

La empresa constructora había preparado una gran fiesta para la inauguración de la línea férrea, y ella se realizó con todo esplendor y sin el más pequeño inconveniente.



El presidente pronunció un discurso magistral. Sus palabras fueron un himno á la paz. Ha estado la revolución entre vosotros—dijo— y no os ha dejado sino luto en los hogares, desolación en las campañas, paralización en el trabajo que alimenta las fuentes de la vida, odio en los corazones, división hasta en el seno de las familias, sangre y exterminio por todas partes. Viene ahora la autoridad de la Nación, y después de haberse hecho preceder por actos de olvido y de clemencia, destinados á cerrar las heridas del pasado para preparar las fraternales reconciliaciones del porvenir, os trae la locomotora que ha de poner en comunicación directa con el mundo entero, ofreciendo nuevos y provechosos destinos á los productos de vuestra labor y de vuestra tierra.

Se comprende todo lo que sobre tan hermoso tema pudo hacer la elocuencia del doctor Avellaneda; pero en medio de los más tiernos

cuadros y de los más conciliatorios sentimientos, tuvo también apóstrofes violentos y frases lapidarias para los promotores de revueltas, para los especuladores del desorden, para los partidos políticos que no pueden vivir sino con el éxito material, y que apelan á la violencia cuando los fallos electorales les han sido adversos, manteniéndose así ajenos á la virtud republicana de someterse á la voluntad de la mayoría.

Terminado el acto de la inauguración, que fué seguido de un gran banquete y de otros festejos, dispuso el presidente que al día siguiente se realizaran honras fúnebres á la memoria del general Ivanowsky; y como el templo principal iba á resultar estrecho para la concurrencia, se resolvió que el acto tuviera lugar en la plaza pública.

Se erigió el altar á la sombra de unos frondosos sauces llorones, cuyas ramas que caían sobre la fúnebre decoración, parecían asociar

el duelo de la naturaleza á los tristes detalles de la ceremonia.

A la hora en que tuvo lugar el servicio religioso, el túmulo se hallaba rodeado de un enorme concurso, á cuyo frente figuraba el presidente de la República con toda su comitiva, y en el fondo del cuadro se veía brillar el acero de las bayonetas, de esas mismas bayonetas que tantas veces se habían movido   las voces de mando del llorado jefe.

Cuando se apagaron los últimos ecos de las plegarias de la iglesia, que con su música conmovedora y sus tiern simas palabras hacen desviar las miradas de la tierra para elevarlas   esas alturas que la religión nos señala como la última morada de las almas, el presidente se adelant  hacia el público para pronunciar un nuevo discurso.

Su oración fué esta vez una apología del deber militar.

Rese n    grandes rasgos la vida de Iva-

nowsky, que empezó su carrera con el fusil en las manos, y la terminó llevando al cinto la espada de general, cuyo grado le fué discernido por el presidente Sarmiento en un honroso telegrama que le dirigió después de una acción meritoria.

Hizo una pintura acabada del soldado que permanece fiel á sus juramentos, y que llega al término de su vida legando á su patria el recuerdo de sus servicios, y dejando un nombre immaculado y puro en el hogar de sus hijos.

Trazó un cuadro admirable del ejército, esa gran entidad nacional que conserva su unidad y su tradición al través de los tiempos, y cuyo prestigio es tanto mayor cuanto menos interrumpida ha sido su solidaridad por la traición ó la cobardía.

Pero lo mismo que en el discurso del día anterior, y obedeciendo á idénticos propósitos, tuvo también condenaciones enérgicas y frases durísimas, sobre todo cuando habló de la muer-

te del general Ivanowsky, y cuando se refirió á los guardianes de la bandera de la patria, que la mezclan á las sangrientas reyertas de la guerra civil, sin que existan de por medio esos grandes y extraordinarios motivos que pueden atenuar alguna vez esa conducta.

La impresión producida en la concurrencia por los dos discursos fué profunda y vivísima, y los comentarios callejeros llevaron al seno de los hogares el eco de esa palabra fascinadora, alcanzándose á saber por todas partes que si el elocuente magistrado había tenido fraternales conceptos de unión y de olvido, no había escaseado tampoco en reproches ásperos y severos por los recientes extravíos.

Terminadas todas las ceremonias, el secretario del presidente fué á pedirle instrucciones para la publicación de sus discursos, conociendo como conocía el legítimo empeño que ponía por lo general para la mayor difusión posible

de las palabras que pronunciaba en los actos solemnes de su vida pública.

El secretario escuchó sorprendido la respuesta del presidente.—Esos discursos no se publicarán—le dijo. Bastará hacer un ligero resumen de la parte relativa al acto fundamental. Lo demás ha sido preparado para producir aquí un efecto de circunstancias, y aquí morirá. Difundido y perpetuado por la imprenta, ahondaría abismos que es necesario cerrar. Los hombres públicos deben dejar entre sí un campo abierto y libre, para poder estrecharse las manos sin odio y sin violencia cuando las conveniencias de la patria así lo exijan.

Los discursos no fueron publicados para responder á los nobles propósitos del presidente, pero la literatura y la política perdieron dos hermosas páginas.

Las palabras que acabamos de citar entrañan, por lo demás, un pensamiento al que el doctor Avellaneda ajustó siempre sus actos.

En toda su vida pública, desarrollada en la tribuna popular, en la prensa, en el parlamento, en el poder, combatió y fué combatido, atravesó situaciones turbulentas, se halló al frente de pasiones embravecidas, sirvió de blanco como todos los hombres de mérito á los golpes de la calumnia, tuvo que acudir á medidas de la mayor energía; pero jamás salió de sus labios la injuria violenta ni el torpe denuedo que dejan huellas irreparables en el amor propio ó en el honor de los demás.

Por eso, cuando más tarde tuvo lugar el movimiento político consagrado con el nombre de la conciliación, pudo contemplar frente á frente á sus adversarios de la víspera, y reunirse con ellos en un propósito común, sin temor de encontrar en sus miradas esa chispa bravía que mantiene siempre encendida el rencor de una ofensa inolvidable.

En las grandes situaciones tuvo siempre el doctor Avellaneda alguna de esas máximas ó

sentencias que condensan en breves palabras un vasto programa; y el día en que se levante su estatua, pagándose así una deuda que la gratitud nacional tiene pendiente, el pedestal no ofrecerá espacio suficiente para contener las frases trascendentales del ilustre estadista, frases que en cualquier forma será necesario coleccionar para tenerlas siempre á la vista, á fin de que en los momentos supremos los presidentes argentinos puedan recoger en ellas honradas y patrióticas inspiraciones.

---



# **LA INAUGURACION DEL PARQUE**

## **TRES DE FEBRERO**

---

**Un triunfo de Sarmiento—De la presidencia de la República á la presidencia del parque —Conflicto entre un pino y una magnolia— La inauguración—Los discursos—Dos presidentes históricos.**

Uno de los últimos actos de Sarmiento en la presidencia de la República fué la creación del parque Tres de Febrero.

Entre sus dotes principales tenía el de la clara visión del porvenir, y dándose cuenta del futuro desarrollo de la metrópoli argentina, comprendió que necesitaba tener á sus puer-

tas un gran espacio libre, con arboledas, avenidas, jardines y otros elementos de esparcimiento y de descanso, que fuera como una especie de pulmón para el organismo de la gran ciudad.

Conocía lo que existía al respecto en las capitales europeas y norteamericanas, y pensó que nada podría dedicarse á ese objeto con más propiedad que los bosques primitivos y bravíos de Palermo, que sometidos á una artística disciplina, se convertirían seguramente en un hermoso parque. Y como era tan inclinado á buscar á todas las cosas su lado sociológico ó moral, juzgó también que sería algo como una compensación histórica, el hecho de que fuera destinado para proporcionar aire libre á las nuevas generaciones, el paraje mismo en que se forjaron las cadenas que aherrojaron á las generaciones viejas.

Emprendió con tal motivo una empeñosa y enérgica campaña, pues el proyecto tenía una

fuerte oposición, á cuyo frente estaba nada menos que el eminente y honorabilísimo doctor Rawson, que ocupaba una banca en el senado nacional, y que con sincera buena fe se oponía á los propósitos del presidente, con quien, por otra parte, no mantenía muy cordiales relaciones.

Se decía que los terrenos de Palermo eran bajos y anegadizos, y que se convertirían en un foco de infección, circunstancia que los hacía muy poco apropiados para un paseo público.

El presidente replicaba, apoyado por asesores técnicos, que eso no era exacto, y que aun cuando existiera tal inconveniente, en el estado actual del mundo, él podría ser completamente anulado por los recursos de la ciencia.

Sarmiento ganó la batalla, y el parque fué creado por una ley de la Nación.

La gran avenida que lleva su nombre, y su estatua erigida en el sitio mismo que ocupaba

en otro tiempo la casa de Rosas, no pueden ser considerados sino como homenajes de carácter local tributados al fundador del parque. La gratitud nacional y el fallo de la historia no han designado todavía el lugar en que deberá levantarse el monumento destinado á perpetuar la memoria del gran patricio.

Sarmiento abandonó poco tiempo después el poder, y su sucesor le nombró presidente de la comisión que debía dirigir los trabajos del parque.

El ex presidente de la República dedicó á su nuevo cargo el tesón y el entusiasmo que ponía en todas las cosas que entraban en el programa de su deber, de sus convicciones ó de sus simpatías. Rodeado de planos, de proyectos, de ingenieros, de jardineros y de obreros, pasaba la mayor parte de su tiempo en Palermo, entregado por completo á sus tareas.

Bajo un trabajo tan asídúo y empeñoso, pronto empezaron á dibujarse las avenidas, á

brotar los céspedes, á diseñarse las artísticas figuras, á abrirse las primeras flores, á correr el agua cristalina de las fuentes para extenderse después en los lagos ó precipitarse por entre las rústicas grutas, y á desarrollarse en todos sus detalles ese gran cuadro, que no sería indudablemente sino una copia del croquis original que desde el primer momento debió presentarse en la frondosa fantasía del iniciador de la obra.

Cuando el parque tan soñado y discutido presentó las apariencias de las grandes creaciones de su género, se creyó llegado el momento de declararlo mayor de edad, y de entregarlo al objeto á que había sido destinado.

Se fijó el día de la inauguración oficial que debía presidir el primer magistrado de la Nación, plantando un árbol con sus propias manos, y pronunciando en seguida las palabras del caso.

Aproximándose el momento de la ceremo-

nia, el doctor Avellaneda preparó su discurso, y como en él había de hacer alguna referencia al árbol que debía dejar en el seno de la tierra de Palermo, eligió la magnolia. Fué muy conocido en su tiempo el párrafo que le dedicó y que decía así: "Es la magnolia americana del bosque primitivo, con su blanca flor salvaje que pueblos numerosos de la América enredaban en el suelto cabello de sus jóvenes mujeres como símbolo de pureza. Podemos nosotros adoptarla también como emblema de la intención sana y del propósito bueno que hemos tenido al ejecutar las obras de este paseo público con sus lagos, sus sombras y sus grandes avenidas".

El día antes de la inauguración el discurso estaba ya impreso para ser distribuído después de la ceremonia, y al secretario del presidente se le ocurrió averiguar si estaría preparado el árbol que debía ser plantado. Interrogado el doctor Avellaneda sobre las instrucciones que

podiera haber dado, contestó que nada había hablado al respecto. Fué necesario hacer inmediatamente las investigaciones del caso, pues se corría el peligro de que el presidente se dirigiera á la blanca flor salvaje de la magnolia, teniendo en las manos un eucaliptus, un plátano ó un aguaribay.

Visto Sarmiento que era quien dirigía todo, dijo que nada había sido olvidado, y que ya estaba listo el árbol que debía figurar en la ceremonia, un hermoso pino que él mismo había elegido.

Se le hizo presente que el presidente necesitaba una magnolia. Sorprendióse ante tal declaración, y cuando quedó impuesto de los antecedentes del caso, se mostró contrariado, manifestando que, si bien la magnolia era un árbol precioso y digno del honor que se quería discernirle, el pino era más apropiado para el objeto de que se trataba.

—La magnolia—dijo—habrá desaparecido

en poco tiempo, mientras que dentro de muchos años las generaciones venideras podrán señalar el pino plantado por el presidente.

La argumentación era seductora y fué transmitida al doctor Avellaneda, però éste persistió en su resolución, diciendo que era tarde para hacer una modificación en el discurso que ya estaba impreso, á lo que alguien agregó que si se practicaba la enmienda y el incidente trascendía al público, podría dar lugar á risueños comentarios.

Sarmiento acató naturalmente la resolución presidencial, mandó al archivo su pino, é hizo buscar una magnolia que fué puesta á disposición del presidente para el momento oportuno.

La fiesta se celebró con todo esplendor, y "La Tribuna", que estaba entonces en todo su apogeo, hizo de ella una crónica detallada asegurando que todo Buenos Aires había estado en Palermo.

Sarmiento pronunció el primer discurso, lle-



no de grandes cosas como todos los suyos, y de él entresacamos los siguientes párrafos, porque en ellos está expresada una de las faces principales del constante programa de su vida, que consistía en dejar por todas partes y sobre todo, el nombre y la autoridad de la Nación:

“ Si hubiera de justificar con razones de otro orden el pensamiento que ya está realizado, observaría que las instituciones que nos hemos dado tienen por objeto proveer á la felicidad y el mejoramiento del pueblo, y que no ha de reservarse á la limitada acción de localidades, aquello que es esencial á la cultura de todos, y que reclaman el espíritu del siglo y las necesidades de una nación. El extranjero que llega á esta ciudad populosa, que es la faz de la República, no se pregunta si la municipalidad del lugar descuida sus deberes, sino que lleva sólo la molesta impresión de que, en medio de los refinamientos de la vida individual, con ho-

teles suntuosos, la primera ciudad de la República y de Sud América no tiene otro aire que el pulverulento de sus estrechas calles.

“ Cuando el sentimiento artístico se haya entre nosotros depurado, avanzándose en museos y observatorios las ciencias, lanzándose locomotivas y rayos eléctricos al interior, difundídose la educación, y mejorándose moral y físicamente la condición humana, yo quisiera que el pueblo en cada punto del territorio diga como por instinto: “por aquí pasó el espíritu vivificante de la Nación”, como en cada campo glorioso de batalla de los tiempos heroicos de la independencia, la historia ha dejado inscripto: “Aquí el brazo argentino triunfó”.

“ Señor presidente: En nombre de la comisión auxiliar que presido, os ruego que plantéis un arbolillo en conmemoración de este día, seguro de que, alimentado por tierra fecunda, y protegido por la afección pública, contribuirá medio siglo después con su sombra á dulcificar.

en los que vienen en pos, las molestias inseparables de la vida, á adormecer rencores, ó á recordar horas y escenas felices. ”

El presidente aceptó la invitación que se le dirigía, plantó el árbol tan discutido, y pronunció á su vez su discurso, en el que después de ocuparse detenidamente de la obra que se inauguraba, y de hacer la justicia merecida á su iniciador y principal ejecutor, se dejó llevar por sus gustos literarios, terminando sus palabras con una poética peroración dirigida á las horas melancólicas del crepúsculo de las tardes, á las sombras apacibles, á los murmullos del viento que forman entre las hojas del bosque las voces misteriosas de las noches, y á las aguas del Plata que rompen sus olas á las orillas mismas de los hermosos jardines.

Todo se realizó, pues, en medio del contento general y sin contratiempos de ninguna clase, aunque algunas personas que conocían el incidente que hemos referido, creyeron notar que

Sarmiento, que todo lo tomaba con pasión, dirigía durante la ceremonia miradas agresivas á la magnolia presidencial, que habría querido ver reemplazada por el pino de su predilección.

La elección que hicieron en esta ocasión los dos presidentes respondía en gran parte á sus respectivas tendencias. Las simpatías de Sarmiento por todas las cosas grandes y duraderas, le indujeron á preferir el pino secular, y aunque no puede dudarse de que el doctor Avellaneda tenía en el fondo inclinaciones análogas, las debilidades de su delicada naturaleza por la belleza y la poesía, le hicieron elegir ese árbol pintoresco que se distingue por sus grandes y perfumadas flores.

Por lo demás, cuando todos los pinos y todas las magnolias de Palermo hayan desaparecido; cuando ese mismo sitio haya pasado por las diversas transformaciones á que será entregado por la sucesión de los tiempos, y no quede ni el más pequeño recuerdo de sus primiti-

vos destinos, los dos ilustres ciudadanos que intervinieron en la inauguración del parque, y presidieron sucesivamente dos períodos de gobierno que honrarían á cualquier país del mundo, pertenecerán á la historia, y sus nombres vivirán más fuertemente arraigados en la memoria de las generaciones, que todos los árboles de las selvas argentinas en el seno de la tierra.

---

## AVELLANEDA Y ALSINA

---

Paralelo—En el gobierno de Buenos Aires—  
En el gobierno de la Nación—Una frase de  
Sarmiento—La lucha electoral de 1874—Un  
pacto honroso—El doctor Mariano Acosta—  
En la presidencia de la República y en el  
ministerio de la guerra—La reorganización  
del ejército—Un incidente en la legación  
norteamericana—La conciliación—La defen-  
sa de las fronteras—Muerte de Alsina—La  
despedida de Avellaneda.

Los doctores Nicolás Avellaneda y Adolfo Alsina estuvieron ligados por una estrecha amistad, y durante varias épocas actuaron juntos y con la mayor armonía en la vida pública, no obstante la diversidad de sus caracteres y modalidades.

El uno tenía un hermoso talento, una vastísima ilustración y un brillo de estilo extraordinario; el otro poseía también una vivísima inteligencia, en la que á falta de sólida instrucción se destacaban todos los instintos que llevan á las más altas figuraciones políticas, y sus frases tal vez algo desaliñadas por lo general, salían de sus labios caldeadas por el sentimiento. La firmeza de carácter del uno se revelaba tranquilamente bajo la influencia de la reflexión serena, mientras que la energía nativa del otro se erguía súbitamente como un resorte de acero movido por su impetuosa naturaleza. El uno desarrollaba su acción bajo el dominio de su cabeza disciplinada por el estudio y la meditación, y el otro se abandonaba casi siempre á los impulsos de su corazón. Para la palabra galana y persuasiva del uno eran teatro apropiado la academia y el parlamento, en tanto que la vibrante oratoria del otro arrebatava á las multitudes en la plaza pública ó en las

tempestuosas asambleas. Los dos figurarán por siempre en el grupo selecto de nuestros grandes ciudadanos.

Las noticias que tenemos sobre la actuación conjunta de estos dos hombres públicos alcanzan á la época en que elegido el doctor Alsina gobernador de la provincia de Buenos Aires, llamó á su lado al doctor Avellaneda como ministro de gobierno.

En ese tiempo el doctor Avellaneda había ya conquistado un nombre en la prensa, en la tribuna y en el foro, y su fama de escritor y de orador estaba cimentada; pero su reputación de hombre de gobierno se acentuó indudablemente en la administración del doctor Alsina.

Si bien la dirección de la hacienda pública no dependía inmediatamente de la cartera que desempeñaba, tuvo que ocuparse de ella de una manera indirecta, por lo menos, y fué entonces cuando mostró sus inclinaciones al estudio de ese ramo importantísimo, inclinaciones de que



dió una prueba sobresaliente dirigiendo más tarde con tanto acierto las finanzas de la Nación, y haciendo apreciar debidamente sus vastos conocimientos en la ciencia económica.

En el ramo de la tierra pública que correspondía al mismo ministerio de que estaba encargado, demostró igualmente una competencia especial. Además de sus actos de gobierno que han sido citados siempre con elogio, escribió sobre esa materia un libro que ha quedado considerado como una obra clásica.

Su teoría sobre la conveniencia de radicar en la tierra al inmigrante, ha sido desarrollada de una manera brillante. Los aficionados á la buena lectura encontrarán en esas páginas, no sólo la instrucción de fondo para el pensamiento, sino también la galanura del estilo para el buen gusto literario.

Iniciada la administración del presidente Sarmiento, Avellaneda y Alsina fueron á incorporarse á ella, el uno como ministro de jus-

ticia, culto é instrucción pública, y el otro como vicepresidente de la Nación.

Aunque los dos mantuvieron siempre su buena amistad, las ocasiones de verse y tratarse con frecuencia disminuyeron paulatinamente, pues Alsina se fué alejando poco á poco de la casa de gobierno. Siendo su puesto de vicepresidente demasiado pasivo para su actividad, solía alternar sus funciones sedentarias con ciertas excursiones á las cosas del gobierno y de la política, pero su carácter dificilmente podía armonizarse con el de Sarmiento. Dominador este último, y aquel algo altanero y quisquilloso, nunca pudieron avenirse completamente.

Dió mayores proporciones á ese distanciamiento, un incidente que merece ser referido.

Después de la lucha electoral que dió el triunfo á Sarmiento, el nuevo presidente tuvo una vehemente oposición en Buenos Aires, y hasta se llegó á hablar de la existencia de una conspiración. Si hubiese estallado algún

movimiento armado, muy poca fuerza de línea habría tenido el gobierno para defenderse, pues casi todo el ejército estaba en el Paraguay y en las fronteras.

En presencia de esa situación, se concibió un proyecto con el objeto de rodear de algún aparato militar á la autoridad nacional. Sin acudir precisamente á una movilización, se organizaría una parte de la guardia nacional de Buenos Aires, poniéndose de acuerdo el gobierno de la Nación con el de la provincia, y se entregaría el mando de las fuerzas elegidas al doctor Alsina, pues no se creía que hubiera incompatibilidad entre ese cargo y el de vicepresidente de la República. La sola existencia de unos cuantos cuerpos que en el momento preciso hubieran podido encontrarse armados á las órdenes de semejante jefe, habrían servido seguramente de freno para cualquier tentativa.

Antes de haberse dado forma definitiva al proyecto, y aun de haberse condensado una

opinión concluyente sobre su practicabilidad, fracasó el pensamiento á causa de cierta independencia que pretendía tener el doctor Alsina en el ejercicio de su comisión, pretensión con la que Sarmiento se hallaba disconforme. No pudieron entenderse.

La última vez que hablaron del asunto, el doctor Alsina estuvo altivo y exigente, el presidente contestó con alguna dureza, y el primero puso término á la conferencia retirándose del recinto en que ella tenía lugar, y cerrando la puerta con alguna violencia detrás de sí. Sarmiento que iba á veces con la palabra más allá de donde quería ir con el pensamiento, díjoles á los que quedaban con él: "Parece que ese compadrito porteño ha creído que el presidente de la República se iba á dejar manosear por él".

Lo más curioso es que cuando llegaron esas palabras al conocimiento del doctor Alsina, lejos de producirle la indignación ó el enojo

que podía esperarse, le causaron gracia, y parece que más tarde el mismo refería el incidente entre explosiones de buen humor.

Algún tiempo después el presidente se ausentó de la capital por algunos días, creemos que por asuntos relativos á la guerra de Entre Ríos, sin hacer la delegación del mando. El doctor Alsina creyó que existía la idea premeditada de prescindir de él, y estuvo casi resuelto á presentarse por su cuenta en la casa de gobierno, y hacerse cargo del poder ejecutivo; pero las observaciones de algunos de sus amigos, y sus propias reflexiones de última hora, le hicieron desistir de la realización de su propósito, que habría producido, indudablemente, consecuencias desagradables.

Todos estos incidentes que felizmente no tomaron mayores proporciones, contribuyeron á acentuar más cada día el alejamiento del doctor Alsina de la casa de gobierno, y á hacer menos frecuentes sus relaciones con los hom-

bres del poder, aunque su amistad con el doctor Avellaneda siguió conservándose en buen pie.

Pero más tarde sobrevino también entre ellos un pasajero distanciamiento, impuesto por la nueva lucha electoral que iba á iniciarse.

Aproximándose la época de la renovación presidencial, se diseñaron desde luego tres candidaturas, que más tarde se afianzaron decididamente en la opinión, y ocuparon su puesto de combate. Ellas eran la del general Mitre, la del doctor Alsina y la del doctor Avellaneda.

Los dos primeros estaban sostenidos por los poderosos partidos que tenían respectivamente en Buenos Aires, con algunas limitadas vinculaciones en el interior.

El tercero contaba con la gran mayoría de las provincias, y aunque tenía en la capital de la República cierto prestigio en una parte de la juventud estudiosa, y un buen número de ami-

gos de posición espectable, no podía disponer de elementos suficientes para constituir una fuerza electoral de regular importancia.

El primer comité que debía dirigir los trabajos de su candidatura, fué organizado en la casa de don Andrés Egaña, con cuyo motivo algunos diarios hicieron risueños comentarios sobre las escasas proporciones de la reunión, y más tarde el doctor Diego de Alvear dió en sus salones suntuosas recepciones, á fin de hacer algún ruido social alrededor del candidato.

En la reunión á que acabamos de referirnos, el general Mansilla inauguró la campaña electoral con una ingeniosa y elocuente conferencia, salpicada de esas chispeantes ocurrencias que le eran tan habituales, y en la que estudió la situación política del país, analizó la significación de la candidatura proclamada, diseñó la figura del candidato, y trazó con voz profética el programa de la lucha, desde los primeros trabajos hasta el triunfo definitivo.

En el desarrollo de la contienda, pronto se vió con claridad que estaban á favor del doctor Avellaneda todas las probabilidades de la mayoría numérica; pero el mismo candidato se dió cuenta de que sin un sólido apoyo en Buenos Aires, su gobierno sería muy difícil y acaso imposible. Comprendió entonces que todas sus conveniencias estaban en que su partido procurara un acuerdo con alguno de los otros, siendo el más indicado para eso el del doctor Alsina, pues ya habían actuado juntos bajo la misma bandera en la lucha electoral anterior.

Cuando el doctor Alsina se dió cuenta á su vez de los inconvenientes que se oponían á su triunfo, pensó también en la posibilidad de un arreglo con el doctor Avellaneda, con quien sus amistosas relaciones no se habían interrumpido del todo, aunque en los últimos tiempos debieron enfriarse naturalmente, á causa de sus encontrados intereses políticos.



Miembros influyentes de los dos partidos, penetrados del mismo pensamiento, y probablemente bajo la indicación de sus jefes, se pusieron al habla, y empezaron á tramitar el proyecto concebido.

Después de vencidas varias dificultades que se suscitaron en los dos campos, como era natural, y que obedecían más á cuestiones de amor propio que á otra cosa, los comisionados alcanzaron á colocar el asunto en excelente camino, y llegó un momento en que todo dependía de una conferencia que debían tener los dos candidatos.

La ansiedad que existía en el seno de las dos fracciones era grande.

Los partidarios del doctor Avellaneda hacían suposiciones de todo género sobre las condiciones que impondría el doctor Alsina, anticipándose algunos á creer que ellas serían inaceptables.

—Va á pedir todo el ministerio—decían unos.

—Va á exigir la modificación de la situación de varias provincias—insinuaban otros.

—Va á imponer su candidatura para el próximo período—afirmaban algunos.

Y cada cual se esforzaba por atribuir las más variadas intenciones al futuro aliado.

La conferencia tuvo lugar.

En la misma casa del doctor Avellaneda esperaban el resultado algunos de sus más íntimos amigos, cuando se presentó el candidato con actitud tranquila y satisfecha.

—Está todo arreglado—dijo.

—¿Qué le ha pedido?—preguntaron en coro algunos de los presentes.

—Nada, contestó el doctor Avellaneda.

—Y usted ¿qué le ha ofrecido? volvieron á preguntar los primeros.

—Nada—volvió también á contestar el segundo.

Hubo una mirada general de estupor, que equivalía á una ansiosa interrogación.

—Nos hemos comprometido á reunir nuestros esfuerzos y todos los elementos de que podamos disponer, á fin de hacer el mejor gobierno posible para el país—dijo entonces el doctor Avellaneda.—Este ha sido todo el pacto—agregó después con una profunda conmoción que no pudo disimular.

Hubo una sorpresa muy explicable en todas las personas que formaban la reunión.

Aquello parecía mentira, pero era la verdad. Entre esos dos candidatos, de los cuales el uno había puesto á disposición del otro todos sus elementos, no había habido una promesa, ni una exigencia, ni nombre propio alguno pronunciado, ni una sombra de interés personal que hubiese podido perturbar la serenidad y la elevación del acto consumado. Los dos distinguidos hombres públicos se habían limitado á estrechar sus manos de caballeros y de patriotas, ocupándose exclusivamente del interés del país.

Probablemente á causa de tan honrosa partida de bautismo, ese fué uno de los pactos políticos más duraderos y que se hayan ejecutado más fielmente entre nosotros, al menos en todo cuanto tuvo relación con las dos principales figuras que en él intervinieron.

Correspondiendo á semejante desprendimiento, el partido del doctor Avellaneda resolvió proclamar para la vicepresidencia de la República la candidatura del doctor Mariano Acosta, gobernador de la provincia de Buenos Aires y gran amigo del doctor Alsina.

El doctor Acosta había ya desempeñado dignamente algunos cargos públicos elevados é importantes. Había sido presidente de ese coloso que se llamaba el Banco de la Provincia, presidente también de la cámara de diputados de la Nación, ministro de la administración provincial de Buenos Aires, y se hallaba á la sazón al frente del gobierno de esa provincia. Iba á ser en breve, además, vicepresidente de

la República y, sin embargo, el doctor Acosta no era hombre de extraordinarios alcances intelectuales, ni tenía una muy extendida ilustración, pero con un caudal suficiente de esos elementos, poseía un cúmulo de otras condiciones que le hacían digno de la más alta figuración.

Creemos que difícilmente podrán reunirse en una persona, en el grado á que alcanzaban en el doctor Acosta, la rectitud, la probidad, una tendencia invencible hacia el bien en todas sus formas, un sano y buen criterio para juzgar con independencia todas las situaciones, una vocación natural para las tareas administrativas, y un tino práctico para apreciar debidamente hombres y cosas. Estas cualidades unidas á un don especial para conquistar la buena voluntad de los demás, hacían de él una persona muy apropiada para la vida pública.

Cuando triunfó más tarde la combinación electoral de que nos ocupamos, desempeñó

cumplidamente la vicepresidencia de la República, presidiendo con el mayor tacto posible las sesiones del senado nacional, en cuyo seno fué siempre estimado y respetado, ejerciendo discretamente las funciones del poder ejecutivo cuando el presidente tuvo que ausentarse de la capital, y siendo un leal consejero del doctor Avellaneda en todos los momentos. Sólo en los últimos tiempos de la administración se distanció un poco del gobierno, al que no acompañó en Belgrano, habiendo permanecido en Buenos Aires, donde observó una discreta abstención que fué por todos respetada.

En una época en que se han hecho toda clase de manifestaciones póstumas á personajes de condiciones más ó menos apreciables, es de extrañar que no se haya tratado de perpetuar en alguna forma el nombre de ese ciudadano modesto y meritorio, que tan buenos servicios prestó á la provincia de Buenos Aires y á la Nación.

Consumado el arreglo, el doctor Alsina convocó á sus amigos á una reunión que tuvo lugar en el teatro de Variedades, reemplazado hoy por el Odeón, á fin de proclamar públicamente el pacto. Todos concurren.

—Me retiro de la liza como candidato— dijo el simpático caudillo—pero pongo el hombro para que otro se levante.

Y sobre esta frase, tan propia de su modo de decir las cosas, hizo un entusiasta y sentido discurso, que tuvo como tema principal el deber en que están los buenos ciudadanos de preferir los intereses permanentes de la patria á las conveniencias efímeras de los partidos. Su actitud, la emoción de que se hallaba poseído, su notoria sinceridad y la elocuencia arrebatadora que tenía su palabra en ciertas ocasiones, produjeron una profunda impresión, y obligaron al auditorio á levantar sus sentimientos al mismo nivel de los del orador.

Es frecuente en las evoluciones de una lucha

electoral] que un candidato se vea en el caso de poner sus elementos á la disposición de alguno de sus adversarios; pero lo que no es frecuente es que los que se encuentran en esa situación procedan con el entusiasmo, con la elevación y con el absoluto dominio del amor propio y la ambición, con que procedió el doctor Alsina.

No se contentó con hacer entrar de lleno á su partido en el arreglo celebrado, sino que él mismo se puso al frente de la lucha, presidiendo asambleas, recorriendo clubs, encabezando manifestaciones, pronunciando discursos, y llevando en sus propias manos la bandera electoral hasta el momento de la victoria.

Cuando el doctor Avellaneda se recibió de la presidencia, ya había estallado la revolución de Septiembre de 1874, promovida por el partido vencido en los comicios, que consiguió sublevar una gran parte del ejército de línea.

El primer acto del nuevo presidente fué la organización de su gabinete, en el que dió la



cartera de guerra y marina al doctor Alsina, que desde el primer momento tuvo que dedicar todo su tiempo y toda su atención á las funciones de su alto cargo, en vista de la situación en que se encontraba la República.

Siguió con empeño el poderoso impulso dado á la defensa del gobierno por la pasada administración, desplegando en todos los momentos la mayor actividad. El mismo salió á campaña, y se debió en gran parte á sus medidas y previsiones el pronto desenlace de la contienda armada.

Restablecida la paz en la República después de dolorosos sacrificios y de pérdidas lamentables, el doctor Alsina tuvo que dedicarse por completo á la reorganización del ejército, que había quedado mutilado y desorganizado después de los últimos sucesos. Algunos cuerpos íntegros se habían plegado á la revolución siguiendo la inspiración de sus jefes, y otros se habían fraccionado entre los dos campos opuestos.

Era, pues, necesario rehacer y moralizar la gran institución armada, y á esa obra dedicó asiduamente sus trabajos y sus reconocidas energías el ministro de la guerra, que tuvo en sus tareas el completo asentimiento del presidente, y la cooperación de los jefes principales entre los que tenía una poderosa influencia.

Creemos que los personajes civiles que han tenido mayor prestigio en el ejército han sido los doctores Alsina y Pellegrini, entre los cuales había indudablemente varios puntos de semejanza. El doctor Alsina tenía en más alto grado las condiciones y los arranques del caudillo; pero el doctor Pellegrini le era superior en la inteligencia y en las grandes concepciones del hombre de Estado.

Ocurrió por entonces un incidente que no tuvo mayor importancia, pero que estrechó más las amistosas vinculaciones de Avellaneda y Alsina.

Las pasiones se hallaban todavía muy exaltadas en el ambiente político de la ciudad de

Buenos Aires, cuando llegó el 4 de Julio, aniversario de la independencia de los Estados Unidos, y ese año había ocurrido algo que daba más pronunciada resonancia á la gloriosa fecha. La legación había sido muy visitada, y casi todo el día se encontró rodeada de una numerosa concurrencia.

El presidente, acompañado de su ministro de la guerra, fué á presentar sus congratulaciones al representante de la nación norteamericana, y cuando después de terminada su visita se presentó en la puerta de salida, fué recibido por la rechifla y las vociferaciones de una compacta muchedumbre que se había reunido en la calle.

El doctor Avellaneda con ese valor pasivo que le distinguía, sin inmutarse, ni exaltarse, ni intimidarse fué tranquilamente á ocupar su carruaje, y cuando el doctor Alsina le vió instalado en él, se dió vuelta hacia la multitud, la increpó en voz alta calificando con dureza su con-

ducta, presentó resueltamente su pecho á las provocaciones con aire de viril desafío, y avanzó á ocupar su puesto, dando orden al cochero de que siguiera lentamente su camino. Actitudes de esa naturaleza imponen siempre, y los dos magistrados llegaron sin novedad alguna á la casa de gobierno.

En ese tiempo el doctor Alsina había empezado ya á ocuparse de su importantísimo y vasto proyecto relativo á las fronteras interiores, obra á la que dedicó sus más entusiastas afanes, y que imprimió indudablemente el sello principal á su administración en el ministerio de la guerra.

Su plan consistía, como se sabe, en avanzar la línea de defensa hasta puntos lejanos que habían estado hasta entonces bajo el dominio de los indios, estableciendo al mismo tiempo una combinación de fuertes y fosos que hicieran imposibles ó muy difíciles las invasiones frecuentes que tantos perjuicios causaban, y que

mantenían en constante inquietud á los pobladores de las regiones fronterizas.

Fué indudablemente el movimiento más atrevido y más avanzado que se llevó á cabo hasta ese momento en la campaña secular contra los salvajes, siguiendo el sistema de la guerra defensiva que había imperado hasta entonces, y que el sucesor del doctor Alsina iba á reemplazar bien pronto por el de la guerra ofensiva, para dar una solución definitiva al pavoroso problema.

Desgraciadamente la situación política y el estado financiero del país no le permitían al autor del proyecto dar á este todo su desarrollo tan rápidamente como deseaba, pero pronto iba á tener lugar un suceso que cambiando las cosas á este respecto, estaba también destinado á dar un nuevo relieve á la figura del doctor Alsina. Nos referimos á ese arreglo realizado entre los partidos, y que ha quedado consagrado con el nombre de la conciliación.

El doctor Alsina no fué desde el principio un partidario entusiasta de ese movimiento político. Sus pasiones profundas de hombre de partido, sus enconos con la oposición, y su inclinación natural á la lucha, le hacían ver con escasa simpatía ese proyecto en cuya ejecución no tenía mucha confianza, por otra parte. Pero cuando meditó con serenidad sobre las insistentes reflexiones del doctor Avellaneda, que tan grandes esperanzas tenía en los efectos de la conciliación; cuando se dió cuenta de la trascendencia que esta asumiría en la situación del país y en la marcha de la administración si llegaba á realizarse con toda la amplitud y dentro del concepto que querían darle sus principales partidarios; cuando se penetró de la buena fé y de las sanas intenciones que animaban á los adversarios que iban á convertirse en colaboradores, se sintió convencido, y se abandonó á una de esas reacciones impetuosas á que solían llevarle súbitamente los impulsos

de su corazón tan entusiasta y tan sensible. En breve tiempo se hizo así el soldado más apasionado de la conciliación, hasta el punto de convertirse en el centro de las miradas de sus amigos viejos y nuevos, que llegaron á fijarse en él con intencionadas proyecciones para el porvenir.

Consumada con éxito feliz la conciliación, la administración del doctor Avellaneda pudo desenvolverse por algún tiempo con más amplitud y tranquilidad, y el ministro de la guerra encontró naturalmente mayores facilidades para la prosecución y terminación de su obra predilecta.

Después de haber concebido el plan en su conjunto y en sus detalles, quiso asociarse también á su ejecución, y realizó diversas excursiones á las fronteras, pasando algunas veces en ellas prolongadas temporadas.

Aunque su naturaleza era fuerte y robusta, su salud se hallaba algo delicada en esa época,

y la vida de campaña contribuyó probablemente á quebrantarla profundamente.

Un día se sintió verdaderamente enfermo, y vino á Buenos Aires en un estado que alarmó á sus médicos, haciéndoles abrigar desde un principio temores que desgraciadamente se realizaron muy pronto.

Una fiebre intensa y constante se apoderó de él, y cuando sus facultades empezaron á oscurecerse entre las sombras del delirio, salían de sus labios voces de mando, y su brazo se movía como si hubiera querido indicar el punto lejano en que se desarrollaba el último programa de su vida pública, tronchada cuando tenía todavía por delante muchos años para seguir desenvolviendo sus poderosas facultades, y ejercitando su acción tan perseverante y eficaz.

Murió en brazos de sus amigos, que rodearon consternados el lecho de su agonía.

Su muerte causó una intensa emoción, pues



al afecto profundo que inspiró siempre á sus numerosos partidarios, se agregó la simpatía general suscitada por su conducta durante la última lucha electoral, por su actitud patriótica en la conciliación, y por su consagración absoluta á la defensa de las fronteras interiores, obra á la que entregó con entusiasmo los últimos esfuerzos de su vida.

Su entierro fué uno de los más grandiosos que se han visto en Buenos Aires, y el concurso oficial así como el concurso público hicieron de él una imponente ceremonia. En las filas de los concurrentes figuraban en primera línea sus adversarios de la víspera.

El doctor Avellaneda se mostró profundamente afectado por la dolorosa pérdida, y el discurso fúnebre que pronunció fué uno de los más elocuentes y sentidos que han salido de sus labios.

He aquí algunos de sus párrafos:

“ Adolfo Alsina ha muerto!

“ Ha muerto en la cumbre, bajo la luz plena y en todo el poder de sus vigorosas facultades. Habría tenido pronto por delante la vejez con sus cavilaciones largas y con sus horas inertes; y él, que había recibido como don supremo las calidades que templan fuertemente al hombre para la acción, ha preferido no entrar en la región tranquila y fría. Bajo cabellos blancos, con la mano vacilante y el corazón enflaquecido, se habría un día desconocido á sí mismo.

“ Su corazón! He ahí el hombre. Ser grande no es alimentar fuertes y poderosas pasiones, sino vencerlas á pesar de su grandeza. Otros brillarán más por las espléndidas dotes de la inteligencia, ó dejarán mayores testimonios de su paso en las labores pacientes que presiden á la formación orgánica de una nación. Pero buscaremos y no encontraremos más al gran dominador de sus propias pasiones, al que supo un día contenerse en la lucha em-

bravecida de los partidos, para dar el triunfo á su rival, al luchador de veinte años que arroja las armas del combate, y que arranca con su propia mano las barreras de la liza, para que todos quedáramos confundidos dentro del mismo campo

“ Adolfo Alsina, adiós! Os he visto pasar por las asambleas inquietas y por las muchedumbres tumultuosas, ofreciendo resueltamente vuestro nombre á los denuestos y el pecho á los peligros. He mirado tantas veces caer el baldón sobre vuestras más puras intenciones! Llevabais polvo en los vestidos, desgarraduras en las carnes, palidez enfermiza en la frente, pero al través de las vicisitudes de la vida y de las incertidumbres de la suerte, creisteis siempre en el deber como regla para vuestra vida, y confiasteis en la libertad como destino para nuestro pueblo.

“ Arrojo ahora con estas manos que han estrechado las vuestras durante diez años, arro-

jo sobre vuestros restos mortales el puñado de polvo que separa por siempre á los muertos de los vivos. Adios en la tierra! Hay una eternidad donde se encuentran las almas!”

Los presentes apuntes destinados á poner de relieve los rasgos más salientes que ha ofrecido la acción conjunta de los doctores Avellaneda y Alsina en la vida pública, no pueden terminar mejor que con las palabras pronunciadas por uno de ellos sobre la tumba del otro, en ese instante triste y solemne de la suprema despedida.

---

## COMO ESCRIBIAN SARMIENTO

### Y AVELLANEDA

---

El estilo de Avellaneda—Concentración mental—La literatura en los documentos oficiales—El doctor Irigoyen y el protocolo—Ideas y palabras—La oración de la bandera—La misión del secretario.

El doctor Avellaneda tenía mucha facilidad para escribir, pero á veces avanzaba su trabajo con alguna lentitud á causa del esmero que ponía en revestir su pensamiento con las más bellas y selectas formas; y aunque se esforzaba en que éstas fueran apropiadas á la materia de que se ocupaba, algunas producciones de carácter puramente doctrinario ú

oficial resultaban en ciertas ocasiones con una frondosidad literaria algo excesiva.

Cuando se trataba de escritos de fundamental importancia, ó que se prestaban á las galas del lenguaje, casi nunca quedaba satisfecho con la primera forma que les daba, y les hacía numerosas enmiendas y modificaciones, hasta que quedaban los períodos como vaciados en un molde de la más delicada estructura. Sus últimos originales parecían á veces unos geroglíficos indescifrables. Para su gusto exquisito, la grandeza del pensamiento perdía mucho sin la belleza de la frase. No hay buena política sin buena literatura, dice Víctor Hugo.

Sucedía con frecuencia que en el seno de reuniones de que formaba parte, se abstraía completamente del tema de la conversación, ya fuese para ocuparse de dar formas concretas á algún proyecto que venía incubándose en su cabeza, ó para redactar algún documento que tenía pendiente, ó para modificar ciertos

períodos que no le habían dejado satisfecho, y que pertenecían á un trabajo ya terminado.

sucedía también que en esa situación solía interrumpir á sus interlocutores con cosas completamente ajenas al asunto de que se trataba, y que sólo tenían relación con el pensamiento que en ese momento le dominaba. Algunos de sus tertulianos habituales estaban ya acostumbrados á ese género de interrupciones.

Cuando volvía después á su mesa de trabajo, volcaba de su cerebro sobre el papel, como si se tratara de una simple copia, lo que había preparado en las circunstancias referidas, y ocurría muchas veces que en una fiesta á que había asistido, en una reunión de amigos, ó en una ceremonia oficial, había redactado mentalmente algún documento, había puesto su sello definitivo á una producción literaria, ó había redondeado algunos párrafos ó períodos que le traían preocupado.

Siguiendo sus invencibles inclinaciones á la

labor intelectual, él mismo redactaba íntegros algunos documentos oficiales de importancia, en los que quería desarrollar á su satisfacción alguna parte de su programa de gobierno, ó contribuir al estudio de algún problema de palpitante actualidad, dejando al mismo tiempo en esas páginas la marca delicada de su estilo. Y eran curiosos los subterfugios y los pretextos de que se valía, á fin de no herir la susceptibilidad de algún ministro, al descargarle de una tarea que le correspondía, para tomarla él por su cuenta.

En la ejecución de esos trabajos prescindía por completo de los formulismos consagrados por el tiempo, y de las frases rutinarias que no tienen objeto ni explicación plausible, rebelándose también contra ciertos usos inveterados á los que no encontraba fundamento útil ó razonable. Así, por ejemplo, en los extensos mensajes destinados á inaugurar las sesiones del congreso, no seguía en la expo-



sición de los asuntos el orden riguroso con que los ministerios están mencionados en la constitución, regla que se observa generalmente y en cuya ejecución se recarga muchas veces la atención del auditorio ó de los lectores, con la larga y pesada sucesión de materias áridas y secas. El doctor Avellaneda mezclaba ministerios y reparticiones, formando un conjunto armónico, una especie de *menú* intelectual, en que estuviesen matizadas las cosas frías y monótonas por su naturaleza, con otras de mayor amenidad y movimiento, siendo de advertir que entre los mismos datos estadísticos y los cuadros de la hacienda pública, dejaba caer las gracias de su lenguaje ó de su espíritu, hasta el punto de hacer atrayente su lectura para personas que tenían horror á los números y los cálculos. El arte y el buen gusto pueden encontrar sitio en todas partes.

En aquellos documentos que no podían salir de determinadas fórmulas y prácticas invaria-

bles, como ciertas piezas de carácter diplomático, y especialmente los discursos con que se recibe á los representantes extranjeros, quería también introducir algunas innovaciones.

Cuando tenía á su lado como ministro de relaciones exteriores al doctor Bernardo de Irigoyen, ejemplar clásico de nuestros cancilleres, se podía seguir con interés la lucha discreta, disimulada y amable que se entablaba frecuentemente entre ese distinguido y correctísimo diplomático, que no quería apartarse un punto de la exagerada discreción tradicional en ese ramo del gobierno, y el innovador literario que pretendía refrescar el viejo fondo de la fraseología protocolar, con el soplo vivificante de un estilo movible y elegante.

Una vez se trataba de recibir al representante de una nación con la que, si bien estábamos en buenas relaciones, había un cierto enfriamiento ó susceptibilidad de carácter pasajero, y era necesario que el discurso correspondien-

te, sin dejar de ser cordial, mantuviera sus manifestaciones efusivas dentro de límites discretos.

El doctor Irigoyen envió al presidente una pieza oratoria irreprochable para las circunstancias; pero el doctor Avellaneda creyó que sin variar el fondo podía dar un poco de más movimiento á la forma, y le agregó algunas palabras. Llamó en seguida á su secretario, y le encargó que fuera á ver al ministro para consultarle la modificación proyectada, que producía indudablemente un efecto agradable, pero que quedaba tal vez fuera del riguroso protocolo.

El doctor Irigoyen, que era inexorable para esas cosas, pero que tenía una gran habilidad para dar cierta clase de respuestas, contestó que por su parte no podía oponer dificultad alguna á la enmienda de que se trataba, pero que si el señor presidente no tenía un gran empeño en que ella se efectuara, tal vez no habría inconveniente en conservar el primitivo proyecto.

El doctor Avellaneda escuchó sonriendo la contestación del canciller, y mantuvo en toda su integridad el texto ministerial.

Un día otro ministro le presentó el borrador de un importante documento oficial. El proyecto fué aceptado con algunas modificaciones que se resolvió introducir inmediatamente.

El ministro mismo llevaba la pluma para efectuarlas, y llegó un momento en que se encontró en apuros de los que no podía salir, para dar suelta y apropiada colocación dentro de un párrafo á todas las expresiones de que se había valido. Decididamente no cabían en el molde.—Mi doctor,—le dijo entonces el presidente—cuando ocurre ese género de dificultades, es porque sobran palabras ó faltan ideas, y en tal caso, no hay más remedio que disminuir las primeras ó aumentar las últimas.

Se adoptó el método indicado, y previo el sacrificio de algunos vocablos, el párrafo quedó regularmente redondeado.

No recordamos á propósito de qué asunto se publicó en cierta ocasión una carta del doctor Avellaneda, carta que además de referirse á cuestiones de actualidad, se relacionaba con cosas lejanas.

Un diario la criticó duramente, diciendo que el autor era infiel en ese escrito á sus viejas opiniones y á tradiciones que debía respetar, y que al rebelarse contra sus propias convicciones, se había visto arrastrado á rebelarse también contra su manera delicada de escribir, porque sólo en una situación de espíritu anormal, podía un escritor de su talla haber dado una construcción incorrecta á la frase capital de la carta.

El ataque indignó al doctor Avellaneda. Algunos de sus amigos trataron de apaciguarle, diciéndole que esas apreciaciones, notoriamente injustas, no debían preocuparle, puesto que eran muy conocidas la firmeza de sus creencias y su invariable consecuencia con todas sus opi-

niones.—No es eso lo que me lastima, dijo el doctor Avellaneda—y sé á lo que he de atenerme á ese respecto; pero desafío al crítico más purista, á que me cite una sola frase que pueda ser tachada de incorrecta en ese escrito.

La sola idea de que pudiese aparecer su nombre al pie de un período mal hecho ó imperfectamente redondeado, de una monótona repetición de vocablos, ó de alguna otra irregularidad de redacción, le ponía fuera de sí.

En un autógrafo que le pidieron y que debía figurar en un libro destinado á difundirse ampliamente, por una distracción ó un error de esos á que no escapan las personas más instruidas, escribió con b la palabra tuvo, del verbo tener, y no hubo posibilidad de reparar oportunamente el percance. Fué ese un amargo recuerdo que le mortificó durante mucho tiempo.

Los verdaderos artistas de la palabra llevan su exageración en estas cosas á límites in-

verosímiles, y se asegura que un error de imprenta que pudiera dañar la belleza de un concepto, sumía á Lamartine en un profundo abatimiento, y hacía entregarse á Chateaubriand á accesos de verdadera indignación.

Sarmiento se preocupaba principalmente del fondo del pensamiento, y aunque solía revestir sus ideas con hermosas formas, y tenía frases soberbias, era por lo general descuidado en la puntuación y en ciertos detalles de la construcción gramatical. Sus escritos adolecían también algunas veces de falta de hilación y de unidad, á causa de las digresiones á que le precipitaba su frondosa imaginación.

En cualquier momento en que se sentase á escribir, lo hacía con facilidad y sin vacilación. Parecía que la inspiración estaba á sus órdenes, y que acudía presurosa á su primer llamado. La pluma corría rápida sobre el papel, y las ideas salían de su cabeza como las ondas cristalinas de una fuente inagotable. Las hojas que

se escapaban de su mano, llenas de esas formas de su letra, abiertas, claras y limpias como su carácter, se amontonaban unas sobre otras sin que él volviera á pasar la vista por ellas. Ahí quedaban para que el secretario pusiera orden y corrección material donde fuera menester.

El funcionario que desempeñó ese cargo á su lado durante toda su presidencia, el inteligentísimo y malogrado doctor Olegario Ojeda, refería que la célebre oración de la bandera, esa obra maestra de la alta elocuencia, había sido escrita con solo un intervalo de corta duración.

Para haber podido formar en tan poco tiempo y en tales condiciones ese verdadero tesoro de frases y pensamientos, se necesitaba decididamente una potencia intelectual que saliera de las medidas comunes más ó menos elevadas, para entrar en los dominios de ese talento extraordinario que se llama el genio.



Una vez había terminado un extenso trabajo, y su secretario se hallaba ausente. Conocedor del caso su amigo el ministro de relaciones exteriores, doctor Tejedor, le propuso el concurso del subsecretario del ministerio doctor Emilio Lamarca, que era entendido en achaques literarios.

Aceptado el ofrecimiento, el doctor Lamarca recibió el legajo de manos de Sarmiento, y se alarmó profundamente al principio ante aquellos enormes párrafos con oraciones que parecían trucas ó interminables, pero después de una detenida lectura alcanzó á dominar el conjunto, y á darse cuenta de los detalles, empleando poco trabajo para poner todo en orden.

Al entregarle el documento á Sarmiento, le dijo que sin haber tocado en forma alguna el fondo, se había permitido dividir algunos párrafos, suprimir ciertas palabras repetidas, y modificar ligeramente la puntuación.

—Ha hecho usted bien,—le contestó Sar-

miento—pues esa es la misión del secretario. El que escribe,—agregó—avasallado por el pensamiento, y ante el tropel de las ideas que le asaltan, no puede estar fijándose en pequeñas imperfecciones de forma, que pueden ser después fácilmente arregladas.

Tal es la verdad indudablemente, pero solo Sarmiento y algunos privilegiados de los dones intelectuales pueden decir eso. En la mayor parte de los casos, no son las ideas sino las palabras las que se presentan en tropel, sin encontrar muchas veces el pensamiento que deben revestir con su ropaje.

Por lo demás, Sarmiento, como Avellaneda, ha redactado él mismo integramente numerosos documentos públicos, que por su importancia estaban en el caso de recibir tal honor, y las personas que recorran las colecciones oficiales de la época, encontrarán á cada paso las huellas luminosas de esos dos ilustres representantes del pensamiento argentino.

## EN ENTRE RIOS Y CORRIENTES

---

Excursiones presidenciales—Un viaje en el vapor Pavón—La oración del marino—Sarmiento y la Meseta de Artigas—Lamartine á bordo—En la Concepción del Uruguay—Visita al colegio nacional — El profesor Peyret—Un juicio sobre Urquiza—El doctor Leonidas Echagüe—En Concordia y el Salto Guarumba y sus lanceros—En Monte Caseros—Una bendición disputada — Inauguración de un ferrocarril—Recuerdos de la triple alianza—Una voz profética—Treinta y cinco años después—El regreso.

Mientras el doctor Avellaneda estuvo al frente del gobierno aprovechó todas las ocasiones que se le presentaron para conocer el interior del país. Y no limitó sus viajes á la tarea de recibir ovaciones y de realizar mecánica-

mente ciertos actos oficiales, sino que trató de apreciar de cerca las condiciones de cada localidad, y de ponerse al habla con los elementos de la población, á fin de darse cuenta también de su situación política y moral.

Muchas de las mejores obras que realizó durante su administración, nacieron de esa inspección personal, y si las circunstancias extraordinarias que constantemente le rodearon no le hubieran obligado á permanecer casi siempre en la capital, habría viajado con más frecuencia por las diversas provincias, dando así mayor amplitud á una costumbre que debe ser imitada por todos los ciudadanos que se encuentren al frente de los destinos de la Nación.

Un país extenso, despoblado y que se halla al principio de su organización como el nuestro, tiene muchas necesidades que no pueden ser bien apreciadas á la distancia, y cuenta al mismo tiempo con riquezas naturales que solo

están esperando un ligero impulso para dar copiosos frutos. A fin de buscar los medios más apropiados para satisfacer las primeras y desarrollar las últimas, nada puede ser más á propósito que la presencia misma del presidente de la República. El convencimiento nacido del examen propio es el más firme y seguro. Las solicitudes que vienen de lejos pierden su eficacia en el camino, y las informaciones transmitidas por intermediarios suelen ser desfiguradas por la ignorancia ó el interés.

Tenemos muy próximo un ejemplo que puede servir de prueba á esas afirmaciones. Desde hace mucho tiempo se habla de la extraordinaria importancia que la irrigación de una parte del territorio del Río Negro puede tener para la riqueza nacional; pero ante la inacción oficial han quedado inútiles los clamores de los interesados, la propaganda de la prensa, los resultados elocuentes de los estudios técnicos, y hasta algunas iniciativas que han tenido lu-

gar en el seno mismo del congreso. Ha sido necesario que un ministro fuera personalmente á convencerse de que se estaba cometiendo un verdadero crimen al retardar esa obra, para que el famoso proyecto haya entrado en el período de su ejecución.

El primer viaje que realizó el presidente Avellaneda fué á las provincias de Entre Ríos y Corrientes, con el objeto de inaugurar el ferrocarril de Concordia á Monte Caseros, primera sección de la gran línea proyectada para facilitar las comunicaciones con una gran parte del Brasil y de la República Oriental, y para ligar las poblaciones del Uruguay y del Paraná, acercándolas al mismo tiempo á la capital de la Nación.

Esa pintoresca lonja de tierra encerrada por dos de los más hermosos ríos del mundo, iba á tener por fin su lote en los beneficios de la paz. Su suelo incesantemente recorrido durante largo tiempo por los caudillos, y enrojecido

por la sangre de la guerra civil, iba á entrar en una nueva etapa, sirviendo de asiento á los rieles de acero destinados á transformar por completo su situación y sus destinos. Ya era tiempo.

El presidente seleccionó una pequeña comitiva formada por jefes militares y algunas personas de elevada posición ó marcada intelectualidad, y se despidió de una atmósfera caldeada por los odios políticos, para ir á presidir una fiesta del progreso en medio de poblaciones laboriosas y tranquilas.

El viaje se hizo en el vapor Pavón, un transporte de guerra que había hecho muy buen papel en la campaña del Paraguay, haciéndose notar especialmente por su velocidad y sus excelentes condiciones para la navegación. Su comandante el capitán de navío Iturrieta se deshacía en elogios al hablar de las proezas que había llevado á cabo la ponderada nave, y llegaba hasta el enternecimiento que puede

sentir un padre por su hijo, cuando recordaba los peligros que había corrido.

Entre los cariños de que se hace objeto á las cosas materiales, creemos que ninguno puede compararse con el que suelen inspirar esas frágiles amazonas de hierro y madera, á aquellos que les confían su vida y les imprimen su dirección sobre las aguas inquietas.

Sin poner en duda los títulos de gloria que el Pavón pudo haber adquirido durante la guerra con su ligereza y sus condiciones náuticas, debemos afirmar que ofrecía muy pocas comodidades durante la paz. La instalación de la comitiva á bordo fué bastante mediocre, pero los espectáculos de la naturaleza y la buena compañía eran compensación suficiente á todas las deficiencias de otro género.

La partida tuvo lugar á mediodía, y se hizo con un tiempo espléndido la travesía de ese hermoso trozo del río de la Plata, que con todo el aspecto de un verdadero mar, se ex-



tiende desde el puerto de Buenos Aires hasta la desembocadura del Uruguay.

Hacia muy poco tiempo que había quedado atrás la isla de Martín García, cuando empezaron á insinuarse las primeras sombras del crepúsculo, y los pasajeros fueron atraídos sobre cubierta por el toque de oración.

Es ese un momento interesante y solemne en los buques de guerra. Es la hora de la conciencia, como diría Victor Hugo. El clarín lanza á los vientos sus notas impregnadas de un aire inimitable de meditación y tristeza, y sus ecos que se reproducen en la soledad desde los tonos más agudos hasta un leve murmullo que parece apagarse entre las aguas, producen la más profunda impresión en todos los ánimos; las tareas ordinarias de á bordo se suspenden súbitamente como bajo el impulso de un resorte invisible; los marineros, unos en las cuerdas, otros alineados en filas sobre la cubierta, algunos en la misma actitud en que

los ha sorprendido la tocante señal, todos quedan inmóviles como estatuas, con la mirada perdida en la inmensidad del espacio; y en medio de esa quietud general, solo el buque sigue avanzando, como si fuera rompiendo con la proa esa especie de velo gris con que parecen cubiertos los objetos en la hora crepuscular.

Hasta los espíritus más fuertes se sienten invadidos por el sentimiento religioso en esos momentos, y mientras el pensamiento se levanta hacia el poder misterioso que parece guiar á la frágil embarcación así sobre las olas apacibles como en medio del fragor de las tempestades, el corazón y la memoria se llenan de las imágenes más queridas.

Es tan grande la emoción que se apodera de la gente de mar durante la conmovedora escena, sobre todo si se halla lejos de la tierra natal, que suele llegar á humedecer los ojos de los más rudos veteranos, empedernidos entre los peligros y los sufrimientos.

Si el sentimiento pudiera hacer un análisis moral de las cosas, en el fondo de esas lágrimas que cruzan la mejilla tostada del marino en la hora melancólica de la plegaria vespertina, encontraría seguramente algún tierno recuerdo del hogar ó de la patria.

Amenizada por una buena banda de música tuvo lugar un poco más tarde la primera comida de á bordo, servida sobre cubierta á causa de la elevada temperatura; y después de una larga y entretenida sobremesa, todos bajaron á buscar una apropiada instalación para pasar la noche.

La tarea fué difícil. El mismo camarote del comandante, destinado al presidente, ofrecía poca comodidad. Los demás estaban naturalmente en condiciones inferiores. Los viajeros más felices fueron los que pudieron arreglarse un lecho bajo el cielo estrellado y entre el ruido tranquilo de las aguas, que predispone al sueño como el arrullo de una madre cariñosa,

aunque tuviesen que soportar el grito monótono del práctico, que indicaba incesantemente al timonel el rumbo que debía imprimir á la nave para no abandonar la línea de la mayor profundidad. El grupo principal de pasajeros se acomodó en una enorme cámara, cuyas camas alineadas en dos filas parecían los nichos de un sepulcro circular. Allí casi no se pudo dormir. A las deficiencias de la instalación, se agregó la sostenida conversación de los huéspedes, en la que se destacaban las anécdotas y chispeantes ocurrencias del general Mansilla y el doctor Wilde, que formaban parte de la comitiva.

Al día siguiente todos estaban desde temprano sobre cubierta contemplando las hermosas márgenes del río Uruguay, que tan distinto aspecto ofrecen á la vista.

La orilla argentina se desarrolla en la llanura, y está poblada de bosques frondosos, entre los que sobresalen los ceibos con sus flores

de topacio, y una especie de palmeras que en grupos compactos de una extensión considerable, producen efectos extraños y sorprendentes.

Será difícil encontrar en otra parte la gran cantidad de pájaros que pueblan esas arboledas. En los conciertos de su música natural y primitiva, se distinguen las notas originales del zorzal, tan celebrado en los hermosos versos de Olegario Andrade, ese otro cantor inolvidable de las selvas entrerrianas.

La orilla oriental es más accidentada. Las pintorescas pendientes se prolongan en caprichosas colinas, cuyas formas varían desde las alturas prominentes hasta esas suaves ondulaciones conocidas con el nombre de cuchillas, palabra que no existe en el diccionario, pero que explica mejor que cualquiera otra el objeto á que se aplica.

Cuando se llegó frente á esa altura llamada *Meseta de Artigas*, uno de los viajeros

que algún tiempo antes había acompañado al predecesor del doctor Avellaneda en una expedición igual, destinada á inaugurar los trabajos del mismo ferrocarril que se iba á entregar al servicio público, refirió que al pasar por el punto mencionado, Sarmiento hizo detener el buque, y después de subir con toda la concurrencia á la parte más alta de la hermosa colina, sugestionado por el nombre dado á ese sitio, hizo una larga y elocuente improvisación sobre los caudillos, que tantos temas han dado á su implacable adversario para algunos de sus más bellos y grandiosos cuadros.

Su sucesor no quiso imitar ese ejemplo. Demasiado había tenido que hacer recientemente con caudillos y revoltosos, y deseaba esparcir su espíritu en otras cosas.

Pronto tuvo una oportunidad.

Uno de los compañeros de viaje tenía en las manos un tomo de Lamartine, y apenas lo notó el doctor Avellaneda, se apoderó de

él y se puso á traducir en voz alta una de las más bellas composiciones del poeta francés, "Le premier regret". Y era curioso contemplar aquel presidente argentino que acababa de vencer una revolución, y que en esos momentos se encontraba inclinado sobre la borda de un buque de guerra, mezclando á los suaves rumores de las brisas y las olas, los acentos conmovidos de uno de los más grandes y sentimentales poetas del mundo literario.

Después de unas pocas horas de navegación, el Pavón ancló en el puerto de la Concepción del Uruguay, donde el presidente fué objeto de una entusiasta y afectuosa recepción.

Toda la comitiva se alojó en la casa del gobernador de la provincia, doctor Leonidas Echagüe, que vivía en el gran edificio que en otro tiempo ocupó el general Urquiza.

Los diversos festejos con que la población quiso agasajar al primer magistrado de la Nación, fueron verdaderamente populares y efu-

sivos, como los que tuvieron lugar después en otras localidades, pues el doctor Avellaneda tenía un sólido prestigio en el interior, no sólo por su rango oficial, sino principalmente por sus condiciones personales, y porque casi no existía punto alguno de la República donde no hubiese huellas de su labor fecunda como ministro de instrucción pública.

Uno de los primeros establecimientos visitados fué el colegio nacional, fundado en hora oportuna, y que disfrutaba de un justo renombre.

El doctor Wilde, que había sido alumno de la casa, sentía despertarse sus recuerdos á cada paso que daba, y mantuvo entretenida á la comitiva con graciosas anécdotas en que figuraban, además de algunos de sus antiguos compañeros, el primer rector del establecimiento, doctor Larroque, y aquel viejo Peyret á quien todos hemos conocido en Buenos Aires con su gran cabeza que resultaba estrecha



para la poderosa inteligencia que la llenaba. Ese hombre original, que pasaba como un extraño por entre los detalles materiales de la vida, elevaba su pensamiento á las mayores alturas cuando penetraba en los dominios de la filosofía y de la historia. Daba por ese tiempo unas interesantes conferencias en el colegio nacional de Buenos Aires, y hablaba con el mismo interés y la misma intensidad ante un auditorio de veinte ó de mil personas. Pasó sus últimos años desempeñando el puesto de inspector de colonias, y ese profundo pensador que habría podido producir libros de alta importancia científica, hizo correr su pluma durante la última época de su vida, amontonando datos estadísticos sobre el aumento de la población, las hectáreas de tierra cultivadas, y las cabezas de ganado introducidas en los pequeños y lejanos centros entregados á su inspección.

En uno de los sitios de preferencia había

un busto del general Urquiza, y la comitiva se detuvo un momento en frente del fundador del establecimiento.

Después de contemplarle fijamente el doctor Avellaneda, dijo poco más ó menos lo siguiente:

“He ahí un hombre cuya fama está todavía en una especie de penumbra, pero sobre el cual se modificarán sensiblemente muchas de las opiniones del presente.

“Por tradiciones de familia y por mis propias tendencias he tenido que actuar en el campo de sus adversarios, pero he abrigado siempre cierto respeto para su nombre, y la reflexión serena está dando cada día relieves más salientes á su figura en mi concepto.

“Cualquiera que sea el grado de verdad de los hechos anteriores que se le atribuyen, su alzamiento contra Rosas fué una grande y patriótica inspiración á la que permaneció fiel.

“Después de los infructuosos y constantes

esfuerzos de los enemigos del dictador, fué Urquiza el primero que logró vencerle, haciéndole abandonar el suelo de la patria, y este hecho quedará incommovible en la historia. Entregó después la organización del país á las ideas más avanzadas, y á un grupo selecto compuesto de algunos de los hombres más notables por su patriotismo, por su inteligencia y por su probidad. El congreso constituyente de 1853 será siempre citado como un modelo en nuestros anales parlamentarios.

“Los errores que pudo haber cometido después, fueron más bien obra de su época que de su voluntad, y la prueba de la sinceridad de sus propósitos está en que vino á morir en las manos de sus mismos correligionarios, que no quisieron seguirle en su patriótica evolución.

“Al día siguiente de su muerte, se inició para su nombre la reacción de la opinión que le era adversa, y uno de sus síntomas principales fué un hecho que en otro tiempo habría

parecido inverosímil. Sarmiento se convirtió en el vengador de Urquiza.

“No pasarán muchos años sin que con el consentimiento de todos se levante su estatua en el suelo de la patria, y entonces á la luz de Caseros y la constitución nacional, desaparecerán las sombras que pudieron alguna vez obscurecer su nombre.”

Había indudablemente algo de profético en esas palabras.

Del colegio pasó la comitiva á visitar algunos otros sitios interesantes de la ciudad.

El puerto del Uruguay daba mucho trabajo á la Nación. El brazo que lo ligaba al río tenía ciertas peculiaridades que hacían difíciles y costosas las obras de acceso, y en esos momentos se estaba construyendo un muelle de grandes proporciones y de complicados detalles.

El presidente quiso visitarlo, y fué acompañado en su excursión por todos los viajeros. No

entendía absolutamente nada de construcciones hidráulicas, pero fijándose detenidamente en un punto de la obra, dijo con acento de profundo convencimiento que ella fracasaría.

Todos creyeron que no se trataba sino de una de esas frases que solía pronunciar casi mecánicamente para aparentar que tomaba parte en la conversación, cuando se hallaba abstraído en alguna cosa muy distinta.

Uno de los directores de los trabajos se le acercó sonriendo entre socarrona y respetuosamente, y se puso á su disposición para darle cuantas explicaciones quisiera, pero el presidente no quiso escuchar nada, diciendo que la materia le era completamente extraña, y que lo que había dicho le vino no sabía cómo ni de dónde.

Un momento después quedó olvidado el incidente, pero algún tiempo más tarde llegó á Buenos Aires la noticia de que había fracasado efectivamente la obra en una de las cre-

cientes del río, y fué necesario emprender su reconstrucción con algunas modificaciones hechas en los planos.

Hay así algunos espíritus privilegiados que suelen tener una especie de adivinaciones en cosas que les son completamente desconocidas.

En la última comida que tuvo lugar en la casa del gobernador, el doctor Avellaneda pronunció algunas palabras agradeciéndole su suntuosa hospitalidad, y haciendo un juicio muy honroso de su administración pública y de sus condiciones personales.

El elogio fué vivamente aplaudido, pues era muy merecido.

El doctor Echagüe figuraba entre los hombres más distinguidos de Entre Ríos.

Se había educado en Córdoba, donde dejó muy buen nombre por sus condiciones de estudiante, y por su distinción y cultura como hombre de sociedad.

Desde temprano empezó á servir á su pro-

vincia, habiendo sido sucesivamente miembro de la legislatura, juez, ministro, gobernador, diputado y senador al congreso nacional, habiendo además conservado siempre una merecida influencia entre sus comprovincianos.

No descolló por una gran inteligencia, pero tuvo excelentes condiciones de hombre público, entre las que descollaban la moderación, una discreta tolerancia que no estaba reñida con la energía, y un tino especial para conciliar las más escabrosas situaciones. Tenía buen golpe de vista para apreciar á las gentes, y una calma admirable para esperar sin apurarse el desarrollo lógico de los sucesos, que suele corregir con frecuencia las precipitaciones de los hombres. Su probidad era notoria. Le gustaba vivir bien, y hasta sus últimos tiempos eran muy conocidos sus apuros y dificultades para llenar las necesidades de su vida.

Murió cuando representaba á su provincia en el senado nacional, á cuyas sesiones asistía

con regularidad, no obstante hallarse muy enfermo, hasta el punto de que le era siempre necesario el auxilio de una persona para llegar á su asiento.

Después del Uruguay fué visitada Concordia, ciudad simpática é interesante, que á causa del clima benigno y de la tierra fértil de la región á que pertenece, se va convirtiendo en uno de los centros industriales de mayor importancia que hay en Entre Ríos.

Allí, como en la capital de la provincia, el presidente fué afectuosamente recibido, y entre los preparativos hechos para agasajarle, figuraba la postergación de la inauguración de una biblioteca pública, á fin de que él pudiera presidirla, como sucedió efectivamente, con gran contento suyo, á causa de sus conocidos gustos y tendencias. Vale la pena de hacer notar que la comisión directiva de la mencionada biblioteca estaba compuesta por damas distinguidas.



Al frente de Concordia y en la orilla opuesta del río Uruguay, se halla la ciudad oriental del Salto, donde los viajeros, con excepción del presidente, que no podía salir del territorio nacional, pasaron momentos muy agradables recorriendo las principales calles, desarrolladas en pendientes accidentadas y pintorescas.

En Concordia se engrosó la comitiva con varias personas entre las cuales se distinguía el cura párroco de la localidad, un sacerdote de formas diminutas pero de excelentes condiciones intelectuales y morales. Se hizo simpático á todos, y fué invitado para bendecir la línea que se iba á inaugurar, distinción que casi ocasionó un conflicto, como se verá después.

Llegado el día fijado para la inauguración, el tren salió de Concordia en las primeras horas de la mañana, y se detuvo algunos momentos en la estación intermedia de Federación. Allí esperaba al presidente para rendirle honores una legión de gigantescos lanceros que

montaban briosos caballos, llevaban el traje clásico de nuestros viejos gauchos, y tenían á su frente á un corpulento y bronceado jinete, vestido lo mismo que ellos, pero con un aire de superioridad que se desprendía de toda su persona. Era Guarumba, el renombrado caudillo de aquella localidad.

El pasado y el porvenir estaban así frente á frente, representado el primero por las lanzas de la barbarie primitiva, y el segundo por uno de los elementos más poderosos de la civilización moderna, que con su penacho de humo y su vibrante silbato, parecía lanzar un reto de desafío en aquellas agrestes soledades, que no conocían hasta ese momento otro elemento de movilidad sobre la tierra que el potrero bravío y montaraz.

El ignorante Guarumba no sospechaba que la fiesta á que iba á asociarse era uno de los signos precursores de su caída y de la de todos sus congéneres.

El tiempo ha transcurrido, y mientras la locomotora recorre triunfante el suelo entrerriano en todas direcciones, ya no se encuentran Guarumbas en parte alguna.

Después de pocas horas llegó el tren á Monte Caseros, donde fué recibido con ruidosas aclamaciones ese mensajero de la paz y del progreso. El presidente debía regresar el mismo día, por lo que todo estaba preparado para realizar inmediatamente la inauguración.

Entre la concurrencia que llenaba la estación se destacaba la colosal figura de un sacerdote, que era precisamente la antítesis del párroco de Concordia, y que se hallaba revestido de los adminículos apropiados para bendecir la línea. En cuanto divisó á un colega suyo en la comitiva presidencial, se puso pálido, vió comprometida su situación, y presintió que su bendición estaba en peligro.

Aclaradas las cosas, manifestó que las disposiciones del señor presidente debían ser aca-

tadas, pero que habría un motivo más de satisfacción para la población de Monte Caseros, si ésta veía que era su párroco el que bendecía la primera locomotora que llegaba á esas apartadas regiones.

La observación hizo efecto en el auditorio, y los dos rivales se miraban frente á frente á la espera de la resolución presidencial.

El presidente Avellaneda estaba decididamente destinado á arreglar conflictos por todas partes. Acababa de hacer una conciliación con el doctor Alsina, iba á efectuar otra más tarde con los adversarios de su gobierno, y hasta en ese momento de alegres expansiones tuvo que ejercer su intervención pacífica entre dos sacerdotes que se disputaban el honor de una bendición.

El asunto fué satisfactoriamente arreglado. El cura de Monte Caseros bendeciría la línea, y el cura de Concordia asistiría al presidente como capellán oficial, con lo cual todos quedan conformes.

Después de la ceremonia, que se celebró con toda solemnidad, tuvo lugar un suntuosísimo banquete.

La belleza del lugar, la trascendencia del acto que se acababa de realizar, la influencia del aire saturado con las emanaciones de una vegetación exuberante, y los contrastes que se notaba á cada paso entre los resabios del pasado y los augurios del porvenir, todo parecía aguzar los ingenios y hacer subir la palabra á los labios. El presidente pronunció un magnífico discurso que fué seguido de varios otros, pues casi no hubo persona de alguna distinción que no tratara de hacerse oír en ese momento. El espectáculo habría sido interminable sin una chispeante y oportuna improvisación del señor Eduardo Mulhall, calculada para poner un límite á ese desborde oratorio.

Terminado el banquete, los viajeros se ocuparon de recorrer la modesta población, en la que poco se veía de la obra del hombre, pero

en la que la obra de la naturaleza era hermosa y atrayente.

Llegó un momento en que situada la concurrencia en una altura pintoresca de la costa, pisaba suelo argentino, y estaba viendo muy cerca tierra oriental y brasilera. Al frente de Monte Caseros y con el río de por medio se levanta el pequeño pueblo de Santa Rosa, perteneciente á la República Oriental del Uruguay, y un poco más arriba corre el arroyo Cuareim, línea divisoria entre este último territorio y el Brasil. En la orilla brasilera hay un gran saladero cuyas altas chimeneas se ven desde lejos.

A la vista de ese espectáculo, el tema de la conversación fué la triple alianza y la guerra del Paraguay, y se empeñaron discusiones acaloradas. Unos sostenían que esa campaña había sido el resultado de una gran política, y otros afirmaban que no había pasado de un lamentable error, que impuso á nuestro país

enormes sacrificios sin compensación positiva de ninguna clase. Se recordó con tal motivo la ardiente polémica del general Mitre con el doctor Juan Carlos Gómez.

El doctor Avellaneda terció en los debates, diciendo que los hechos se hallaban aún muy frescos para que la opinión imparcial pudiera dar su fallo definitivo sobre esa campaña que, por lo menos, había producido la libertad de un pueblo.—Es verdad—agregó—que un país que como el Paraguay ha estado sometido durante muchos años á una oscura y brutal tiranía, pasará todavía por un largo período de anarquía y desórden, antes de poder disfrutar tranquilamente del beneficio que para él conquistaron sus vecinos.

Hablando luego de las tres naciones que se habían aliado para esa guerra, dijo aproximadamente lo siguiente: “Cuando la naturaleza ha unido tres pueblos en esta forma, es para que también vivan unidos

en la historia. Del Uruguay no hay nada que decir, y ya otra vez he manifestado que es para nosotros algo como una prolongación de la patria. Las disidencias entre orientales y argentinos, son como esos altercados que suelen suscitarse entre los miembros de una misma familia, y que antes de condensarse en hechos ó llegar siquiera á las amenazas, se disuelven en afectuosas reconciliaciones. En cuanto al Brasil, pronto se incorporará á la democracia americana, y cuando haya salido de las agitaciones y los desórdenes que siguen siempre á un cambio en la forma de gobierno, será decididamente nuestro amigo, porque nada habrá entonces que nos separe.”

Treinta y cinco años después, otro presidente argentino ha pronunciado análogas palabras para poner término á enfriamientos pasajeros con nuestros dos vecinos, lo que contribuye á dar fundamento á la patriótica y clara visión del doctor Avellaneda.



Clausuradas las fiestas celebradas con motivo de la inauguración del ferrocarril, el presidente y su comitiva emprendieron el viaje de regreso, deteniéndose algunas horas en la pintoresca y atrayente ciudad de Guleguaychú, y otras en la pequeña población de Colón, donde estaba formándose una colonia nacional, cuyos pobladores se presentaron á saludar al doctor Avellaneda, haciéndole al mismo tiempo algunos pedidos que fueron empeñosamente atendidos.

La última visita fué para la isla de Martín García. Después de haber recorrido la comitiva el lazareto y las fortificaciones, el Pavón puso la proa hacia Buenos Aires, donde los viajeros llegaron con las más agradables impresiones recibidas durante la interesante excursión, y donde el doctor Avellaneda, después de un ligero paréntesis abierto á sus pesadas tareas, volvió á seguir presidiendo una de las administraciones más fecundas, laboriosas y difíciles que ha tenido nuestro país.

# UNA EXCURSION PRESIDENCIAL

---

## I

### En Tucumán

---

La política y las finanzas en 1876—Regreso á la tierra natal—Impresiones y recuerdos—El doctor Tiburcio Padilla—La recepción de Sarmiento—Hermosa presentación—Un domicilio apropiado—Inauguración del ferrocarril de Córdoba á Tucumán—Los discursos—Horas inolvidables.

El año 1876 había sido uno de los más duros y azarosos de la administración Avellaneda.

La oposición política continuaba apasionada y brava, habiendo resultado inútiles para

desarmarla las medidas de paz y de clemencia que se habían llevado á cabo, y el desarrollo de un programa de gobierno apropiado para satisfacer las más exigentes aspiraciones del patriotismo.

La crisis económica persistía en toda su intensidad. Las rentas nacionales calculadas en cerca de diez y nueve millones de pesos fuertes no alcanzaron á catorce.

En medio de tan angustiosa situación no sólo fueron correctamente mantenidos todos los servicios públicos, sino que algunos de ellos, como los relativos á la enseñanza, recibieron poderosas ampliaciones. Semejantes resultados no pudieron ser obtenidos sino con verdaderos prodigios de orden y de economía.

El presidente de la República pudo así decir en el mensaje con que inauguró las sesiones del congreso de 1877, las palabras siguientes: “Los males de la crisis debían naturalmente hacerse sentir del modo más penoso respecto

de los recursos del gobierno, de su marcha administrativa y de las obligaciones que tienen empeñado nuestro crédito en el exterior y en el interior. Podemos afrontar tranquilos este examen, porque á pesar de haber sufrido tanto, hemos salvado íntegro el honor”.

A principios de Octubre, y como una compensación á tanta penuria, habían terminado los trabajos del ferrocarril á Tucumán, y el doctor Avellaneda resolvió inaugurar personalmente esa obra importantísima.

Quería así ofrecer él mismo tan valioso presente á la provincia de su nacimiento, y se proponía además abrir un pequeño paréntesis de bienestar y reposo á las dificultades, las preocupaciones y las incertidumbres de que vivía rodeado en Buenos Aires.

Con este último objeto decidió anticiparse á la numerosa comitiva que debía acompañarle en la expedición, á fin de pasar unos cuantos días serenos y tranquilos en medio de las ex-

pansiones de la intimidad, y fuera de las fiestas y ceremonias oficiales.

Así lo realizó.

Toda la población de la hermosa ciudad estuvo á recibirle, y aunque no fué posible prescindir de los honores reglamentarios debidos á su rango, las manifestaciones de que se le hizo objeto no fueron el homenaje público de la provincia al primer magistrado de la Nación, sino las sinceras efusiones de afecto con que el pueblo tucumano quería saludar en su regreso á uno de sus más ilustres hijos.

La situación del doctor Avellaneda en esos instantes debió ser verdaderamente conmovedora para él.

Tras de una larga ausencia volvía por fin á su ciudad natal, á la tierra sobre la que cayó ensangrentada la cabeza de su padre en la hora triste de la trágica protesta contra la tiranía, á su vieja casa solariega de la que salió en los primeros años de la vida, sin otros ele-

mentos para abrirse camino, que las nobles ambiciones que palpitaban en su seno, acompañadas por una poderosa voluntad para realizarlas, pues parece que desde una temprana edad tuvo algo como el presentimiento ó la intuición de los altos destinos que le esperaban.

Al regresar después de tanto tiempo, el animoso y pobre estudiante de los días oscuros llevaba un nombre ilustre y prestigioso, y ostentaba en su pecho las insignias correspondientes á la primera magistratura de su patria.

Las palabras que pronunció con ese motivo no hicieron alusión alguna á su posición pública, ni se refirieron siquiera al objeto principal de su viaje, y solo fueron una conmovedora explosión de los sentimientos íntimos de que debió desbordar su corazón en ese momento supremo.

Los agasajos y las demostraciones de que fué objeto tomaron todas las formas destinadas á expresar los más tiernos afectos, y hasta tuvo la buena suerte de que se encontrara al frente

del gobierno de la provincia uno de los más distinguidos hijos de Tucumán—el doctor Tiburcio Padilla—su amigo de la infancia y el compañero inseparable con quien había afrontado en Buenos Aires, durante la época de las esperanzas y los sueños, las primeras luchas empeñadas para conquistar el éxito.

La amistad, la familia, el ambiente irremplazable de la tierra natal, los más tiernos y conmovedores recuerdos, los vínculos tradicionales que habían ligado á varias generaciones en el mismo culto, todo contribuyó á tejer de gratas y hermosas impresiones aquellas horas que debieron ser inolvidables para él.

El grueso de la comitiva que debía asistir á la fiesta, llegó algunos días después. Iba en un enorme tren arrastrado por la máquina "Sarmiento", y el dueño de ese nombre ocupaba el primer lugar en la numerosa concurrencia.

La ciudad de Tucumán se vistió de gala é hizo una suntuosa recepción á sus visitantes,

especializándose los homenajes con el ilustre ex presidente.

El notable periodista don José Posse, su amigo de largos años, le dió la bienvenida en la estación del ferrocarril, y después de dedicarle elocuentes palabras con ese objeto, le presentó al pueblo tucumano, que le veía por primera vez y tenía verdadera ansiedad por conocerle.

—Este es Sarmiento—dijo dirigiéndose al mar de cabezas humanas que tenía delante;— este es Sarmiento, el enemigo implacable de los tiranos y de los bárbaros, el combatiente de primera fila de todas las grandes causas, el portaluz argentino, el soldado de Caseros, el presidente histórico, el temible publicista que vengó á los mártires de Tucumán cruzando el rostro de sus verdugos con el látigo formidable del "Facundo", el valiente proscrito que al abandonar su tierra en el día sombrío del desastre, envió desde las fronteras el más so-



berbio desafío para el porvenir al tirano que ensangrentaba el suelo de la patria; este es Sarmiento,—repitió—y tomándole de la mano le entregó á la multitud, que le recibió en sus brazos, acompañándole entre aclamaciones al domicilio que se le había preparado, y que no sabemos si por casualidad ó con propósito preconcebido, estaba en un local grato y propicio para él: en el colegio nacional.

Su permanencia en Tucumán fué una serie no interrumpida de triunfos y ovaciones. Muchas personas le aguardaban á la salida de su casa para seguirle por la calle, y especialmente los jóvenes estudiantes le formaban constantemente una especie de escolta.

El ilustre anciano se mostraba contento y animoso por todas partes; no faltaba á los bailes, á los banquetes, á las diversas excursiones que se realizaban; estaba desbordante de elocuencia y entusiasmo, y hasta creemos que no tuvo motivo para enojarse con nada ni con nadie.

Habiendo ocupado la mayor parte de su vida en luchar, en demoler, en reformar, en protestar, en reconstruir, en corregir, casi no había tenido tiempo de enternecerse, pero en aquellos momentos hubo ocasiones en que su emoción llegó hasta las lágrimas.

En uno de los numerosos discursos que pronunció, porque á propósito de todo era necesario que hablara Sarmiento, tuvo unas palabras que salieron entrecortadas de sus labios, y que causaron profunda impresión.—Sería un insensato, dijo, si afirmara que no he tenido errores en mi vida. He cometido muchos indablemente, pero tengo el descargo de que ellos han obedecido á mi afanosa precipitación por ver á mi país ocupando en la realidad el lugar que ya tenía en los anhelos de mi pensamiento. Y así como Jesús perdonó sus pecados á la Magdalena porque había amado tanto, yo espero que mi patria me perdonará los míos, porque han nacido todos de mi amor por ella.

La ceremonia de la inauguración de la línea férrea fué verdaderamente grandiosa. El presidente de la República pronunció un hermoso discurso, del que por lo menos queremos dejar en estos apuntes los siguientes párrafos:

“El primero y gran esfuerzo está realizado. La locomotora se encuentra al pie de los Andes. Estas montañas están en la América para atestiguar nuestros grandes hechos. Cuando queremos contar la epopeya de la guerra decimos:—Traspusimos con San Martín los Andes.—No ejecutamos ya otras hazañas sino las del trabajo creador y pacífico; pero no daremos por terminada la tarea sino cuando podamos decir también:—He ahí el último canto de la nueva epopeya.—Las ramificaciones de los Andes no nos han detenido, y tendemos el último riel de acero al frente de la frontera boliviana.—Hemos luchado con el coloso mismo, y éste ha inclinado de nuevo “la ardua frente para que pase otra vez el vencedor”.

He ahí á la locomotora triunfante cambiando la geografía del continente, y ligando el océano Atlántico al océano Pacífico.

“ Pero detengámonos en esta jornada del gran camino.—He ahí la ciudad, y quiero presentarla á los recién venidos.

“ Era apenas una aldea, y fué elegida como un trípode por el genio de la revolución para lanzar desde su recinto aquel grito que hizo alborear los horizontes de medio mundo.—Creció desde entonces amando la libertad y execrando á los tiranos; y cuando uno de ellos extendía por la tierra del argentino su ominoso imperio, Tucumán se levantó, casi sola en santa y patriótica lucha, convocó á sus hermanas del Norte y fué á la guerra

¿Para vencer? Nó. Tenía tan solo la sed de la consagración y del martirio; y el noble pueblo se abrió estoicamente las venas para que nosotros podamos hoy decir que las tiranías no avergüenzan, cuando han suscitado héroes

por la desesperación, y derramado hasta la fatiga sangre de mártires.

“Todo esto ya pasó.—No tenemos hoy por delante sino á Tucumán, la industriosa y la bella. . .

“Permitidme ahora una expansión personal, que es la primera y que será la última en mis discursos públicos.

“He vuelto á mi ciudad natal tras de largos años.—Quería, después de tantas fatigas, ver nuevamente los rayos de su sol, y esperaba anhelante las brisas tibias de la tarde que jugaron con mis cabellos de niño, para que refrescaran mi frente con su blando y perfumado aliento.—Doy gracias á todos por haber encontrado esas acogidas penetradas de cariño y palpitantes en su efusión, que identifican á un hombre con millares de hombres, y que hacen experimentar la suprema de las emociones,—la ebriedad del corazón.”

Sarmiento pronunció también un extenso y

bien nutrido discurso como todos los suyos. Poco se ocupó en él del ferrocarril, según el mismo lo hizo notar, pero habló de muchas otras cosas y especialmente de los horrores del despotismo, materia sobre la cual trazó un cuadro de una belleza suprema, que no reproducimos aquí porque no queremos turbar la humilde serenidad de estas páginas con los rayos que salían de aquella cabeza tempestuosa cuando juzgaba los excesos sangrientos de la tiranía. Tocó naturalmente su tema favorito: la educación.

“ Tucumanos—dijo—enseñad á leer á todos á fin de que haya carga para el ferrocarril. La inteligencia es dinero, y para pueblos tan lejanos, la industria inteligente es la única salvación. ”

Para corroborar lo que hemos afirmado más arriba sobre los sentimientos que llenaron su corazón durante su permanencia en Tucumán, copiaremos en seguida las últimas palabras de su discurso:

“ Si alguna vez el cansancio de los años, acaso la injusticia, me traen el desencanto, recordaré los millares de miradas que me sonríen y me revelan que soy estimado por un pueblo entero, tendré presente las impresiones de estos días, evocaré la fotografía que queda indeleble en la memoria de escenas tan animadas, y estoy seguro de que ha de volver á circular la sangre con vigor, reanimarse la confianza, y esperar un día más para la justicia ó para el perdón de las faltas del gobernante ó de los errores del escritor, porque espectáculos como el que tengo por delante en estos momentos, son hechos para no olvidarlos jamás, como que importan la coronación y la recompensa de una vida entera. Al pueblo de Tucumán, salud!”

Todas las ceremonias y fiestas oficiales se realizaron en medio de la mayor animación, pero el sello principal del gran acontecimiento estuvo en la alegría general, en el ambiente

de entusiasmo y simpatía, que identificaba á todos bajo un solo sentimiento, en el concierto popular de vítores y aplausos que sonaba incessantemente como un toque de diana que anunciase á todos los vientos el triunfo que acababan de obtener el progreso y la civilización, sobre aquella misma tierra que hasta hacía poco tiempo se hallaba constantemente ensangrentada por los excesos de la guerra civil.

Todo contribuía á hermosear el espectáculo. Las damas prestaban á todos los festejos el contingente de su belleza y de su gracia; los hombres habían olvidado sus rencillas y disencimientos para unirse en el solo propósito de agasajar á sus visitantes; la naturaleza misma se asociaba á la armonía general con las galas de su fresca primavera; los naranjos estaban cubiertos de flores y de perfumes; la vegetación exuberante entregaba al aire su aliento oxigenado para llevar á los pulmones un impulso vivificador; los cañaverales empezaban á levantan-



tar el verde penacho de sus hojas, estimulados por el agua cristalina de las acequias, que parecía cantar en sus rumores los alegres augurios del bienestar y la riqueza; y bajo el hermoso azul del cielo, que algunas veces se cubrió también de nubes y relámpagos para hacer conocer de los viajeros las formidables tempestades de esas regiones, se destacaban las masas imponentes de las montañas, cubiertas unas de bosques frondosos, y ostentando otras en sus cumbres la blancura inmaculada de las nieves eternas.

Hermosos fueron aquellos días, y cuando los que tuvieron la fortuna de vivirlos, traten de evocarlos en su memoria, surgirá al frente de sus recuerdos la bella y jubilosa ciudad de Tucumán, que después de haber sido la cuna de nuestra independencia y un baluarte contra la tiranía, entraba en esos momentos en una nueva etapa de su vida, la de las conquistas fecundas de la paz y del trabajo.

## En Córdoba

---

El Dr. Enrique Rodríguez—Juventud eterna — Mesa luculiana — Sport original — Un plato fuerte — La cuestión de límites con Chile — El “divortia aquarum” — Un discípulo aprovechado—Civilización y gobierno — Los madgyares—Una frase del Dr. Rawson—El fusilamiento de un colegio—Lo que fué Sarmiento—Lo que será su estatua.

Terminados los festejos de la inauguración del ferrocarril á Tucumán, la concurrencia volvió á Buenos Aires ó á sus distintos puntos de partida.

El presidente de la República resolvió demorarse algunos días en Córdoba con una reducidísima comitiva, y se alojó en la casa quin-

ta del gobernador de la provincia, doctor Enrique Rodríguez.

El doctor Rodríguez era un distinguido caballero y un abogado eminente.

Había vivido muchos años en Chile, donde tenía un estudio muy acreditado, cuya especialidad eran los asuntos de minas, que allí son tan numerosos y tan importantes. Fué el autor del código de minería de esa nación, y más tarde redactó también el que rige entre nosotros sobre esa materia.

Cuando después de una muy larga ausencia volvió á su provincia natal, sus comprovincianos le ofrecieron el gobierno. El lo aceptó, y desempeñó tan alto cargo con acierto, con rectitud, con la mayor independencia posible de los partidos, y con un desprendimiento tan grande, que hasta cedió sus sueldos para objetos de beneficencia pública.

En medio de sus buenas condiciones tenía una debilidad que tocaba en lo inverosímil. Se

empeñaba en prolongar indefinidamente ese término medio de la vida del que muchas gentes no quieren salir, y que para él había ya pasado decididamente. Cuidaba su persona con minuciosa escrupulosidad, iba en sus arreglos de tocador hasta los mayores extremos, y trataba de que sus apariencias presentasen algún reflejo de su lejana juventud.

Cuando, después de las frecuentes alteraciones que sufría en su salud á causa de la edad y de los desarreglos de su vida de sibarita, la asistencia médica no le dejaba fresco y flamante como pretendía, sin llegar por supuesto á conseguirlo, tenía accesos de verdadera indignación, no contra la naturaleza ni los años, sino contra los médicos, á quienes consideraba inhábiles é ignorantes, porque no alcanzaban á darse cuenta del género de sus males.

Vivía solo, tenía fortuna y se trataba bien, lo que quiere decir que no le faltaban tertulianos y comensales que no encontraban expre-

siones suficientes para ponderar la bodega y la cocina de la hospitalaria casa.

El doctor Avellaneda y los personajes que le acompañaban, tuvieron allí todo género de comodidades, y especialmente una mesa luculiana.

Si no hubieran sido tan amenas las reuniones por las condiciones de las personas que las formaban, se habrían hecho realmente fatigosas las largas horas de los almuerzos y las comidas.

Dos de los más encumbrados personajes de la comitiva hacían, sin embargo, cumplido honor á los formidables *menus*, y llamaban con ese motivo la atención general. Eran Sarmiento y Barros Arana, que en su carácter de ministro de Chile había acompañado al presidente en su expedición. Algunos de los comensales hacían apuestas disimuladamente y en voz baja á favor de uno ú otro de los dos campeones, y las partidas quedaban por lo

general indecisas hasta el último momento, y á veces terminaban sin que pudiera proclamarse á un vencedor.

Los dos se apercibieron de esa especie de *sport* á que habían dado lugar, y un día tuvieron una discusión atribuyéndose recíprocamente el primer puesto en la mesa.

—A usted nadie le ganará nunca en nada, le dijo Barros Arana á Sarmiento, y jamás habrá un apetito igual al suyo.

—Si se exceptúa el de usted, le contestó Sarmiento, porque nadie se atreverá á competir en ninguna clase de apetitos con quien pretende tragarse la Patagonia.

La frase hizo efecto.

Y algunos años más tarde, cuando el perito chileno estaba afanado en levantar y aplantar cerros, y en hacer correr á su modo los ríos de la cordillera como para que se llevaran realmente la Patagonia hasta el océano Pacífico, es probable que haya tenido presentes las palabras de su amigo Sarmiento.

Y ya que tocamos este punto, debemos decir también que el presidente de la República dió una vez un asalto al ministro chileno con una de esas salidas inesperadas que eran tan frecuentes en él. Los dos personajes se trataban con bastante confianza, pues además de sus vinculaciones oficiales, se hallaban ligados por su amor á la literatura y á los más altos estudios

—Don Diego, le dijo un día el doctor Avelleda, ¿quiere usted que arreglemos *la cuestión* en un momento? Tengo una fórmula. Si usted la acepta y nos comprometemos á sostenerla en nuestros respectivos países, creo que tendremos una solución satisfactoria para todos.

Barros Arana llevó el asunto á la broma, y jamás consintió en tomarlo á lo serio en las diversas ocasiones en que se le repitió la insinuación. Es muy probable que estuviera desplegándose ya en su cabeza aquel famoso

*divortia aquarum* que dejó exhaustos los tesoros de las dos naciones, que agotó los tinteros de sus cancillerías, que tanto trabajo procuró á las fábricas de armas y proyectiles de ambos mundos, y que llevó la exaltación de los ánimos á un grado extraordinario.

Largo tiempo pasó todavía hasta que pudo arreglarse *la cuestión*; pero como muchas veces los medios más tortuosos conducen á los mejores resultados, es probable que tanto furor haya contribuído á hacer más poderosa esa reacción que hoy nos permite abrigar la esperanza de que la amistad entre chilenos y argentinos será en adelante tan incommovible como esos Andes que hubieron de separarnos en la guerra, y hoy nos unen en la paz.

Un día el superabundante dueño de casa, como le llamaba Sarmiento, dió á una de sus comidas mayores proporciones que de ordinario, y llamó á su mesa á numerosas personas espectables de la sociedad cordobesa.



Un banquete en tales condiciones en aquella tierra universitaria fué un torneo oratorio. Se pronunciaron brindis honrosos y efusivos para el presidente, que á su rango oficial y á sus dotes personales unía la circunstancia de haber dejado muy buenos recuerdos en Córdoba, donde fué alumno del colegio de Monseñat y de la universidad de San Carlos. Algunos de sus viejos profesores se hallaron presentes y tuvieron la satisfacción de estrechar las manos de su aprovechado discípulo.

Hubo también elogios muy honrosos para Sarmiento, de cuya contestación recordamos algunas modestísimas palabras. "Si algún mérito ha de reconocerse á mi administración, dijo, debo compartirlo con mis ministros, pues yo me ocupé ante todo de elegirlos bien, y confié á cada uno de ellos la dirección absoluta de su ramo. Sólo dos cosas me propuse dejar para mi intervención directa: la educación y el gobierno propiamente dicho, esto

es, el mantenimiento de la autoridad nacional con todo su prestigio y su poder. En la primera tuve un colaborador infatigable que me sucedió en el cargo, y que hoy lleva la bandera desplegada á todos los vientos. La otra me la reservé para mí solo, y es mi mayor ambición que cuando el nombre de la Nación se destaque y brille sobre todos y sobre todo, reconozca la posteridad que hay algo de mis manos en la gran obra.”

Sarmiento fué algo injusto consigo mismo en esas apreciaciones. Su múltiple acción se ha ejercitado en todos los ramos de la administración pública, y quedan sus huellas poderosas en todo cuanto se refiere al desenvolvimiento y á la grandeza de su país; pero las dos especialidades á que se refirió en las palabras que hemos citado, han sido indudablemente las principales tendencias de su vida.

Respecto á la educación, nada hay que agregar á lo que es la conciencia pública. Ese

hombre que á la edad de quince años enseñaba ya en una humilde escuela del interior, convertida en estos momentos en un grandioso establecimiento consagrado con su nombre; que siguió enseñando después en su país, en el extranjero, en la prensa, en la tribuna, en el campamento, en todas partes donde hubiera una persona que le escuchara; y que cuando tuvo en sus manos los medios oficiales del poder, sembró escuelas en todas direcciones, fundó la noble carrera del profesorado, trajo á nuestros viejos establecimientos superiores el soplo de las nuevas ideas representadas por verdaderos sabios tomados de las más renombradas universidades, creó institutos científicos que hoy tienen un nombre ventajosamente conocido en el mundo civilizado, é hizo de la profusión del libro una tarea ordinaria de gobierno, ese hombre está ya consagrado como un gran apóstol de la instrucción popular, no sólo entre nosotros, sino también en toda la

América y en la parte de Europa que nos  
moce.

Por lo que hace á la otra predilección de  
espíritu, es ya también una convicción pú-  
lica.

Levantar moral y materialmente el concep-  
de la autoridad de la Nación, presentándolo  
respetable y respetada en el fondo y en la  
orma, fué una de las grandes aspiraciones que  
animaron siempre.

Por sostenerla en esas condiciones luchó con-  
a el despotismo, contra el caudillaje, contra  
desorden, contra la relajación de los resortes  
el poder legítimo, á fin de que no fuera fal-  
ada por los tiranos ni manoseada por las  
ultitudes.

Y como él conocía bien la humanidad, y  
bía que generalmente las cosas entran por  
s ojos, hasta el punto de que la misma re-  
gión perdería mucho de su eficacia si no fue-  
n las ceremonias deslumbradoras del culto,

trató siempre de rodear de algún aparato al ejercicio del gobierno y á los funcionarios que lo representan. Las medidas que en diversas épocas tomó á ese respecto, sólo pudieron tener ese fin, y jamás la satisfacción de pueriles vanidades sobre las que estaba muy arriba.

Entre las cosas grandes, medianas y pequeñas que ideó con ese objeto, figura la escolta presidencial que tanto dió que hablar en ese tiempo.

Un día fué sorprendida la población de Buenos Aires al ver el carruaje del presidente de la República, que hasta entonces no había tenido distintivo alguno, seguido por un grupo de soldados que montaban briosos caballos, y ostentaban un vistoso uniforme húngaro, á causa del cual fueron bautizados por el público con el nombre de *madgyares*.

La innovación provocó los más risueños comentarios, y no faltaron hombres serios y de elevadísima posición que mezclaran á la vo-

cinglería general algún epigrama de su invención.

Refería el doctor Pedro Uriburu, senador al congreso de la Nación en esa época, que un día iba por la calle Cangallo en dirección á la de Florida, cuando sintió cierto ruido que provenía de esta última, y notó que las gentes se aglomeraban curiosas en la esquina próxima.

Apresuró el paso para imponerse de lo que sucedía, cuando se encontró con su colega el doctor Rawson que venía en rumbo opuesto al suyo.

—¿Qué es eso, doctor Rawson? le preguntó.

—Es el loco Sarmiento que anda suelto, le contestó sonriéndose el doctor Rawson.

Pocos segundos más tarde pasó efectivamente por la bocacalle el carruaje presidencial seguido por los famosos *madgyares*.

Algún tiempo después el presidente hizo un

viaje al Rosario con motivo de la guerra de Entre Ríos, y se anunció á los rebeldes á tiros de cañon, dignos emisarios de semejante adversario. Llevaba consigo unas ametralladoras que iban á ser enviadas á esa provincia, y trató de probarlas haciendo servir de blanco para los tiros de ensayo, un gran paredón del edificio del colegio nacional que estaba en construcción.

La noticia fué propalada á todos los vientos, y dió lugar á numerosos comentarios de la prensa, que variaban desde las burlas groseras hasta las más fulminantes condenaciones. Sarmiento nada dijo.

Había ya dejado la presidencia cuando tuvo que hacer otro viaje á la misma ciudad del Rosario, donde fué invitado á la inauguración de un hospital. Pronunció un discurso, como era natural, y poco habló en él del establecimiento inaugurado, pero se ocupó de muchas otras cosas, entre las cuales mereció su re-

cuerto el fusilamiento del colegio, como él mismo dijo.

He aquí sus palabras al respecto:

“ Todavía ayer se quejaba alguno de que hube de destruir á balazos el colegio para ejecutar una locura. Vosotros sabéis la enfermedad de que he padecido muchos años.

“ Pues bien, llega el caso de revelar el secreto del fusilamiento del colegio. En la guerra la imaginación entra por mucho: eso es lo que se llama los efectos morales. El general que introdujo la baqueta de hierro en lugar de la de palo que antes se usaba, ganó varias batallas. La bayoneta dió una inmensa ventaja al que la usó primero, y todos los nuevos mejoramientos en los medios de destrucción, deben hacerse conocer al enemigo de antemano, para que el terror obre sobre la imaginación del soldado.

“ El presidente había venido en la Emilia que mandaba el mismo capitán que ahora



me ha traído en el Tridente, y aquí se reunieron las tropas que llegaban con el malogrado y valiente Ivanowski para formar un nuevo ejército.

“ El presidente traía los bolsillos llenos de ametralladoras giratorias y otros confites, y quería que los soldados de Jordán conocieran de reputación la clase de huéspedes que los visitarían luego.

“ Llama al jefe político. Los jefes políticos del Rosario han sido siempre muy obsequiosos. Es tradición del puesto importante que ocupan. Llámale y le dice: “Búsqueme una muralla larga con frente despejado, sin casas ni gente atrás, que necesito”. Sale en busca del artículo, escaso entonces, y vuelve desconsolado porque no había muralla con frente despejado y sin gente atrás. Por accidente nombra al colegio, y el presidente lo declaró ocasión de ensayar su consistencia.

“ Deseimbarcáronse las ametralladoras, in-

vitóse gente á verlas funcionar, y el presidente en persona dirigía el manejo de los cañoncitos, y hacía notar después el efecto de la sucesión de los tiros, cuyas balas se describían en la muralla como puntos de máquina de coser, con lo que se demostraba teórica y prácticamente, que no quedaría vivo soldado alguno del batallón que tuviese la desgracia de ponerse por delante.

“ No sé si á los rebeldes les llegaron los rumores que los diarios jordanistas ó burlones se encargaron de transmitir, pero lo cierto es que los derrotamos en Don Gonzalo; y en la guerra el éxito es el mejor de los argumentos, como son la táctica y la estrategia más consumadas vencer al enemigo.

“ He ahí para que se hicieron algunos agujeros al edificio del colegio. ”

Esta y muchas otras anécdotas que se podría referir, se relacionan principalmente con las exterioridades ó la parte decorativa, diga-

mos así, de la autoridad nacional. En cuanto al empeño con que se ocupó Sarmiento de su parte fundamental, mucho tendrán que decir al respecto los que algún día escriban la historia de ese eminente ciudadano.

Corroborando las palabras que pronunció en Córdoba, y de las que hemos tratado de ofrecer un pálido reflejo, se puede afirmar, pues, que entre los diversos aspectos de su fisonomía moral, figuran en primera línea los que le caracterizan como un civilizador y como un hombre de gobierno.

Las varias estatuas que se han levantado de él en distintas localidades, le presentan como maestro de escuela, como orador, como militar, como escritor y bajo otras significaciones, pero esas no son sino algunas de las faces de su vida tan compleja, y podrán grabarse en el pedestal que sostenga su monumento definitivo. Cuando éste sea erigido por la gratitud nacional, no faltará algún artista que inspi-

rándose en tan hermoso tema, consiga dar á la figura de bronce la representación completa de Sarmiento, de manera que su conjunto pueda hacer formar una idea del poder extraordinario de su cabeza, de la fuerza sobrehumana de su voluntad y de la audacia insuperable de su espíritu, dejando al mismo tiempo que los detalles expresen esas dos grandes aspiraciones de su pensamiento por la difusión de la luz intelectual, y por el ejercicio del gobierno en su más alta significación . . .

Las agradables reuniones celebradas en la casa del gobernador de la provincia se alternaron con algunas fiestas ofrecidas por la distinguida sociedad cordobesa, con excursiones hechas á los bellos alrededores de la ciudad, y con una visita á los establecimientos más importantes, como el observatorio astronómico, el colegio de Monserrat y la universidad de San Carlos, instituciones estas dos últimas llenas de tradiciones, sobre las que el doctor Avella-

neda hizo interesantes referencias á sus acompañantes, algunos de los cuales reconocieron lugares que habían abandonado recientemente y que ocuparán siempre en lugar preferido en sus recuerdos.

Terminada así en medio de las mejores impresiones la jira presidencial emprendida con motivo de la inauguración del ferrocarril á Tucumán, la reducida comitiva regresó á Buenos Aires, donde cada uno reanudó sus ocupaciones habituales, y el doctor Avellaneda volvió á tomar el timón de la nave que iba haciendo su camino en medio de continuas y violentas tempestades.

---

# LA CONCILIACION

---

## I

### Antecedentes

---

La situación política—Clemencia y olvido—  
La situación financiera—Orden y economía  
— Un austero programa — La industria nacional — Una exposición memorable — La historia de un viejo empréstito—El crédito argentino.

Vamos á ocuparnos en las presentes páginas de aquel movimiento político que ha pasado á la historia con el nombre de la conciliación; y al presentar sus líneas ó rasgos más salientes, diremos poco por nuestra parte, y haremos más

bien hablar á los principales protagonistas de ese interesante episodio de la vida pública argentina. Nos valdremos, además, de las mismas palabras del eminente ciudadano que ocupaba en esa época la presidencia de la República, para dar á conocer la situación por que atravesaba el país en esos momentos, y pasar una especie de revista á los principales actos de la administración pública, haciendo así revivir páginas y sucesos olvidados, que deberían estar siempre presentes en la memoria del pueblo, y especialmente en la de los ciudadanos que rigen sus destinos.

Como hemos tenido ocasión de manifestarlo en estos mismos apuntes, á los dos ó tres meses de haberse hecho cargo del gobierno el doctor Avellaneda, quedó terminada la revolución que había estallado en los últimos días de la administración Sarmiento.

La pacificación obtenida por las armas fué completa, pero quedaron los ánimos domina-

dos por el más alto grado de exaltación. El tono general de la prensa opositora era violentísimo y hasta subversivo; el partido vencido se mantenía en la provincia de Buenos Aires y por consiguiente en la capital provisional de la Nación, en una actitud de airada protesta, y se hallaba sistemáticamente alejado de todas las manifestaciones ordinarias de la vida democrática; nuevas conspiraciones eran anunciadas á cada instante, y ante esa constante amenaza, el comercio estaba paralizado, y la población vivía bajo el peso permanente de la inquietud y la desconfianza.

A esos males de carácter político vino á agregarse una de las crisis financieras que nos visitan periódicamente, y que son hasta cierto punto explicables en países jóvenes y ricos, que estimulados por la seducción de los éxitos rápidos, se entregan á todos los excesos del optimismo, en pos de los cuales suelen venir reacciones dolorosas, destinadas á poner las cosas



en su lugar. El curso forzoso había hecho de nuevo su aparición con su cortejo de perturbaciones, y las rentas nacionales decrecían notablemente, hasta el punto de dejar fallidos todos los cálculos del presupuesto.

El doctor Avellaneda hizo prodigiosos esfuerzos para afrontar esa situación. Todo cuanto pudieron sugerirle su inteligencia poderosa, su patriotismo, su vastísima ilustración, su delicada discreción, todo fué puesto en práctica.

Empezó por realizar actos de olvido y de clemencia, á fin de apaciguar los espíritus y de atraer á todos los ciudadanos al ejercicio de sus derechos políticos. Y nada mejor podemos hacer á este respecto, que transcribir en seguida las palabras que él mismo pronunció al inaugurar las sesiones legislativas de 1875.

Después de dar cuenta del movimiento revolucionario y de los detalles de su sometimiento, dijo lo que sigue:

“ La actitud adoptada por el gobierno des-

pués de la guerra ha sido calificada unánimemente con palabras que pertenecen á la prensa de todas las naciones que observan nuestros actos; y es hoy convicción universal que jamás en la América española se aplicó una conducta igualmente tolerante y benigna á la represión de un movimiento insurreccional.

“La capitulación de Junin fué ejecutada por el gobierno en su más amplia extensión. Antes de quince días, cuatro mil soldados rebeldes fueron devueltos á sus hogares, aun á riesgo de comprometer el orden en varios departamentos de campaña. Durante el estado de sitio, los que se habían refugiado en Montevideo por sus connivencias conocidas con la insurrección, los que allí mismo formaron el comité revolucionario, para dar armas, buques y soldados al ejército rebelde, vinieron tranquilamente á esta ciudad, mediante permisos liberalmente acordados. Centenares de personas civiles se hallaban comprometidas ostensible-

mente en el movimiento subversivo, y no hay actualmente una sola detenida en las cárceles de Buenos Aires, ni aun entre los que convirtieron la prensa en tea de incendio, ó ejecutaron por sí actos de guerra á la faz de todos.

“ No ha habido sino una excepción circunscrita á un pequeño número de personas.

“ El poder ejecutivo mandó formar consejos de guerra á los jefes de alta graduación que han figurado en la rebelión, porque es necesario salvar la moralidad, la disciplina, la fidelidad del ejército, no dejando consignado por la impunidad, que los militares pueden entregar á las facciones tumultuarias las armas sagradas que la Nación pone en sus manos. Así, aunque no hubiera sino un acto de represión, que éste sea una scntencia, á lo menos, para condenar aquellas proclamas datadas en los campamentos de las fronteras, anulando las leyes del congreso y el voto de los pueblos.”

Debemos advertir que más tarde se dió una

ley general de amnistía en la que fueron comprendidos los mismos militares, habiendo sido estos restituidos á sus grados y honores.

Agregaremos un detalle interesante.

La única sentencia de muerte confirmada por el gobierno, fué la que recayó sobre uno de los jefes superiores á que se refieren las palabras que hemos citado, pero esa confirmación puramente nominal, no se produjo sino después que el condenado se había fugado y estaba viviendo tranquilamente en el extranjero, habiéndose asegurado que facilitaron esa evasión los mismos que le habían vencido y hecho prisionero sobre el campo de batalla. Hasta ese condenado á muerte en uno de esos momentos de exaltación y de pasión que pasan tan rápidamente entre nosotros, volvió después al seno de la patria, y fué reintegrado en su alta posición militar.

En medio de las angustiosas penurias del tesoro nacional, fueron mantenidos los servicios

públicos en toda su integridad, para lo cual fué necesario establecer un escrupuloso sistema de orden y economía, sistema que ha quedado como un ejemplo en los anales de la administración, y que por si solo bastaría para fundar el crédito de un gobierno. Suprimido inflexiblemente lo supérfluo, y disminuido á un límite discreto lo necesario, se tuvo todavía recursos para ampliar la extensión de aquellos ramos que, como la instrucción pública, figuraban en primer término en el programa presidencial.

Las oscuras pero meritorias tareas que con ese motivo se impuso el doctor Avellaneda, fueron brevemente diseñadas por él mismo en uno de los numerosos discursos que pronunció en esa época, á fin de hacer oír en todo el país su voz honrada y elocuente, especialmente en los momentos difíciles en que la fe perdida ó el patriotismo vacilante, necesitaban el acicate de un estímulo ó una esperanza.

He aquí sus mismas palabras:

“ Es por cierto una buena fortuna, y yo la envidio para mi país y para mí, el decretar grandes obras sobre un tesoro bien provisto, pero no hay menor honor aunque pueda no haber tanto brillo, en los trabajos cotidianos y oscuros para sistemar pacientemente una vasta administración, aminorar sus gastos sin disminuir sus servicios, y salvar con probidad inflexible el crédito comprometido, disputando ásperamente el terreno á los hábitos inveterados, alentando el desfallecimiento ante males que no son sino accidentes, y haciéndose superior por un esfuerzo constante á los sufrimientos individuales que todo plan de economías produce inevitablemente.

“ Las presidencias históricas, como fueron nombradas, han pasado. No somos ya llamados por los acontecimientos para sellar la unidad de la República con su escudo de armas. Es necesario no agotar en su origen los recursos de nuestro crédito naciente, y no será tal vez

dado recomenzar esos grandes trabajos que se asocian con la gratitud de sus beneficios al nombre de un gobierno en la memoria pública. Debemos resignarnos y labrar nuestro surco: es el de la economía sincera, del gasto bien calculado, de la paz firmemente mantenida, promoviendo al mismo tiempo con discreción el desarrollo de las fuerzas vivas que concurren por la producción al aumento de la riqueza.”

El gobierno se preocupó con empeño de las obras públicas, y fueron escrupulosamente aplicados á su ejecución los fondos que quedaban disponibles del empréstito contratado en 1871 con ese objeto. Ni en medio de las mayores necesidades de la administración, ni entre las mismas imposiciones de la guerra, jamás consintió el doctor Avellaneda en que la más insignificante partícula de esos recursos fuese desviada de su destino legítimo.

Pudo así en el transcurso de dos años entregar al servicio público los ferrocarriles de Villa

María á Villa Mercedes, de Córdoba á Tucumán, y de Concordia á Monte Caseros, y aunque esta última línea no fué construída directamente por la Nación, tenía al menos su garantía, que fué necesario pagar íntegramente en los primeros tiempos, á causa de su escaso movimiento.

Junto con esas obras de primera magnitud, se llevaron á cabo otras de menores proporciones, pero de grande importancia, pues figuraban entre ellas muelles, puentes y caminos destinados á facilitar la comunicación interior y exterior de la República.

Como una de las causas principales de la mala situación económica era la desfavorable proporción entre las importaciones y las exportaciones, el doctor Avellaneda trató de fomentar de una manera discreta las primeras tentativas de la industria nacional, no sólo con medidas oficiales sino principalmente con su elocuente propaganda. Y en esta materia tan de-



licada, logró conservarse siempre en un prudente término medio, manteniéndose igualmente alejado, tanto de las audacias del optimismo que podía hacer nacer infundadas esperanzas, como de las exageraciones de la timidez ó de la inacción, que todo lo esperan de los esfuerzos del extranjero.

Aleccionado y estimulado por él, el club industrial tuvo en esa época su período de mayor notoriedad, y pudo con sus solos recursos presentar esa famosa exposición que se efectuó en el edificio del colegio nacional, y que fué una verdadera y sorprendente revelación de la riqueza pública.

Al inaugurar ese hermoso torneo, el presidente de la República trató de reanimar los espíritus abatidos por la violencia de la crisis, explicando el verdadero significado de ésta, y pronunciando las siguientes alentadoras palabras, que contienen lecciones destinadas á no ser olvidadas entre nosotros:

“ Es necesario notarlo para no exagerar los males del estado presente. Puede faltar el capital para el gasto fastuoso ó para la especulación realizada fuera del campo de las industrias; pero no falta para el trabajo reproductivo. He ahí explicada la crisis. Hemos atraído el capital por medios artificiales, más allá de nuestras necesidades reales, y hoy es difícil devolver lo que se invirtió en gastos improductivos ó en especulaciones estériles.

“ Pero el equilibrio no tardará en establecerse, sobre todo si aleccionados por la experiencia, entramos resueltamente bajo un régimen de severa economía, proporcionando el consumo privado y los gastos públicos á la capacidad productiva de los individuos y de la Nación. La crisis no ha provenido de la última guerra, aunque ésta haya contribuido tanto á agravarla en sus resultados, sino de haber desconocido estas leyes de la economía social, á las que no se puede volver después sin sufrimientos.

“Nuestro programa se encuentra así trazado. Aumentaremos la población atrayendo al inmigrante, no para que se acumule ocioso en las ciudades, ó entretenido en ocupaciones parásitas, sino para vincularlo por la propiedad á la tierra que el hombre jamás cultiva sin cultivarse á sí propio, engrandeciendo al mismo tiempo su nación. Acrecentaremos la producción por el trabajo y el capital sanamente empleados, observando las leyes naturales que rigen la formación de la riqueza, y fuera de las cuales no hay para los pueblos prosperidad duradera.

“El prospecto deslumbrador de ganancias quiméricas no iluminará este camino, pero en cambio alcanzaremos utilidades verdaderas. Así, siguiendo el consejo de Bacon, habremos sustituido las alas de los sueños por el plomo del trabajo diario, porque al fin, como decía sentenciosamente el gran filósofo,—más vale un acre de tierra en suelo sólido, que un principado en Utopía.”

El presidente de la República terminó su discurso inaugural con este párrafo:

“ La presente exposición puede ostentar entre nosotros un título de gloria. Su origen está en el pueblo, en las clases trabajadoras; y debemos antes de todo rendir este homenaje á sus nobles promotores, porque es la primera que nace fuera de los atavíos oficiales. Ella se presenta oportuna, porque viene tras de la crisis, y podemos decir altamente en su presencia, que todo está salvado cuando hay un pueblo que trabaja.”

Una de las más duras obligaciones que pesaban sobre la Nación era el servicio de la deuda externa, que en medio de aquella época de apuros y estrecheces se llevaba al extranjero buenas sumas de dinero.

Se formó con tal motivo una poderosa corriente de opinión que abogaba con entusiasmo por la suspensión temporaria de ese servicio, á fin de procurar algún alivio al tesoro público.

La idea encontró muchos prosélitos, pero el presidente de la República se opuso de la manera más enérgica á la ejecución de semejante propósito. “Ahorraremos sobre nuestra hambre y sobre nuestra sed para pagar nuestras deudas”—dijo—y dejó en esta frase un programa que ha sido respetado por todos, y que será recordado con honor mientras subsista el crédito argentino.

Y como á causa de nuestra situación interior los fondos públicos argentinos experimentaron una fuerte baja en los mercados extranjeros, la especulación y el agiotaje tomaron la palabra, y emprendieron una campaña de difamación contra la República.

Para los unos y para los otros, para los que querían inducir á la Nación á faltar á sus compromisos, y para los que pretendían hundirla en el descrédito, para todos ellos tuvo el doctor Avellaneda la siguiente hermosa página en uno de los discursos inaugurales de las sesiones ordinarias del congreso:

“ Oigo decir que nuestro crédito sufre detrimento en Europa, porque nuestros bonos han bajado en la Bolsa de Londres, y diarios de una seriedad equívoca vociferan el nombre argentino, mezclándolo á imputaciones calumniosas. No. Los pueblos solo pierden su crédito por actos propios, y una especulación de Bolsa, prevaliéndose de accidentes favorables, no es un hecho permanente en Buenos Aires como en Londres.

“ Existe un pueblo nuevo que nació poseído del sentimiento de su grandeza, sea alucinación infantil del orgullo ó revelación de sus destinos. Llega apenas á formar un gobierno, cuando imagina ya vastos proyectos, y pide y obtiene dinero en Londres, porque el capital, á pesar de ser presentado como duro y sin entrañas, suele tener á veces rápidos enternecimientos por las quimeras. Ellas pasaron bien pronto para aquel pueblo, y sobrevino la anarquía con esas descomposiciones largas y dolorosas en que se

precipitan las sociedades nacientes por la debilidad misma de los elementos que las forman, hasta que vino á caer en los brazos de hierro de una tiranía que duró veinte años. ¡Pobre pueblo argentino! Se oía apenas su voz subiendo desde el fondo del abismo.

“ Los bonos de la deuda de este pueblo se cotizaban, y dejaron de cotizarse. Estaban inscritos en las pizarras de la Bolsa de Londres, y dejaron de inscribirse, porque habían perdido todo precio, y con el precio hasta su nombre. Un día se anuncia, sin embargo, que esos bonos iban á pagarse, y los hijos de los acreedores primitivos fueron á buscarlos entre papeles olvidados.

“ Fué aquel día para muchos un día de legítima sorpresa. Los acreedores ofrecían los bonos por cualquier precio, y se les dijo que serían cubiertos por su valor escrito. Bastaría pagar en lo venidero, y se les agregó que se pagaría hasta lo atrasado, acumulando los in-

tereses y amortizaciones vencidas al capital, y creando nuevos bonos con el nombre de “diferidos”.

“¿De dónde provenía este hecho extraordinario?

“Conoceis todos su origen, y es uno de los actos más honrosos de la provincia de Buenos Aires. Todavía no habíamos reconstruído la República ni establecido su gobierno, pero al día siguiente de vencida la tiranía, y apenas una sola de las provincias que responden al nombre argentino, alcanzó á establecer un sistema de rentas y gastos normales, fué como representante de la patria común á buscar en la Bolsa de Londres aquellos títulos de deuda olvidados por todos menos por el deudor.

“Pues bien: cuando un pueblo cuenta con un rasgo semejante en su vida, y este rasgo es además único en la historia financiera de los pueblos, tiene el deber de perpetuar esa tradición, y conserva el derecho de erguir su frente



afirmando su honor y su crédito, aunque lo contradiga el agiotaje, que para mantener un solo día su especulación falaz, ha necesitado buscar como auxiliar la pluma con que se escriben los libelos.”

Esas bellas y honrosas palabras deben ser conservadas en los archivos de la Nación como uno de los más firmes fundamentos del crédito argentino.

Por la relación y las transcripciones que quedan hechas, se ve, pues, que si bien la situación era dura y difícil, el presidente de la República hizo todo cuanto dependió de su inteligencia y de su voluntad, á fin de mejorarla así bajo su faz política como bajo su faz financiera; y á fin de propiciarse legítimamente la opinión general, y desarmar las pasiones embravecidas, no limitó sus esfuerzos á lo que queda expuesto, sino que trató de extenderlos á otro campo de acción, como se verá más adelante.

## II

### El culto á la gloria

---

La fibra patriótica — El centenario de San Martín y la repatriación de sus restos—El centenario de Rivadavia—Inauguración de la estatua de Moreno—Un noble ejemplo —Ante las cenizas de Suárez y Olavarría —En el mausoleo de don Valentín Alsina —Un recuerdo del partido unitario—En la muerte del doctor Vélez Sársfield—El regimiento primero de caballería—Bendición de una bandera—Eternidad de la patria.

A fin de ofrecer á sus compatriotas nobles ejemplos, incitándolos por ese medio al ejercicio de sus derechos cívicos y al cumplimiento de sus deberes de ciudadanos, el doctor Ave-

llaneda trató de hacer vibrar constantemente la cuerda siempre sensible del patriotismo; y abriendo con su palabra elocuente como con una llave de oro el sagrado depósito de nuestras viejas tradiciones, hizo desfilar oportunamente ante los ojos de todos, las glorias nacionales y los altos hechos de nuestros grandes hombres.

En el momento propicio decretó la celebración del centenario de San Martín, y las grandes fiestas que bajo su inspiración se celebraron con ese motivo, tuvieron lugar precisamente en el instante mismo en que acababa de sellarse la conciliación de que vamos á ocuparnos, de manera que desde las regiones de la gloria pudo el gran capitán contemplar aclamada su memoria en medio de la fraternidad argentina, sin enconos ni rivalidades que pudieran haber turbado la elevación y la serenidad del acto celebrado.

En la misma ocasión inició la idea de la

repatriación de los restos del ilustre guerrero, deuda que la gratitud nacional tenía pendiente; y antes de terminar su administración tuvo la fortuna de verlos definitivamente instalados bajo las bóvedas de la catedral de Buenos Aires, después de haberles dado la bienvenida á nombre de la Nación en un hermoso discurso que terminaba con estas palabras:

“Vuestro último voto se encuentra cumplido. Descansais en vuestra tierra. Levantaos para cubrirla. Señor, oidnos. Las naciones más poderosas están sometidas á trágicas vicisitudes, y la historia de este siglo se halla llena de tristes ejemplos. Señor: protejed la independencia de nuestra patria y la santa integridad de su territorio contra todo enemigo extraño. ¡Qué vuestro brazo invisible trace murallas de fierro en las fronteras, para que la bandera que hicisteis flamear en las cumbres más excelsas de la tierra no sea jamás uncida al carro de un vencedor!”

En momentos difíciles y de duras pruebas el doctor Avellaneda decretó también las fiestas del centenario de Rivadavia, que se celebraron pocos días antes de estallar la guerra civil de 1880.

Haciendo un paréntesis á las inquietudes y las zozobras de la situación, presidió las ceremonias que con ese motivo se celebraron, y evocó la figura del presidente inmortal ante una concurrencia compuesta de miembros de todos los partidos que, olvidando momentáneamente las profundas pasiones que los dividían, se unieron siquiera por un instante bajo los auspicios de una gloria común á todos los argentinos.

He aquí la conclusión del elocuente discurso que pronunció:

“Estamos en presencia de don Bernardino Rivadavia los que constituímos su posteridad en el sentido que daba á esta palabra el poeta romano—“es eo magna proles”—es decir, lo que ha salido de la obra de sus manos.

“ Está aquí el pueblo de su nacimiento, que ostenta como un orgullo el renombre del más ilustre de sus hijos. Está aquí la Nación Argentina, tal como él la concibió, la organizó y la amó—unida y libre. Estamos aquí los representantes del gobierno que él ennoblecó, oponiendo á los cambios de la opinión y á las vicisitudes de la fortuna, el respeto de si mismo; y para dar á la escena histórica las vibraciones más profundas del sentimiento humano, están por fin aquí las madres de dos generaciones, que mediante los beneficios de la educación fundada por Rivadavia, han visto convertidas en verdades las profecías de su ternura sobre las cabezas de sus hijos.

“ Nadie falta á la convocación solemne, y podemos ahora todos exclamar con una sola voz:—El nombre de don Bernardino Rivadavia ha vivido ya un siglo! ¡Qué viva por los siglos de los siglos, por donde quiera que se extienda el nombre argentino, hasta la consumación de los tiempos!

“ La pirámide conmemorativa se derrumba sobre sus bases, y el labrador encuentra con frecuencia bajo la reja de su arado las piedras de los templos derruídos. El monumento pasa, y solo es eterna la memoria humana. Consagremos con la nuestra el nombre de don Bernardino Rivadavia.

“ No conoció la felicidad en la vida, porque fué el hombre de los tiempos futuros, y le tocó en su suerte providencial el soportar la mayor de las torturas: la de ser negado ó desconocido en su época y en su patria.

“ Tras de sus sufrimientos terrestres, demos al hombre de la posteridad, lo que le pertenece: la Gloria.”

En 1877 tuvo lugar la inauguración de la estatua de Moreno en el pueblo de la provincia de Buenos Aires que lleva su nombre, y el doctor Avellaneda fué invitado para presidir la ceremonia.

Pronunció con tal motivo otra elocuente ora-

ción en la que diseñó á grandes rasgos las primeras etapas de la revolución de Mayo, y los rasgos más salientes de la vida de uno de sus principales inspiradores, desprendiendo de esos históricos relatos oportunas lecciones para sus compatriotas.

En esos momentos acababa de llegar la noticia del desenlace de una de las elecciones presidenciales más reñidas que hasta entonces habían tenido lugar en Estados Unidos, habiendo el parlamento resuelto la cuestión en último término por la mayoría de un solo voto que fué por todos respetado. Y como poco tiempo antes había sucedido entre nosotros todo lo contrario, pues al resultado de los comicios y á las decisiones del congreso había opuesto su veto un campamento militar conduciendo al país á la guerra civil, el presidente aprovechó la oportunidad para poner de manifiesto ese contraste.

“¡Qué grande ejemplo, dijo, acabamos de



“¡Quién es argentino y no sabe que el nombre de Valentín Alsina se encadena en sucesión luminosa con los nombres de Rivadavia, de Agüero, de Zavaleta, de Castro, de López, de Gorriti, de Gómez! ¡Quién es argentino y no presiente que las sombras augustas de estos ilustres próceres vagan también alrededor de este monumento, evocadas por el homenaje que rendimos al que fué su discípulo predilecto, como Juan el amado, y que ha representado ante dos generaciones el modelo viviente de sus altas virtudes!

“¡Antiguo partido unitario, yo os saludo desde esta tumba!

‘Vuestras teorías políticas brillaban tal vez con falsos resplandores. Vuestras soluciones abortaron ante el colosal intento de fundar una nación, su gobierno y la libertad. Cuéntase que uno de vosotros, cediendo á las tristezas del destierro, dejaba caer en un día de amargura aquellas palabras que Sieyes había pro-

nunciado treinta años antes como un epitafio, contemplando la vanidad de su propia obra: Nuestras palabras han sido más sabias que nuestras ideas. Poco hemos hecho.

“¡No! Habéis hecho mucho. La generación de la independencia infundió como nueva sangre en nuestras venas, el patriotismo heroico para ser libres, arrojando y venciendo dominaciones extrañas. Pero vosotros sois los fundadores de las virtudes cívicas en la República Argentina, porque habéis enseñado la adhesión á los principios, la inmolación ante el deber, el honor de las persecuciones, el refugio de los destierros y la gloria de los mártires!”

En la inhumación de los restos del doctor Vélez Sársfield, alrededor de cuya tumba acallaron un momento los partidos sus pasiones embravecidas, se despidió así del viejo jurisconsulto, que había sido su maestro en la política y en la ciencia, y su colega de gabinete en la administración Sarmiento:

“¡Doctor Vélez Sársfield, descansad en paz! Los últimos días que habéis alcanzado han sido agitados y turbulentos. Pero esta es, señor, siempre vuestra patria. Lo que irrita, lo que enemista, lo que divide, debe ser efímero y transitorio, puesto que las grandes tradiciones que se apoyan sobre las tumbas de Rivadavia, de Lavalle, de Alsina, vienen igualmente á levantar la vuestra. Señor: los vínculos no están aún rotos, puesto que sabemos todavía reunirnos todos para enterrar con honor á nuestros grandes muertos.”

En la muerte de otros hombres ilustres, en la celebración de las fiestas patrióticas, en la conmemoración de aniversarios gloriosos y en otras ceremonias análogas. el doctor Avellaneda encontró siempre motivo para desplegar las grandes tradiciones del pasado, y señalar los caminos del porvenir.

Y como en la última revolución vencida figuró en primera línea el elemento militar, y se

decía que en las nuevas conspiraciones que se anunciaban se hallaban comprometidos jefes y oficiales del ejército, el presidente no dejó pasar una sola ocasión sin hablar de las grandes responsabilidades y de los deberes ineludibles á que están sujetos los que han prestado juramento de fidelidad á la bandera de la patria, recibiendo de la Nación las armas destinadas á defenderla.

Designado como padrino en el acto de la bendición de la bandera del regimiento primero de caballería, pronunció un discurso, del que queremos transcribir por lo menos la siguiente elocuentísima peroración:

“ He ahí vuestra bandera, consagrada por la religión á la patria. Es nueva y es vieja, es la de hoy y la de ayer, la que ondeó triunfante en numerosos combates, empeñados en diversas épocas.

“ La bandera de un regimiento es perpetuamente la misma por más que el plomo des-

troce su lienzo, y el sol y la lluvia apaguen sus colores; como el regimiento es también el mismo, aunque sus soldados se sucedan rápidamente cubriendo los blancos abiertos por la muerte. ¡Dios sea loado por haber creado lo imperecedero para que podamos adherirle en tributo nuestras vidas transitorias! Oídlo. La santa impersonalidad del soldado, la unidad del regimiento y la inmortalidad de la bandera, no son sino símbolos vivientes que se modelan sobre la eternidad de la patria.

“He mencionado vuestros altos hechos, y no quiero pedirlos que juréis en su nombre afrontar siempre los peligros para el cumplimiento del deber. El valor y la lealtad no son sentimientos que necesiten hoy despertarse en el corazón de nuestros soldados. En los días de perturbación y de prueba se reanima la confianza cuando se piensa que el ejército no obedece á un hombre, ni tiene pactos con los partidos, sino que pertenece irrevocablemente á

la Nación para defender su integridad, su gobierno y sus leyes. La espada del soldado puede brillar al sol. No es ella la que aleja al inmigrante, la que sobrecoje al trabajador pacífico, como no son sus pompas militares las que perturban el reposo de las ciudades.

“El camino del deber es á veces oscuro. Pueden errar todos, menos los que llevan consigo el poder de las armas, porque el error que dá la muerte es un error irreparable. Así la sociedad ha dicho al soldado: “Os eximo de la duda. Obedeced”. Por eso la obediencia es su ley, y la fidelidad su honor.

“Esta bandera es la bandera de un regimiento. Es la bandera del ejército. Es, sobre todo, la bandera de la Nación, y pueblos compuestos de millones y millones de hombres libres, seguirán inclinando la frente á su paso, hasta la terminación de los siglos. Levantemos los corazones para saludarla en su heroísmo de ayer, en su noble simplicidad de hoy, y en su futura y portentosa grandeza.

“Vamos ahora á cobijarnos todos bajo sus pliegues, y pidámosle que calme las pasiones rencorosas, que haga brotar bajo su sombra la virtud del patriotismo, como en otro tiempo el laurel del guerrero, y que conduzca á su pueblo por la paz, por el honor, por la libertad laboriosa, hasta ponerlo en posesión de los destinos que le fueron prometidos por Belgrano al desplegarla victoriosa sobre su cuna.”

Los vínculos que hizo nacer ese hermoso discurso entre el regimiento primero de caballería y su ilustre padrino, se estrecharon más todavía cuando estalló la revolución de 1880, pues fué al cuartel de ese cuerpo donde se retiró el presidente de la República al abandonar la capital, para presidir desde allí la breve y dolorosa campaña que en compensación á tantos sacrificios dió por resultado la federalización de la ciudad de Buenos Aires, y puso su sello definitivo á la nacionalidad argentina.

## El arreglo definitivo

---

Trabajos preliminares — El doctor José M. Moreno—La primera conferencia—El presidente de la República y el general Mitre —Dificultades vencidas—Los principales colaboradores—Un emisario temible—Lo que fué la conciliación—Una reacción generosa —El primer anuncio oficial—Las bases fundamentales.

De los antecedentes que hemos relacionado y que han sido elegidos entre los muchos que conocemos, se desprende, pues, que el doctor Avellaneda no dejó de tocar resorte alguno para aquietar los espíritus, para inspirar confianza á los partidos, para fomentar el progre-



so moral y material del país en sus diversas formas, para mantener vivo el culto de la patria, y para propiciarse la opinión por todos los medios que podía tener á su disposición un ciudadano de su inteligencia y de su talla.

Y si bien la crisis financiera había disminuido sus rigores, á causa de la conducta discreta y enérgica del gobierno, de la marcha natural de las cosas que buscaban su equilibrio, y de las modificaciones introducidas por la necesidad en los hábitos dispendiosos de una parte de la población, la política se mantenía en el mismo estado. La oposición en la provincia de Buenos Aires y por consiguiente en la capital provisional de la Nación, permanecía alejada de la vida pública, y la conspiración armada estaba latente por todas partes.

El presidente de la República comprendió que sus mejores propósitos de gobierno se encontrarían constantemente perturbados por las dificultades de esa situación, y concibió el plan

de ofrecer cuantas concesiones fueran compatibles con el decoro de su posición y las conveniencias del país, á fin de hacer desaparecer esas dos anomalías á que nos hemos referido.

Tal fué el origen de esa evolución política que ha quedado consagrada con el nombre de conciliación de los partidos; pero como el presidente no podía iniciar ni dirigir ostentiblemente la tramitación del asunto, buscó y encontró un intermediario apropiado para colaborar con él en la ejecución de sus planes. Ese hombre fué el doctor José M. Moreno.

Jurisconsulto afamado, lleno de popularidad en su cátedra de profesor de derecho, ventajosamente conocido por la rectitud de sus principios, alejado de la lucha activa de los partidos políticos, pero con vinculaciones personales en la oposición, y ligado al doctor Avellaneda por una estrecha amistad, el doctor Moreno reunía las condiciones adecuadas para

inspirar confianza á todos, y para ser una especie de punto de unión entre el gobierno y sus adversarios.

Con su gran inteligencia y sus nobles sentimientos midió la importancia de la obra á que iba á prestar su concurso, y se dedicó á ella con todo el entusiasmo de su franca y abierta naturaleza.

En su casa tuvo lugar la primera conferencia celebrada entre el presidente de la República y el general Mitre, conferencia que fué preparada con todas las apariencias de un encuentro casual de los dos personajes que iban á tomar parte en ella.

Convencidos el jefe del gobierno y el de la oposición de su recíproca buena fe, reconocieron con patriótica franqueza que el país marchaba á un abismo de desorden y anarquía, y parece que muy pronto se entendieron y se pusieron de acuerdo para salvarlo del peligro.

En el primer momento no se ocuparon de detalles de ninguna clase, y debemos aprovechar esta oportunidad para descargar á la conciliación de una sombra con que se ha pretendido empequeñecer su importancia.

La conciliación no nació en medio de pactos electorales ni de distribuciones de puestos públicos, como se ha afirmado muchas veces. Su única base fundamental fué la amnistía general para todos los delitos políticos y militares, y una amplia libertad para el ejercicio de los derechos de los ciudadanos por parte del gobierno, y por parte de la oposición la renuncia á la violencia, y la incorporación del partido á la vida normal de las democracias.

Solamente más tarde, durante el desenvolvimiento natural de los sucesos, y en medio de la reacción generosa y entusiasta que sucedió á un largo período de odios y de agitaciones, fué cuando los partidos creyeron conveniente suprimir la lucha por esa vez, y marchar unidos á las mesas del sufragio público.

Aceptado el acuerdo en la forma enunciada, cada uno de los dos conferenciantes fué á sostenerlo en su respectivo campo de acción, á fin de obtener la aquiescencia de sus correligionarios.

Dura y pesada fué la tarea.

El general Mitre debió trabajar mucho, y emplear con eficacia su altísima influencia para apaciguar los ánimos exaltados, para cerrar las heridas recibidas en el amor propio y en la ambición, para adormecer los enconos profundos que había dejado la contienda armada, y para reemplazar el camino de la revolución por el que conduce á la mesa electoral.

Por lo que hace al doctor Avellaneda, fueron grandes y numerosas las dificultades que tuvo que vencer.

Su primera batalla fué con su ministro de la guerra, doctor Alsina, que con sus hondas pasiones de hombre de partido y sus tendencias nativas á la lucha, no había visto con simpatía

el proyecto de la conciliación; pero cuando, como lo hemos dicho ya otra vez, con su vivísima inteligencia y con su gran corazón se dió cuenta de la magnitud del plan, no sólo desistió de sus primeras vacilaciones, sino que fué un entusiasta colaborador del doctor Avellaneda, y conquistó súbitamente con su resuelta actitud las más vivas simpatías de sus adversarios.

Vencida esta primera dificultad, el doctor Avellaneda tuvo que luchar con los odios acumulados por las pasadas campañas, con la soberbia y el egoísmo de muchos de los vencedores que se resistían á quedar en condiciones iguales á las de los vencidos, con la calumnia y la intriga que en más de una ocasión trataron de desvirtuar la elevación de sus propósitos, y con la oposición de algunos de sus correligionarios del interior, que temían ver resurgir á la sombra de la conciliación, prestigios adversos que se hallaban en ese momento en el silencio y la oscuridad.

Pero ninguna contrariedad amenguó su entusiasmo, y se entregó á la tarea con invencible constancia, á fin de presentar á sus amigos unidos en el mismo pensamiento.

Tuvo en esa campaña importantes colaboradores que le ayudaron eficazmente.

Como la conciliación iba á ejercitarse principalmente en la provincia de Buenos Aires, su gobernador, el señor Carlos Casares, se puso completamente al servicio del noble pensamiento en todo cuanto fué compatible con su posición oficial, y llegó hasta ofrecer la renuncia de su puesto, si eso hubiera podido facilitar el éxito definitivo. En un momento solemne, el doctor Avellaneda hizo honrosas declaraciones respecto de ese distinguido ciudadano, y dejó pública constancia de su patriótico proceder.

El vicepresidente de la República, doctor Acosta, fué también un convencido propagandista de la conciliación, y su acción se des-

arrolló principalmente entre los miembros del congreso, en cuyo seno era generalmente estimado.

Y entre los amigos políticos y personales que sirvieron como intermediarios al doctor Avellaneda para la ejecución de sus planes de detalle, se distinguió eficazmente el doctor Diego de Alvear, que con su carácter insinuante, su cultura exquisita y su tendencia nativa á la diplomacia, suavizó asperezas, desarmó malas voluntades, dominó vacilaciones, y hasta obtuvo sacrificios. Cuando más tarde, el doctor Avellaneda creyó conveniente modificar la composición de ciertos puestos públicos, y trató de insinuar la necesidad de algunas renunciaciones, el doctor Alvear fué un elemento indispensable. Si algún alto funcionario de la época veía entrar en su casa á ese personaje, se sentía bambolear en su puesto, y se preparaba á defenderlo ó á abandonarlo.

Después de una activa propaganda y de



empeñosos trabajos, la conciliación fué al fin aceptada en los dos campos adversos, y la primera vez que el presidente la insinuó oficialmente fué en el mensaje con que en 1877 inauguró las sesiones del congreso.

He aquí sus palabras:

“ La civilización cristiana ha acallado el grito de la discordia desapiadada que resonó en la tribuna antigua. No podemos decir nosotros al adversario: “Entre vosotros y nosotros nada hay de común fuera de la tierra que nos sustenta”. La caridad es humana, la fraternidad patriótica, y la conciliación es un deber cívico, cuando solo se trata de vivir en paz bajo el imperio de la misma ley, puesto que caben sobradamente dentro de ella todos los sentimientos legítimos.

“ Pienso que nuestra acción no debe en este momento limitarse á exhortaciones ó consejos, sino que necesitamos llevar hasta su desenlace la política de liberal tolerancia que vuestras

leyes apoyaron y desarrollaron, y que la administración presidida por mí ha practicado sistemáticamente desde su inauguración, ocurrida entre conflictos armados.

“ Al presentarme por primera vez ante vosotros os dije entre el estrépito de las armas: “La revolución de Septiembre es sólo un episodio ó un accidente, y no pertenece al conjunto de nuestro movimiento social y político. Cuando la hayamos suprimido por la victoria, debemos en seguida apartar sus consecuencias de nuestro camino por una política elevada y conciliadora”. Tres años han pasado, y después de maduras y largas reflexiones, vengo á proponeros que demos el episodio por definitivamente concluído.

“ Comprendo las objeciones. Pero estos actos se ejecutan en nombre del patriotismo generoso, y no bajo los dictados severos de la justicia. Son olvido. No son reparación.

“ Aprovecho esta ocasión solemne de vues-

tra primera sesión, que es siempre un acontecimiento nacional, y haciendo un llamamiento supremo á la equidad en los unos, al sentimiento del deber en los otros, anuncio que pueden regresar libremente al territorio de la República, sin condición alguna, todos los que se hallaren ausentes por haber cometido delitos políticos y militares, y declaro que uno de mis primeros actos será pedir al honorable senado su acuerdo para reincorporar al ejército á los oficiales superiores que fueron dados de baja con motivo de la rebelión de Septiembre, exceptuando solamente á los que se encuentren procesados por delitos comunes. En cuanto á los demás jefes y oficiales de un grado inferior, y que se hallen en las mismas condiciones, serán dados de alta á medida que lo soliciten.

“ Necesitamos salir de la situación presente por grandes actos; pero nunca fué para los argentinos un esfuerzo costoso elevar sus co-

razones. He ahí mi plan. Una política que pacifique por el olvido, la vida pública para todos con iguales derechos, los gobiernos abandonando el campo electoral al movimiento libre de los partidos, y la justicia amparando el orden público, para lo que necesita ser servida por buenas leyes que aun faltan y que debemos dar sin demora”.

Otorgada esta valiosa prenda por el gobierno, el desenlace se hizo fácil, y la conciliación fué prontamente consumada, mediante la recíproca adopción de algunas bases, que no fueron sino el desarrollo del pensamiento primitivo á que en estas mismas líneas nos hemos referido, y que sirvió de fundamento á las primeras conferencias del presidente de la República y el general Mitre.

Se sancionaría una ley general de amnistía para los delitos políticos y militares.

Los jefes y oficiales del ejército, que hubiesen tomado parte en la revolución de Sep-

tiembre, serían reintegrados en sus puestos.

El presidente de la República emplearía toda su influencia y los medios legítimos que estuviesen á su alcance, á fin de obtener de los gobiernos de provincia la más amplia libertad para el derecho del sufragio, ya que él nada podía hacer directamente á este respecto, porque no teniendo la República su capital propia, no existía sección electoral alguna que estuviese bajo la inmediata jurisdicción nacional.

El partido opositor, por su parte, desistiría de su actitud de protesta y de todo propósito de violencia, para entregarse al ejercicio de los derechos que la constitución acuerda á los ciudadanos de la República.

Para mayor abundamiento en el camino de la reconciliación sincera, y sin que esto respondiera á imposición alguna, el presidente resolvió espontáneamente modificar una parte de su gabinete, dando entrada en él á algunos personajes de la oposición, habiendo todos los

ministros mostrándose conformes con esa decisión, y dispuestos á abandonar sus cargos, siempre que de esa manera pudieran contribuir á sellar definitivamente el acto celebrado.

El doctor Avellaneda vió al fin su obra terminada, y tuvo un momento de grátisima y verdadera satisfacción. Más que en cualquiera otra ocasión se consideró verdaderamente presidente de la República, y pudo desde ese instante desarrollar su acción en medio de la tranquilidad pública y de la buena voluntad general, con una situación financiera más desahogada, y sin la amenaza permanente de la conspiración armada. Y no obstante que su administración no pudo ser hasta ese momento más brillante ni más fecunda, si se tiene en cuenta las circunstancias que la rodearon, trató de recuperar con febril actividad los días perdidos en estériles reyertas.

La conciliación estaba consumada en todo cuanto podía depender de la acción oficial y

de la dirección de los partidos políticos, y quedaba el campo abierto á la cooperación del pueblo, que debía ser su complemento definitivo.

---

## IV

### La sanción popular

---

Regocijo público—Un gran mitin—Saludo del doctor Avellaneda al pueblo—Un rasgo de energía — El banquete del comercio — Los discursos—El presidente de la República, el general Mitre y el ministro Alsina—El partido republicano—El doctor Tejedor—Los primeros resultados.

En cuanto fueron conocidos los detalles de la conciliación, la población entera se sintió libre de un peso que la sofocaba, y especialmente el comercio tuvo sus días de verdadero regocijo.

El entusiasmo público hizo explosión en una gran reunión popular de proporciones extraor-



dinarias, que quedó bautizada con el nombre de mitin de la conciliación, y que fué á la casa de gobierno con el objeto de saludar al presidente de la República, quien la esperaba rodeado de altos funcionarios de la administración, de los principales personajes que habían actuado en la evolución felizmente terminada, y de numerosos miembros de los partidos reconciliados.

El doctor Avellaneda pronunció con tal motivo un extenso y notable discurso, del que desprendemos el saludo y la despedida que dirigió á sus visitantes y que van en seguida:

“¡Sois los bienvenidos!

“Venís con el rostro sudoroso, soportando el polvo y el calor de la jornada; pero vuestra jornada es en este momento una ascensión gloriosa hacia el bien, hacia el progreso, hacia la libertad, la libertad, árbol que crece lozano cuando se arraiga en el corazón de un pueblo, como si fuera su suelo propio.

“ He ahí porque os recibo, señores, enarbolando en lo más alto de este edificio el pabellón de la patria, para que cubrais vuestras frentes bajo sus pliegues gloriosos.

“ Venís hasta aquí conducidos por las emociones de un enternecimiento sublime, y por las aspiraciones de un patriotismo generoso. Venís sin resentimientos en el presente y sin rencores en el pasado, con las aspiraciones confundidas y las manos juntas, trayendo sobre los labios palabras de unión, y en vuestros corazones los mismos votos por la patria común. . .

“ He seguido desde un lugar elevado los últimos acontecimientos, y puedo dar testimonio de la verdad. Cuando se anunció en palabras solemnes la política de conciliación, se reputaba el acuerdo de los partidos imposible; y lo imposible fué posible, y el acuerdo entre los dos más numerosos se halla hoy ejecutado.

“ Los unos abrigaban agravios profundos, y ¡quién no reputa muy justificados los suyos!

Pero se les pidió á los resentidos el olvido, y el silencio selló sus labios.

“ Los otros ejercían el poder. Se les pidió desprendimiento, y sobrepasaron lo pedido, respondiendo con la abnegación más generosa.

“ Hay también á veces luz, elevación y patriotismo en el campo cerrado dentro del que se debaten los intereses políticos, y en el que las pasiones embravecidas suelen dar sus asaltos, como los leones en el circo antiguo. Hay en la vida política los orgullosos placeres de la victoria, y los combates estériles de las ambiciones ruidosas; pero hay también virtud, sinceridad y efusiones generosas. Reivindico esta honra para los que pasamos la existencia sobre su revuelta arena. . . . .

“ Señores: Vamos á separarnos. No olvidemos que hemos vivido una hora de nuestra vida bajo los auspicios del patriotismo más elevado, y que ella ha sido marcada, de segundo en segundo, por los latidos de nuestros

corazones. Mañana sobrevendrán otras horas más oscuras. Vendrán otros acontecimientos con sus discordias, y entonces yo os digo en previsión de nuevos conflictos: no olvidemos las lecciones sublimes de esta hora!

“ Aunque la pasión nos ciegue, no volvamos á ejecutar actos que cavén abismos entre nosotros. No pronunciemos, á propósito de disensiones transitorias, palabras irreparables.

“ Tenemos por común el cielo hermoso que nos cubre, la tierra que nos sustenta, que nos recibió en la vida y que nos guarda en la muerte, y llevamos el amor de la misma patria dentro del alma.

“Tras de las discordias, tras de las guerras, con su humo y con su sangre, tras de las divisiones más profundas, llegará siempre un día en que nos volveremos á encontrar argentinos y hermanos, en nombre de la tierra, de la cuna, del sepulcro y del patriotismo, fulgente como nuestro cielo.”

El doctor Avellaneda mantuvo siempre la dignidad de su alto rango, y aun en medio de las expansiones del momento histórico de que nos venimos ocupando, tuvo ocasión de desplegar un rasgo de energía para hacer respetar su autoridad.

El entusiasmo de las multitudes no se contiene por lo general dentro de límites discretos, y entre las diversas manifestaciones á que se entregó la gran masa popular reunida en la plaza de Mayo para celebrar la conciliación de los partidos, se dejaron oír algunos gritos pidiendo la reintegración en sus grados de varios militares declarados rebeldes en la última revolución, y cuando el vócerfo tomó proporciones inconvenientes, el presidente que se hallaba en los balcones de la casa de gobierno, lo contuvo con las siguientes palabras:

“ Los actos del gobierno no se elaboran aquí; se elaboran allí (señalando los salones del despacho). Pero sabed que aunque los ac-

tos del gobierno se elaboran en acuerdo, no son conspiraciones, sino actos generosos, actos nobles, actos dignos. Vosotros lo sabéis. La República lo sabe.

“El pueblo no delibera ni gobierna por sí mismo, ni el gobierno delibera en presencia de las reuniones del pueblo.

“Ahora permitidme. Yo debo deciros que todo lo que se haga en adelante responderá á la misma política iniciada por nosotros, y que si hay una ley del sentimiento en vuestros razones, hay la ley del decoro y de los antecedentes para nosotros.”

Puestas las cosas en su lugar por ese llamamiento al orden, correcto pero firme, la reunión se desarrolló y terminó en medio del entusiasmo y la cordialidad, dejando en todos los que concurieron á ella las mejores impresiones.

Pocos días después tuvo lugar en uno de los teatros principales un gran banquete ofre-

cido por el comercio al presidente de la República, banquete lleno de esplendor y suntuosidad, no sólo por los propios detalles de la fiesta, sino principalmente por la selecta y numerosa concurrencia que lo presenció.

Reproduciremos en seguida algunos pasajes de los principales discursos que se pronunciaron, á fin de dar una idea del espíritu que reinó en esa memorable manifestación con que quiso contribuir á la alegría general, esa rama importantísima de la actividad argentina, que tanto necesita de la paz para el desenvolvimiento de su acción.

El presidente empezó su gran discurso con el siguiente brindis:

“ Habéis escrito con letras de luz la palabra “Fraternidad”. La llevamos aún más fúlgida en nuestras almas. Fraternidad, sí, para los que hemos disentido en nombre de intereses transitorios, bajo pasiones impetuosas, pero fugaces, y que nos juntamos hoy en el in-

terés eterno de la patria, y bajo la invocación de sus destinos inmortales.

“Estamos aquí todos los rivales de ayer, los combatientes de la víspera, y no hay vencedores ni vencidos, porque solo hay argentinos.

“Más aun. Nuestro espíritu se dilata y se engrandece bajo las emociones de esta fiesta, y la concordia entre argentinos es fraternidad humana. Nos sentimos capaces hoy más que nunca de dar hospitalidad en nuestras almas, como la damos en nuestras tierras, á los hombres de todos los climas. Por más que hayan nacido bajo lejanos cielos, les tendemos manos de amigos, y los sentamos á nuestro lado, sobre la tierra aun tosca y dura, pero honrada y noble de nuestro hospitalario hogar.

“Dejémonos arrebatat por los inefables entusiasmos. Derramemos antes de todo las efusiones del corazón entre las libaciones del banquete, y hagamos nuestro primer brindis repitiendo las palabras del letrero de luces que



ostentamos sobre nuestras frentes, y que es la divisa de esta fiesta. Señores: ¡Por la concordia entre los argentinos! ¡Por su fraternidad con todos los hombres!”

En seguida trazó el doctor Avellaneda un gran programa de paz, de libertad y de trabajo, y terminó su discurso con estas palabras:

“Acepto ahora sin reservas vuestras congratulaciones, porque se refieren á un gran bien público y las dicta una intención sincera. Aunque fueran ellas un aplauso ó un estímulo personal, las habría aceptado sin vanaglorias pueriles, que en la edad de la razón madura no puede ya abrigar mi espíritu. Solo me servirán para identificarme más y más con el sentimiento austero de mis elevados deberes, y para descender dentro de mí mismo, buscando cuanta fuerza Dios me haya dado para consagrarla al servicio de mi país.”

El general Mitre habló dos veces, y van en seguida algunos párrafos de su primer discurso:

“Después de las elocuentes palabras que se han pronunciado, todas las formas orales de la conciliación están agotadas. Las fiestas de la fraternidad van á terminar. Cuando se haya pronunciado el último brindis, y solo quede en el fondo de la copa festoneada con la oliva de la paz, el perfume de simpatía que llena el espacio, habrá que buscar la fórmula viril del trabajo de todos los días, que ha de fecundar la nueva política inaugurada...

“Señores: hemos estado tal vez en peligro de muerte, en peligro de legar por herencia á nuestros hijos un pueblo despedazado y una nación imposible.

“Hemos atravesado ese peligro en medio de una noche tenebrosa, sin medir la profundidad del abismo que salvábamos, y hoy recién podemos darnos cuenta de los irreparables males que nos hemos evitado, á la par de los bienes que hemos alcanzado.

“Tal vez mis palabras parecerán oscuras,

y por eso quiero iluminarlas con la luz siniestra de la tempestad de ayer, que vá á convertirse en la aurora de mañana.

“ Nos hemos salvado, señores de extraviarnos en esos caminos oscuros en que los pueblos y los gobiernos se pierden entre las revoluciones y los despotismos.

“ En medio de las tinieblas, un puente misterioso se tendió sobre el abismo que nos separaba, y pudimos comunicarnos reconociéndonos como hermanos, unidos por el instinto de la conservación y por nuestros deberes para con la patria común. Esta es la política que se ha llamado de la conciliación, que al fin se ha convertido en la fraternidad; esta es la política de la honradez, que es la mejor y la más hábil de todas las políticas.

“ De todos los resultados que ella ha producido y está llamada á producir en adelante, ninguno más trascendental que la conciliación entre gobernantes y gobernados, en que unos

y otros han aceptado y reconocido lealmente sus deberes y sus derechos recíprocos, garantizando así solidariamente la libertad y el orden constitucional, la paz y sus beneficios.

“Se ha hecho al pueblo la debida justicia brindando en su honor, como el agente principal de esta obra patriótica. Yo pido un brindis para los magistrados que de lo alto del poder la han iniciado, han cooperado poderosamente á su desenvolvimiento, y prometen y están obligados á llevarla á buen término.

“Al señor presidente Avellaneda.

“Al señor gobernador Casares.

“Al señor ministro Alsina.”

Los discursos del doctor Avellaneda y del general Mitre fueron indudablemente notables y conceptuosos, pero la nota más saliente del entusiasmo fué provocada por las palabras del doctor Alsina, á causa principalmente de la emoción y el sentimiento con que fueron pronunciadas.

He aquí algunas de ellas:

“Horizontes sombríos, desconfianza, el crédito deprimido, incertidumbre en todo, lazos de amistad y de familia deshechos ó debilitados, la anarquía en el hogar: he ahí el pasado.

“Contento, alegría, fe en el porvenir, una sonrisa de esperanza en todos los labios, reconciliaciones sinceras, vínculos restablecidos: he ahí el presente. . .

“El labrador, decía hace pocos días un orador sagrado, deposita la semilla en las entrañas de la tierra, y cuando el fruto asoma, bendice ó debe bendecir la savia que la alimentó, el sol que la fecundó con sus rayos, y hasta el llanto de las nubes que facilitó su desarrollo.

“Nosotros, los que hemos tomado una idea para convertirla en bandera de propaganda, á fin de hacer práctica la conciliación de los partidos, no olvidemos que hemos encontrado

bien preparada la opinión, que esta sociedad cansada necesitaba reposo, y que el corazón de las masas estaba dispuesto á recibir la idea para fecundarla al calor de sus sentimientos generosos. . .

“ Nos hablaba hace un momento el general Mitre, de la actitud que habían tomado los que arriba estaban, pero debemos empezar por hacer honor á los que abajo estaban.

“ Señores: al pueblo argentino—no hago distinción de clases ni nacionalidades,—al pueblo argentino que ha levantado con brazo firme la bandera de la conciliación, que cubre á todos y á ninguno excluye!”

Esa fué la última fiesta de la conciliación, y al día siguiente todos fueron á poner manos á la obra, á fin de traducir en hechos los ideales patrióticos que habían proclamado en medio de tantas manifestaciones de contento.

Después de un largo período de odios y violencias, la reacción de fraternidad que vino

fué poderosa, y en medio del entusiasmo de la reconciliación, los adversarios de la víspera fueron más allá de los pactos celebrados, y resolvieron suprimir la lucha y presentarse unidos en las mesas electorales.

De ese acuerdo nació la elección del eminente ciudadano doctor Carlos Tejedor para el gobierno de la provincia de Buenos Aires; y la renovación de la cámara de diputados se hizo con una lista común en la que figuraban candidatos de los dos partidos.

Eso no obstante, no hubo felizmente unanimidad en los comicios, pues las unanimidades en el desenvolvimiento político de una nación democrática, revelan que hay algo anormal en su organización ó en su situación.

Frente á la conciliación nació el partido republicano, compuesto en su mayor parte de miembros disidentes de la agrupación situacionista, sosteniendo en su programa que los arreglos electorales que suprimen la lucha po-

pular, son la muerte del civismo; y si bien esa fracción de la opinión que entraba por primera vez en la liza con una bandera independiente, no pudo contar con elementos poderosos de combate, se distinguió, al menos, por su núcleo dirigente, compuesto de personalidades de primera fila por su inteligencia y su posición.

La victoria fué fácilmente obtenida por los partidos unidos, pero después de una contienda noble y correctamente sostenida por ambas partes, lo que hizo más satisfactorio el resultado para los vencedores.

Muy poco tiempo después tuvo lugar el centenario de San Martín, y las brillantes fiestas celebradas con ese motivo fueron una nueva consagración de la política fraternal recientemente inaugurada.

Y cuando en Mayo de 1878 se abrieron las sesiones del congreso nacional, el presidente de la República pudo hacer en su mensaje el



siguiente resumen de los primeros actos de la conciliación:

“ La política de conciliación deja ya tras de sí grandes resultados cumplidos.

“ Había un partido numeroso en actitud de protesta contra el gobierno de la Nación, y este partido ha tomado su puesto dentro de la situación constitucional de la República. El ejército nacional había perdido jefes y oficiales cuyo nombre no era por cierto extraño á sus glorias, y ha abierto sus filas para recobrarlos. En la provincia de Buenos Aires que tanta influencia ejerce sobre la economía política y social de la República, existía lo más hondo del mal y ha sido curado. Sus dos partidos más numerosos se hallan plenamente en el ejercicio de la vida pública, y ha nacido de su acuerdo un gobierno que se inaugura en estos momentos, recibiendo por ley de su origen la misión de hacer efectivos para todos, los derechos políticos|

“ La política de conciliación ha aconsejado por todas partes la buena doctrina, y debo agregar que su prédica no ha sido inútil, puesto que al abrir vuestras sesiones, el congreso de la Nación, renovado por la mitad en la cámara de diputados, muestra completa la representación política del país. . .

“ La conciliación ha sido y es una política, pero ha sido y es sobre todo un noble sentimiento.

“ Tuvo un día de sublimes expansiones, y este es el más luminoso entre los resultados obtenidos.

“ Hijos de los combatientes, nacidos entre discordias, y actores á la vez en los disenti- mientos más profundos, tres millones de argentinos nos hemos reunido para saludar el rayo de luz que hace un siglo había iluminado la cuna del general San Martín.

“El centenario de San Martín fué la fiesta de la conciliación. Todos llevamos desde aquel

día un secreto recogido entre inefables emociones, y lo divulgamos afirmando que hay un pueblo argentino. Hay en verdad un pueblo unido en vínculos nacionales y para siempre, cuando sus hijos saben experimentar uno de aquellos sentimientos que hacen de millones de hombres un solo hombre, y que constituyen, ligando generaciones presentes y pasadas, la santa unidad de la Patria.”

La República cruzó, pues, por una época de unión y satisfacción general; pero fué efímero desgraciadamente el reinado de la conciliación, no por falta de sanos propósitos ni de voluntad para realizarlos en los que contribuyeron á producirla, sino porque se encontraban pendientes cuestiones fundamentales que, suscitando pasiones y violencias, como casi todos los procesos de las grandes leyes orgánicas que afectan á las sociedades en formación, debían tener necesariamente una solución definitiva para asegurar de una manera permanente la nacionalidad argentina.

En otro momento nos ocuparemos de los sucesos posteriores á esa evolución patriótica que hizo brillar un rayo de luz en medio de la situación sombría porque atravesaba el país, y que ofreció algunos días de bonanza á la administración del doctor Avellaneda, destinada á desarrollar su hermoso programa en medio de continuas y ruidosas tempestades.

---

# EL AÑO OCHENTA

---

## I

### Ruptura de la conciliación

---

La cuestión capital—Una situación insostenible — La elección presidencial—En busca de un candidato—Los primeros disentimientos —Conflictos en Buenos Aires y el interior —Crisis ministeriales—El ejército—Los voluntarios de la guardia nacional—Las candidaturas rivales—Sarmiento en el gabinete —Su último discurso en el congreso.

El año 1880 fué un año terrible, y quedó designado en el vocabulario popular con la numeración abreviada que sirve de epígrafe á estas líneas.

Tuvo lugar en él una de las últimas y más

exaltadas manifestaciones de nuestras guerras civiles. La República estuvo expuesta á una catástrofe, pero felizmente se detuvo en medio de la pendiente, y como se vé frecuentemente en la historia de las naciones, del seno mismo del caos y del desorden surgió la consolidación definitiva de la nacionalidad argentina.

La conciliación tuvo una efímera existencia. Nada pudo la buena intención de sus iniciadores y ejecutores ante la evolución fatal de los sucesos.

Se hallaba aún pendiente la designación de la capital definitiva de la República, y mientras ella no tuviera lugar, no había seguridad posible para el mantenimiento de la paz ni para la subsistencia de la vida nacional.

La solución de esa cuestión estaba siendo retardada por los mismos intereses que ella debía herir ó favorecer; y la situación indecisa creada con ese motivo, era la base principal sobre la que aun se asentaban los últimos

restos del sentimiento localista, que tan triste y poderosa influencia había tenido en nuestras guerras civiles.

La Nación no tenía capital.

Su gobierno era un simple huésped del de la provincia de Buenos Aires. Los dos residían y desempeñaban sus funciones en la capital de esta última, y la jurisdicción local correspondía á la autoridad provincial.

Se comprende fácilmente que esa era una situación insostenible.

Aun estando los dos gobiernos en la misma corriente de ideas, y perteneciendo sus miembros á la misma comunión política, no dejaban de ocurrir perturbaciones y dificultades. Y si desgraciadamente llegaba el caso de presentarse disentimientos serios ó intereses encontrados, se corría el peligro de vivir constantemente bajo la amenaza de disturbios y conflagraciones.

Y eso fué lo que sucedió en el año ochenta.

Uno de los sucesos que precipitaron la ruptura de la conciliación fué la muerte del doctor Alsina.

Aparte de las condiciones personales y de la alta posición de ese eminente ciudadano, la sinceridad y el entusiasmo con que se incorporó á la evolución política mencionada, le conquistaron la adhesión de los partidos conciliados, y él habría sido, probablemente, el candidato de estos para la presidencia de la República.

Su elección habría prolongado indudablemente la vida de la conciliación, pero no habría hecho sino aplazar el conflicto, porque tarde ó temprano tenía que ser resuelta por la razón ó la fuerza, la única cuestión orgánica que tenía pendiente la Nación.

Producido el fallecimiento del doctor Alsina, y aproximándose el nuevo período presidencial, se trató de buscar un candidato que respondiese á la situación creada por los últimos sucesos.



Surgió desde luego el nombre del general Mitre, pero éste ilustre hombre público tenía algunas resistencias en el interior, no por causas que tocasen directamente á su persona, sino porque se temía que á su sombra resurgiesen ciertas influencias y prestigios que habían quedado oscurecidos en las administraciones de Sarmiento y Avellaneda. Su propia actitud ofreció además otro inconveniente, pues por lo mismo que había sido uno de los iniciadores de la conciliación, un sentimiento exagerado de delicadeza le hizo manifestar en diversas ocasiones que no aceptaría su candidatura presidencial, resolución que debió ser en él irrevocable y permanente, como lo probó su conducta posterior, cuando algunos años más tarde y en un momento crítico para la Nación, un gran movimiento de opinión operado en toda la República, se empeñó en llevarle á la primera magistratura.

Se pensó también en Sarmiento, pero el gran ciudadano no podía ser candidato de la conciliación, puesto que no sólo había permanecido ajeno á ese acto político, sino que lo había mirado con poca simpatía. Estaba además muy fresca su lucha formidable con uno de los partidos reconciliados.

A falta de un candidato común, cada una de las fracciones se propuso entonces buscar el suyo en sus propias filas, y como sucede por lo general en situaciones semejantes, las simpatías empezaron á agruparse alrededor de los nombres en que más encarnadas se hallaban las ideas, las aspiraciones y las pasiones de cada agrupación.

Así tuvo lugar el primer dislocamiento de la conciliación, y la frialdad de relaciones entre los partidos se hizo bien pronto extensiva á los gobiernos que los representaban, á causa de ese encadenamiento fatal á que están sujetos los sucesos políticos, sin que nadie ni nada pueda evitarlo.

Sobre ese principio de disolución no faltaron causas positivas y pretextos buscados expresamente para ahondar la división producida, causas y pretextos que se presentaban á cada instante, en esa anormal coexistencia de los dos poderes disidentes en la misma capital.

En el interior se produjeron también graves complicaciones.

Habiéndose visto claramente que los partidos reconciliados estaban destinados á separarse de nuevo en la elección presidencial, los recientes aliados trataron de apoderarse de algunas situaciones, valiéndose de la influencia y los elementos mismos que se había puesto en sus manos; y obedeciendo á ese propósito, se suscitaron conflictos y hasta estallaron motines en algunas provincias, preparados unos y otros, según se decía, desde la misma ciudad de Buenos Aires.

La situación del doctor Avellaneda se hizo así difícilísima entre sus amigos viejos que ape-

laban á su lealtad, y sus nuevos amigos que estaban dando á la conciliación proporciones inesperadas. Enormes debieron ser sus esfuerzos para conciliar sus propios deberes con las aspiraciones y los intereses que le rodeaban, pero por grandes que fueran su voluntad y sus deseos, le fué imposible, naturalmente, satisfacer á todos.

El conflicto más grave del interior fué el que tuvo lugar en la provincia de Corrientes entre el gobernador Derqui y los que objetaban su elección, conflicto que motivó una intervención nacional muy accidentada, cuyos incidentes produjeron la primera crisis ministerial de la nueva situación.

Los miembros conspicuos de la antigua oposición que habían sido llamados á formar parte del gobierno, no quedaron satisfechos con el sesgo que el doctor Avellaneda dió á su política en esa ocasión, y se retiraron del gabinete.

Quedó así comprobado una vez más que los representantes de partidos políticos extremos pueden asociarse con éxito para producir un hecho determinado, vencer un peligro inminente, crear ó destruir una situación; pero que es muy difícil su unión duradera en las funciones normales del gobierno, como es igualmente difícil en las evoluciones de la vida electoral la alianza permanente de agrupaciones que obedecen á tendencias y tradiciones opuestas.

El doctor Avellaneda, que no quería romper con la conciliación, sobre cuya continuación tenía grandes esperanzas, reemplazó á los ministros dimitentes con personas de tintes partidistas poco acentuados, ó de una significación política menos representativa que la de sus antecesores.

Así pudo vivir la conciliación algún tiempo más, aunque languideciendo visiblemente á los ojos de todos, y no ofreciendo ya ni la sombra

del entusiasmo y la sinceridad de sus primeros días.

Los trabajos electorales avanzaban mientras tanto en medio de la mayor excitación, y algún tiempo después quedaron claramente diseñadas en la opinión las dos candidaturas rivales: la del general Roca, que á su prestigio positivo en el interior añadía el que acababa de conquistar con su expedición al desierto, y la del gobernador Tejedor, cuya popularidad en Buenos Aires alcanzaba en ese momento á proporciones considerables.

Los adversarios del primero decían que iba á ser impuesto por una liga de gobernadores, y los adversarios del segundo afirmaban que era un antiguo separatista cuyo nombre había sido levantado como una bandera de guerra á las provincias, y de resistencia á la federalización de Buenos Aires para capital de la República.

Sobre esta doble base resurgió altanero y

bravío el viejo sentimiento del localismo, y las pasiones llegaron al más alto grado de exaltación en los dos campos. Por todas partes aparecía el horizonte político cubierto de amenazas y peligros.

Aun en medio de tanta excitación, el doctor Avellaneda no perdió su serenidad ni su esperanza. Trataba de inspirar confianza á los demás, y de conciliar los ánimos en lo posible; invocaba los intereses de la patria común y los tristes antecedentes de nuestras guerras civiles para inclinar los espíritus á soluciones pacíficas; y se empeñaba en ofrecer constantes testimonios de la pureza de sus intenciones y de su firme resolución de permanecer ajeno á la lucha electoral.

Las afirmaciones de sus adversarios que le presentaban dispuesto á imponer de todos modos la candidatura levantada por el partido situacionista, eran completamente infundadas y calumniosas. No obstante su amistad con

el general Roca, y el alto concepto que tenía de sus condiciones, habría preferido seguramente un candidato de la conciliación, ó por lo menos uno que por su significación política no hubiera levantado grandes resistencias, ó hubiera dejado alguna esperanza á transacciones ó arreglos en un momento oportuno; pero por lo mismo que quería mantenerse apartado de la contienda, no podía tampoco oponerse á la corriente de la opinión y de los sucesos.

Llegó un momento en que se temió que la paz pública fuera alterada en Buenos Aires, y el gobierno nacional concentró en esa ciudad una gran parte del ejército.

El gobierno de la provincia se creyó amenazado con ese motivo, y dió proporciones extraordinarias al crecido batallón que mantenía con el pretexto de guardar las cárceles. Pero no fué ese el núcleo principal de sus fuerzas, pues con el propósito ostensible de ejercitarse en el tiro, se organizaron también



esos cuerpos de guardias nacionales voluntarios que tan famosos se hicieron en esa época. Uniformados por su cuenta y armados por la autoridad provincial, constituyeron un verdadero ejército que se entregaba además á todo género de manifestaciones políticas, manteniendo á la población en un estado de constante alarma.

Ante la grave situación creada por esos sucesos, y teniendo como causa inmediata ciertas complicaciones surgidas en el interior, creamos que en la provincia de La Rioja, se produjo una nueva crisis parcial en el gabinete. Quedó vacante el ministerio del interior, y el doctor Avellaneda tratando de ensayar un nuevo camino, confió á Sarmiento esa cartera.

El ex presidente entró en el ministerio lleno de bríos y con grandes proyectos, pero no pudo realizar sus propósitos, y permaneció muy poco tiempo en su nuevo cargo, que resultaba, por otra parte, algo estrecho ya para su gran volumen.

Sus ideas tradicionales y radicales en todo lo que tocaba á la autoridad nacional, le hicieron formar un programa que debió chocar seguramente con la tolerancia natural del doctor Avellaneda, con sus tendencias pacíficas y con sus esperanzas de ver resurgir la conciliación.

Las primeras medidas que tomó y en las que figuraban unas notas violentas al gobernador doctor Tejedor, y unas enérgicas declaraciones hechas en el congreso, alarmaron al presidente, y produjeron la inmediata renuncia de los ministros que aún representaban á la conciliación en el gabinete, y cuyos cargos quedaron vacantes durante algún tiempo á la espera del sesgo que tomasen los sucesos.

Otros motivos tenía también Sarmiento para hallarse descontento en el ministerio.

Ante la exaltación suscitada en Buenos Aires con motivo de la cuestión presidencial, empezó á hablar de su propia candidatura

abiendo contribuído á ello ciertas hábiles maniobras de los adversarios de la situación nacional, que se proponían introducir la división en el campo enemigo.

Sarmiento tomó el asunto con su vehemencia acostumbrada, é hizo violentas declaraciones contra algunas situaciones del interior, que él suponía confabulabas en un propósito electoral, lo que rodeó naturalmente de asperezas y dificultades su posición oficial.

Contrariado entonces por no poder desenvolver su programa de gobierno en toda su amplitud, y disgustado también por el camino que tomaba la cuestión presidencial, abandonó el ministerio.

Pocos instantes después de haber hecho entrega de su renuncia, se presentó en el senado que se estaba ocupando de una intervención en Jujuy, y tomó parte en la sesión, no para exponer las ideas del poder ejecutivo, único rol que tienen los ministros en el recinto

del congreso, sino para hablar por su propia cuenta. Sus palabras fueron vehementísimas, y fustigaron reciamente á los vicios electorales de la época, á la situación de Buenos Aires, á algunos de los gobiernos del interior, y algo indirectamente también al mismo poder de que había formado parte.

No podemos resistir á la tentación de transcribir los originalísimos párrafos con que ese hombre extraordinario empezó su última oración parlamentaria.

Helos aquí:

“ Mis momentos, señor presidente, son muy cortos.

“ He elevado al gobierno mi renuncia de ministro, pero acabo de saber oficialmente que ella aun no ha sido provista, y tengo tal vez una hora para informar al senado sobre estas cuestiones que los mal intencionados quieren hacer personales, acusándome de que he faltado á mis deberes como ministro.

“ Minuto más, minuto menos, soy todavía

ministro de gobierno de la República Argentina.

“La cuestión de que se trata tiene efectivamente algo de personal, y habría sido una desgracia que me hubiera faltado una hora para decir lo que hay sobre ella.

“Y con ese motivo me viene á la memoria, señor presidente, un episodio de familia que debo recordar porque es instructivo.

“Un tío mío, obispo, se moría, y quien debía sucederle, que era otro tío mío, le decía: no piense en las cosas de la tierra, y vea que ya no hay tiempo sino para las del cielo. Y el otro le contestaba: estoy construyendo un templo dedicado al Señor, lo que vale más que pedir perdón en este momento: Dios tendrá piedad de mí. Que venga el carpintero, pues necesito de él tales materiales; que venga el albañil para darle algunas órdenes; que me cobren tales cuentas á fin de que haya dinero... Y decía esto exclamando: ¡apuren, apuren, que me muero!

“ Y á mí también, señor presidente, sólo me quedan minutos de vida ministerial, y voy á apurarme todo cuanto pueda á mi vez para decir lo que necesito en honor de la verdad, de la virtud, de la justicia, y para salvar al país de una trampa en que tratan de hacerlo caer. . . ”

Poco después de terminado ese discurso que causó verdadera impresión por su fogosidad y las especiales circunstancias en que fué pronunciado, la renuncia de Sarmiento quedó aceptada.

El ministro de la guerra, general Roca, que había ofrecido varias veces su renuncia al presidente, aprovechó el momento para abandonar también la cartera que tenía á su cargo desde el fallecimiento del doctor Alsina.

El doctor Avellaneda se vió así en libertad de organizar como mejor le conviniera todo su gabinete, pero la conciliación debía darse por definitivamente concluída.

## II

### El conflicto

---

Un gabinete homogéneo—Declaraciones presidenciales—Excitación pública—El 15 de Febrero—La comisión de la paz—Un momento de alarma—Entrevista de Avellaneda y Tejedor — Suspensión de hostilidades — Una transacción fracasada—Recrudescimiento de la lucha—La elección presidencial—Apertura del congreso—El centenario de Rivadavia y la recepción de los restos de San Martín—La rebelión—A la Chacarita.

En el estado á que las cosas habían llegado, el presidente tuvo que formar su ministerio con elementos de su propio partido, exceptuando la cartera de relaciones exteriores, que fué con-

fiada á un ciudadano de colores políticos poco acentuados.

El doctor Avellaneda lamentó mucho el fracaso de la conciliación. Ella le había proporcionado los únicos días tranquilos de su administración, haciéndole concebir la esperanza de terminar su gobierno en paz.

Pero no fué esa la única causa de su sentimiento. Al llevar á cabo esa evolución, no solo había tratado de apaciguar los ánimos, de suprimir los odios acerbos que dividían á los argentinos, de restablecer la confianza pública, y de hacer entrar á todas las agrupaciones en las prácticas de la vida republicana. Había abrigado también el propósito de aprovechar el acuerdo de los partidos para hacer surgir de él la solución de la cuestión capital, y parece que ya tenía preparadas con el doctor Alsina ciertas combinaciones á este respecto; pero la muerte de ese ciudadano primero, y después la ruptura de la conciliación, le impi-



dieron ejecutar los planes que había concebido, aunque no le hicieron desistir de su irrevocable propósito de dejar resuelto ese difícil problema durante su administración.

Las sesiones del congreso iban á ser clausuradas, y entonces como hoy, ese acto se llevaba á cabo por un simple decreto del poder ejecutivo, habiéndose abolido la costumbre de hacerlo en una sesión aparatosa como la de apertura, con un discurso del presidente de la República.

El doctor Avellaneda quiso restablecer por esa vez la antigua práctica, á fin de hacer escuchar su voz en toda la Nación en ese momento crítico. El congreso no pudo reunirse, desgraciadamente, á causa de que muchos de sus miembros se habían ausentado ya de la capital, pero el discurso presidencial fué publicado en lugar del lacónico decreto de costumbre.

Era una pieza sobria y elocuente, en la

que la energía se armonizaba con una discreta tolerancia.

El presidente empezaba mostrando á los ojos de todos el abismo á que las pasiones embravecidas conducían á la República, y hacia un último llamamiento á la paz y á la concordia.

Manifestaba en seguida que la Nación no podía seguir viviendo sin resolver la única cuestión orgánica que tenía pendiente, y anunciaba su propósito de presentar en el siguiente período legislativo un proyecto de ley declarando á la ciudad de Buenos Aires capital de la República.

Manifestaba después que, si bien se hallaba resuelto á mantenerse ajeno á la cuestión electoral, lo estaba también á hacer respetar en todos los momentos y en todas las situaciones la autoridad de la Nación.

—El congreso es el juez único de la elección presidencial, dijo al terminar su discurso.

so, y cualquiera que sea el ciudadano designado para sucederme, la ley que salga de este recinto proclamando su nombre, será obedecida desde el Plata hasta Jujuy y hasta los Andes, y es mi deber, como será mi honor, sellar su ejecución hasta con mi sangre.

Lejos de servir esas palabras para apaciguar los espíritus, fueron recibidas como una provocación, y la exaltación pública llegó á los mayores extremos. Los artículos de los diarios eran verdaderamente subversivos; los clubs ó centros electorales se habían convertido en una especie de focos de conspiraciones; el gobierno de Buenos Aires se armaba como si se estuviera preparando para una guerra extranjera, y los batallones de voluntarios, no sólo hacían una exagerada ostentación de fuerzas, sino que llevaban á cabo demostraciones irrespetuosas y violentas contra la autoridad federal y los funcionarios que la representaban.

Por su parte el gobierno nacional había

hecho venir á la capital nuevas fuerzas del ejército, y si bien los soldados de línea no se entregaban á ruidosas manifestaciones, revelaban por su actitud serena y resuelta, que estaban dispuestos á proceder como un solo hombre cuando llegara el caso de sostener la autoridad de la Nación.

En medio de esa situación que se hacía ya insoportable, y después de oída la opinión de algunos personajes de primera fila, el 13 de Febrero se expidió un extenso y bien fundado decreto por el que prohibía toda reunión de fuerzas en el territorio de la República, con excepción de las destinadas á la policía de cada localidad, decreto al que se agregó un manifiesto en el que el presidente, después de atinadas y prudentes consideraciones, apelaba al patriotismo de los argentinos, á fin de que dieran estricto cumplimiento á lo resuelto.

Los batallones de voluntarios estaban cita-

dos para el domingo 15 del mismo mes, con el objeto de practicar sus ejercicios habituales en Palermo, que era el lugar en que se verificaban generalmente sus reuniones; pero durante la noche anterior el ministro de la guerra mandó ocupar el mencionado local por el ejército de línea, y el presidente de la República, acompañado por sus ministros, altos funcionarios públicos y numerosos amigos, se instaló al mismo tiempo en la casa de gobierno, que estaba guarnecida por numerosas fuerzas.

Llegado el día que se esperaba con ansiedad, los cuerpos de guardia nacional no se presentaron en Palermo, pero se reunieron en otros puntos, entregándose á las manifestaciones de costumbre. La orden del gobierno nacional había sido, pues, desobedecida.

En las primeras horas de la mañana se paseaba agitado el presidente por el salón de su despacho, cuando se presentó un alto jefe militar que era su amigo personal y le trataba con bastante confianza.

—Señor, le dijo, todos creen que ha llegado el momento de proceder. El ejército se encuentra deprimido ante esta situación, y si recibe la orden de atacar, en poco tiempo concluirá con todo esto, que no es sino ruido y aparato.

—Tengo confianza—contestó el presidente—en que el ejército cumplirá con su deber, y en que sus esfuerzos serán coronados por el éxito definitivo, pero se halla usted equivocado si cree que todo esto no es más que ruido y aparato. Esta gente, entre la que desgraciadamente se encuentra una gran parte de la juventud de Buenos Aires, está verdaderamente fanatizada, y se hará matar en las calles, ocasionando una catástrofe que abrirá abismos eternos, y que es lo que trato de evitar.

Se había organizado, entretanto, una comisión de expectables ciudadanos, entre los que recordamos al doctor Félix Frías y á don

Eduardo Madero, con el objeto de buscar un arreglo, que se hacía muy difícil á causa de la exaltación general y de que nadie quería ser el primero en ceder, aparte de que en la cuestión electoral era casi imposible pretender transacciones entre un partido que tenía la victoria casi asegurada en los comicios, y otro que se hallaba poseído de la más violenta excitación.

La comisión de la paz, como se la llamaba, conferenció á mediodía con el presidente, quien en medio de una animada conversación, dijo poco más ó menos lo siguiente: "Si no se tratara más que de jugar mi vida y la suerte de mi administración, hace ya tiempo que hubiese hecho uso de la fuerza pública para dominar esta verdadera rebelión. Lo que me detiene es el terror de ver ahogada en sangre á la ciudad de Buenos Aires; però cuando haya agotado todos los medios conciliatorios que pueda soportar el decoro nacional, iré á

los mayores extremos en cumplimiento de mi deber, cualesquiera que sean los esfuerzos y sacrificios que tenga que realizar”.

Al terminar estas palabras, el doctor Avellaneda hizo un violento ademán, y rompió con estrépito el cristal de una ventana que se hallaba próxima, haciéndose algunas lastimaduras.

Las personas que oyeron el ruido producido y vieron al presidente con manchas de sangre en la mano, creyeron que había sido víctima de un atentado y se apresuraron á rodearle. Los militares desnudaron sus espadas, y todos los que llevaban armas las empuñaron, llegando la alarma en pocos momentos á las tropas que guarnecían la casa de gobierno, y que se prepararon como para rechazar un ataque.

Felizmente pronto se conoció la verdad de lo ocurrido, y se restableció una calma relativa, que siguió alterándose á cada instante con



nuevos incidentes y con los diversos detalles de una ansiosa expectativa.

Así transcurrió todo el día, en medio de la inquietud de la población, que temía ver empeñado el combate de un momento á otro.

Después de sostenidos esfuerzos, la comisión de la paz obtuvo de ambas partes la promesa de renunciar á toda ostentación de fuerzas, á fin de darle tiempo de desarrollar su programa, sin que se produjeran incidentes que pudieran perturbarlo ó hacerlo fracasar.

A la caída de la tarde los guardias nacionales depositaron sus armas en los locales respectivos, y se retiraron como acostumbraban hacerlo después de sus ejercicios habituales.

Los cuerpos del ejército volvieron también á sus cuarteles, desfilando previamente por algunas de las calles principales entre murallas de gente estacionada en las veredas.

Algunos de ellos tenían pocas simpatías en el público, mientras que otros eran objeto de

entusiasta, aclamaciones, calculadas indudablemente para conquistar su buena voluntad, de manera que el desfile se hizo entre opuestas manifestaciones, ante las cuales los jefes, oficiales, y soldados pasaban con idéntica y absoluta impasibilidad.

Esa situación se prolongó por dos ó tres días, durante los cuales ni el presidente ni el gobernador abandonaron las respectivas casas de gobierno, que estaban convertidas en verdaderos campamentos militares.

Siguiendo el doctor Avellaneda un sistema que tenía en todos los casos en que la paz ú otros altos intereses de la Nación estaban comprometidos, quiso consultar algunas opiniones de peso, y convocó á la casa de gobierno á diversas personalidades con las que tuvo varias conferencias.

Sarmiento fué uno de los primeros concurrentes á esas reuniones. Ese hombre público tuvo siempre la honradez política necesaria

para distinguir los intereses institucionales de los simples intereses personales ó de partido, y no obstante la opinión ó los propósitos que hubiera podido tener en ese momento en la cuestión electoral, se puso completamente del lado del gobierno, aconsejándole que en ninguna forma dejara hollar la autoridad de la Nación, y sosteniendo que asistía un derecho perfecto al presidente de la República para mandar disolver todo grupo que se presentara armado sin la autorización legal correspondiente. En una de las conferencias celebradas, tuvo con ese motivo una vehemente discusión con el doctor Rawson.

Acababa de tener lugar una de esas reuniones, cuando los miembros de la comisión de la paz se presentaron en el despacho presidencial para comunicar al presidente que el gobernador de la provincia estaba interesado en hacer cesar ese estado de cosas, y que acudiría á su primer llamamiento, á fin de buscar, de común acuerdo, una solución.

Entonces el doctor Avellaneda escribió dos líneas al doctor Tejedor, invitándole á concurrir á la casa de gobierno, y el doctor Tejedor se presentó inmediatamente en el lugar de la cita, pasando solo por entre la multitud que llenaba el local y que le recibió con una actitud fría pero respetuosa.

Los dos funcionarios tuvieron en seguida una larga entrevista en medio de la expectativa general.

El doctor Avellaneda fué siempre poco explícito respecto de este asunto, y cada vez que se ocupaba de él se limitaba á decir que no había existido el pacto de que se hablaba, y que todo quedó reducido á una conversación en que se habían hecho manifestaciones conciliatorias, expresándose por ambas partes el propósito de tomar las medidas más convenientes á fin de restablecer la confianza pública, y de evitar la ostentación de fuerzas armadas.

No obstante esas declaraciones, es indudable que tuvo lugar un convenio indirecto por lo menos, mediante el cual el gobernador doctor Tejedor manifestó su resolución de desarmar los batallones de voluntarios, esperando que por su parte el gobierno nacional retirase de la capital las fuerzas de línea, sin dejar en ella sino la guarnición ordinaria.

Cualquiera que fuese la forma con que se trató de disimular lo convenido, todo eso no importaba sino un acto deprimente para la autoridad nacional, pues el presidente de la República aparecía en el fondo haciendo arreglos de potencia á potencia con un gobernador de provincia, sobre el ejército de línea que no podía depender sino de la Nación, y sobre un ejército provincial que no tenía existencia legal de ninguna clase.

El mismo doctor Avellaneda debió comprenderlo así, y es por eso seguramente que trataba de hablar lo menos posible sobre la conferencia celebrada.

Fué ese indudablemente un nuevo sacrificio que hizo á fin de ganar tiempo, y de evitar un combate en medio de circunstancias que lo hubieran hecho sangriento y terrible. De esa manera dejaba abierto el camino para un arreglo pacífico, si él era todavía posible, ó aplazaba por lo menos la solución violenta para un momento más oportuno y una situación menos peligrosa, con lo cual daba una nueva prueba de la serenidad y la prudencia que solían distinguirlo durante los momentos más críticos y en medio de la impaciencia y el apasionamiento general.

La noticia circuló inmediatamente por toda la ciudad, y con la exageración que suele haber siempre en esos casos, se llegó á afirmar en algunos círculos y corrillos que la paz estaba asegurada. La población recobró en parte su tranquilidad, sin que por algunos días se viera soldados de línea ni guardias nacionales por las calles, y creemos que hasta se

suspendió completamente la reunión de voluntarios, y se dió orden de marcha á algunos cuerpos del ejército.

Pero tal estado de cosas duró poco, como era de esperarse, pues soluciones de ese género no son verdaderas soluciones.

Un incidente callejero entre un grupo de pueblo y entre unos soldados del batallón 8 de línea que había salido de su cuartel con motivo de una ceremonia cuyo objeto no recordamos, dió motivo á una nota violentísima del gobernador doctor Tejedor, que fué contestada con igual ó mayor violencia por el ministro de la guerra doctor Pellegrini, y la situación anterior se reprodujo nuevamente, creciendo cada día el antagonismo y la agitación.

Ante ese recrudecimiento de la lucha, la comisión de la paz reanudó sus trabajos, y como un último recurso se dirigió á los dos candidatos presidenciales, pidiéndoles que renunciaran á sus respectivas candidaturas, á fin

de facilitar un arreglo electoral que hiciese cesar tan violenta situación.

Con ese motivo, algunos diarios aplaudieron al doctor Tejedor que había accedido á esa insinuación, y atacaron duramente al general Roca por no haber imitado ese ejemplo, no obstante habersele hecho comprender la posibilidad de que su candidatura fuera reemplazada por la de Sarmiento.

Al recordar esos antecedentes, creemos que es para nosotros un deber de conciencia dejar constancia de un hecho que fué tergiversado de diversos modos.

La situación de los dos candidatos era muy distinta. El uno tenía la cuestión completamente perdida, y el otro tenía casi asegurado el éxito definitivo. Y si bien en esas condiciones el general Roca no podía entregar la suerte de su partido al azar de combinaciones aventuradas y eventuales, cuando se le habló de una transacción de los elementos antagó-



nicos en favor de Sarmiento, no vaciló en aceptarla.

El doctor del Valle fué á Córdoba con el objeto de transmitir esa proposición al candidato, y volvió á Buenos Aires con la contestación mencionada.

Para robustecer esta afirmación transcribiremos en seguida unas líneas que se publicaron al respecto por una persona que estaba al cabo de los detalles de la negociación, y que dejó contestados de esa manera los comentarios infundados que corrían por todas partes.

Decían así:

“ Ahí está la solución, si solución se quiere. No se trata ya de informes vagos, de palabras escapadas de improviso en una conversación, ni de afirmaciones que se pueda negar ó refutar.

“ El doctor del Valle ha querido dejar planteada netamente la situación, habiéndose resuelto á hacer el viaje á Córdoba. Todo lo

que pudo haber de vago ó de poco autorizado en los informes anteriores, se halla hoy esclarecido y tiene el sello y reviste la autoridad de su palabra.

“ El general Roca no solamente quiere evitar las eventualidades de una guerra, sino que sería feliz suprimiendo la lucha misma con sus peripecias y sus agitaciones. El general Roca ofrece á este gran designio el sacrificio de su ambición, es decir, la renuncia de su candidatura presidencial.

“ Las palabras del general Roca son las siguientes: “ Si el doctor Tejedor y los conculiados dan sus votos al señor Sarmiento, yo renunciaré mi candidatura, y pondré todo el esfuerzo para que mis amigos del interior lleven también sus votos á la candidatura Sarmiento.

“ Así la cuestión queda planteada en términos simples y claros. Si se quiere suprimir toda perspectiva de guerra, dar por concluidas las agitaciones electorales, y tener en s

guida un gobierno que represente á todos, que no sea para el agravio del uno y la vanagloria del otro, recójase la noble palabra del general Roca.

“ Se excluye una candidatura porque representaba la guerra, según el término consagrado. Luego entonces hay la obligación de aceptar la que representa la paz. De lo contrario, se verá claro en las intenciones y se apartarán las palabras engañosas que habrán dejado de engañar.

“ De todos modos, y aunque no se llegue á estas soluciones, el viaje del doctor del Valle ha tenido un objeto patriótico, y es un acto que le será siempre contado.”

El contenido de esas líneas no fué desmentido, ni rectificado, ni tomado en cuenta, y la transacción propuesta se quedó en proyecto.

Algún tiempo después tuvieron lugar las elecciones de diputados al congreso y de electores de presidente y vicepresidente de la Re-

pública, correspondiendo el triunfo al partido que sostenía la candidatura del general Roca, pues los amigos del doctor Tejedor no obtuvieron sino los votos de Buenos Aires y Corrientes.

Ese resultado y la mayoría existente en el congreso daban por concluída la cuestión electoral, y los preparativos del gobierno de Buenos Aires no eran interpretados sino como su decidida resolución para oponerse por la fuerza al veredicto de los comicios.

Efectuadas oportunamente las sesiones legislativas preparatorias, el senado se instaló sin dificultad, pero en la cámara de diputados se produjeron agitadas discusiones por haberse objetado algunas de las elecciones. Unas fueron aprobadas, y otras quedaron para ser consideradas en las sesiones ordinarias.

La inauguración del congreso tuvo lugar á mediados de Mayo, y el presidente leyó en ese acto un extenso mensaje en el que hacía

una reseña de su administración, y consagraba sobrias y elocuentes palabras á la gravedad y las dificultades del momento presente.

Transcribimos en seguida algunos párrafos de la parte política y la brillante conclusión de ese notable documento.

“El 11 de Abril fué el día señalado para que el pueblo de la República designara en los comicios los electores que han de practicar el nombramiento del presidente y vicepresidente que reemplazarán á los que ejercemos actualmente esas funciones.

“La votación se verificó tranquilamente en todos los distritos electorales, sin desórdenes que la turbaran.

“El honorable congreso es juez constitucional del acto electoral, y no debo prevenir ni anticipar su juicio, Pero tengo sí, derecho para decir que no se ha denunciado en estas elecciones un solo abuso que fuera imputable á la acción directa del ejecutivo nacional, y

que tampoco se ha notado en los comicios la presencia de un agente suyo y mucho menos de un soldado, ejerciendo violencias ó siquiera una influencia indebida. . .

“No es mi ánimo hacer el panegírico de la situación que me ha tocado presidir, pero en presencia de la detracción sistemática experimento como un deber la necesidad de elevar el espíritu de mis conciudadanos al sentimiento verdadero de sus fuerzas. Hay indudablemente en una nación embrionaria como la nuestra, males nuevos y males viejos, pero todos han de curarse por los medios pacíficos dentro del orden, desenvolviendo nuestras libertades bajo el amparo de la razón pública y sin salir de la ley. Las incitaciones al trastorno deben ser condenadas, sobre todo en este recinto, donde resuena la palabra de la discusión libre que los pueblos han sustituido á los embates de la violencia, y donde se reúnen los representantes de la Nación con sus facultades constitucionales irrevocables. . .

“ Había consignado en este documento la repudiación solemne de las declaraciones subversivas que se han hecho oír en el régimen interior de la República; y respondiendo á los nobles sentimientos de concordia manifestados últimamente, solo dejo hoy su mención para decir lo que no podría callar sin connivencia culpable, y es que esas declaraciones, en cuanto afectan los derechos de la Nación, no serán ejecutadas mientras subsista su gobierno.

“ No hay otro juez sino el congreso en las elecciones nacionales que practica el pueblo en cualquiera de sus provincias, que solo son para este objeto distritos electorales de un Estado. No son jueces los gobernadores de provincia, y si tuvieran uno, dos ó todos ellos derecho para avocarse el debate electoral, aceptando ó rechazando sus resultados, habrían desaparecido con nuestro régimen de gobierno las libertades públicas.

“ Tenéis en vuestras manos todos los me-

dios para que la paz no sea alterada. Solo el soldado y el guardia nacional movilizado usan las armas bajo un título legal y público, y esas armas se hallan colgadas en este recinto, al amparo de vuestras facultades constitucionales que son explícitas. No pueden así moverlas sino vuestras leyes. Ordenad y mandad,—y el congreso nacional será obedecido dejando conjurado todo peligro.

“Vamos entretanto á solemnizar el centenario de Rivadavia, el presidente inmortal cuya sombra sigue como la de Washington dirigiendo desde el asiento del gobierno los destinos de su nación, y á recibir los despojos del gran capitán que libertó con su espada tres naciones.

“Póngome de pie para bendecir el favor de la Providencia que trae delante de nuestros ojos este doble espectáculo, y bajo los auspicios de nuestras dos mayores glorias, que son igualmente las glorias excelsas en toda la his



oria,—la del que emancipa pueblos para la libertad,—y la del que los organiza para el bien, proclamo abiertas vuestras sesiones.”

Pocos días después tuvieron lugar efectivamente la recepción de los restos de San Martín, y la celebración del centenario de Rivadavia.

Los dos actos se realizaron en medio de una imponente solemnidad, y con el concurso del pueblo entero. Los adversarios se reunieron un momento en el campo neutral del culto a las glorias nacionales, para separarse más tarde y ocupar cada uno su puesto en la lucha.

Parece que no se hubiera estado esperando no que se rindiera los debidos honores á esos dos prohombres de nuestra historia, para precipitar los acontecimientos.

Y así sucedió.

En esos momentos estaba esperando el gobierno de la provincia un buque cargado de

armas que trataba de recibir subrepticamente. El gobierno nacional lo supo y tomó medidas para apresar la embarcación ó evitar por lo menos el desembarco; pero el doctor Tejedor logró dejar burladas esas medidas, y con las fuerzas provinciales pudo hacer desembarcar el armamento, prescindiendo completamente de toda intervención de la autoridad nacional.

Era esa ya la rebelión declarada.

El presidente de la República lo comprendió así, y vió que no tenía más recurso que apelar inmediatamente á la fuerza, ó abandonar la capital.

Optó por lo último, y resolvió salir el mismo día á la Chacarita, donde se hallaba el regimiento primero de caballería de línea á las órdenes del coronel Manuel Campos, citando previamente á sus ministros para un acuerdo que debía tener lugar al día siguiente.

En las primeras horas de la noche subió en un carruaje, acompañado únicamente de uno de sus ministros, su secretario y un edecán.

—Tengo el presentimiento, dijo al ocupar su asiento, de que no volveré á Buenos Aires sino cuando se haya restablecido la paz con el triunfo completo de la autoridad nacional, y de que podré hacer la trasmisión del mando en la capital definitiva de la República.

Un instante después el carruaje se perdió entre las sombras de los arrabales.

Había llegado el momento supremo del conflicto.

---

### III

## La guerra

---

En la Chacarita—El coronel Campos—noche triste—El primer acuerdo—La batalla en Belgrano—El congreso—Reunión de tropas — El traje militar del presidente—Una espada ausente—La lucha armada—combate de los coroneles—La ciudad sitiada—Hechos de armas en Buenos Aires—último parte—La gran batalla del 15 de Febrero—Mitre—El reverso del 15 de Febrero

Con gran sorpresa recibió el coronel Campos la visita del presidente, pues no se había enviado aviso alguno al respecto.

—Coronel, el presidente de la República viene á pedirle á usted hospitalidad, le acompaña el doctor Avellaneda al bajar del carruaje.

—Señor, le contestó el coronel Campos, el presidente de la República no pide hospitalidad en ningún punto del territorio argentino, y mucho menos en un de los cuarteles del ejército nacional. Puede V. E. dar sus órdenes, pues aquí estamos todos para cumplirlas.

Después de estas nobles palabras el doctor Avellaneda se instaló en la Chacarita, y presidió desde allí la defensa de la autoridad nacional contra una de las más formidables revoluciones que pretendieron desconocerla.

Triste y llena de amargura fué para él la primera noche que pasó en ese sitio.

En medio del ruido, de las agitaciones y de la actividad febril de la ciudad, tal vez no se había dado hasta entonces completa cuenta del abismo á que se encaminaba la República; pero alejado del centro del movimiento, en el seno de la soledad, y rodeado por el aparato militar de un cuartel, tuvo desde luego por delante el problema pavoroso de la

guerra civil. ¿Cuáles serían su duración y su intensidad? Era difícil calcularlo; pero ni en ese ni en ningún otro momento de la campaña tuvo el doctor Avellaneda la más pequeña duda sobre el éxito definitivo, y sus anhelos y preocupaciones se limitaron por eso á tratar de llegar al desenlace con la menor suma posible de pérdidas y sacrificios.

En las primeras horas del día siguiente presentaron los ministros en la Chacarita, tuvo lugar un acuerdo de gobierno en el despacho del jefe del cuerpo.

Formaba un verdadero contraste la modestia del local con la importancia y la gravedad del asunto de que iba á tratarse; y sobre humilde mesa en que no se escribían sino documentos relativos al servicio del regimiento, se redactaron las piezas oficiales que señalaron el comienzo de la formidable lucha.

Se comprendió desde el primer instante que el presidente de la República no podía

guir desempeñando sus funciones en la capital, después de la actitud del gobierno de la provincia, que importaba una rebelión abiertamente declarada.

No obstante el alcance de esa conclusión, la única resolución que por el momento se tomó fué la de expedir un decreto señalando el pueblo de Belgrano como residencia provisional de las autoridades nacionales. Solo algunos días después, cuando el gobierno provincial confirmó sus propósitos revolucionarios, se dispuso considerar como rebeldes á los que obedeciesen sus órdenes, y se declaró intervenida y en estado de sitio la provincia de Buenos Aires, nombrándose interventor al general José M. Bustillo.

Al mismo tiempo que se expedía el decreto á que nos hemos referido, el presidente de la República dirigió á sus conciudadanos la siguiente proclama datada en la Chacarita:

“ El gobernador de Buenos Aires se ha al-

zado contra las leyes de la Nación y sus poderes públicos.

“Ayer ha desembarcado un armamento, apartando por la violencia á los empleados de la Nación, y conduciéndolo en seguida por las calles de la ciudad, en medio de batallones.

“Las leyes fiscales, las que fijan los lugares de desembarco, las que determinan las autoridades y procedimientos que deben intervenir en el acto, han sido violadas por una insurrección armada que el mismo gobernador dirige y mantiene aun de pié, reuniendo tropas, formando cuarteles, distribuyendo armas, y convirtiendo la pacífica y comercial ciudad de Buenos Aires en un vasto campamento.

“Obedeciendo al mismo sentimiento de prudencia que me indujo en otra ocasión á no emplear las fuerzas que la constitución ha puesto en mis manos para su defensa, me he ale-



jado de la ciudad de Buenos Aires, trayendo al mismo tiempo los soldados que se hallaban en su recinto.

“ He querido así evitar hasta el último momento que se produzcan conflictos sangrientos en las calles de la más populosa ciudad de la República, que no es, por cierto, culpable de estos excesos. Pero debo también evitar que la Nación y su gobierno desaparezcan por la desobediencia de sus leyes y por la rebelión manifiesta.

“ El gobernador de Buenos Aires ejecuta su programa de insurrección anunciada solemnemente ante la legislatura.

“ Cuando hablé últimamente ante el congreso, no quise profundizar la discordia con nuevas discusiones, y me reduje á oponerle una advertencia severa y prudente. Estas declaraciones subversivas, dije en aquel documento solemne, no se realizarán en los hechos mientras subsistan la Nación y su gobierno.

“ Ante la manifestación verdaderamente magestuosa del comercio de Buenos Aires en favor de la paz, pronuncié estas palabras: “No saldrá jamás de mis actos una agresión. No moveré ni una arma ni un hombre, sino para defender la Nación amenazada en su existencia, en sus poderes públicos ó en sus leyes.

“ Este caso supremo, traído por otros é impuesto por la violencia, ha llegado desgraciadamente.

“ Voy á mover los hombres y las armas de la Nación, á fin de hacer cumplir y respetar sus leyes, después de haber empleado pública y privadamente cuanto esfuerzo estuvo á mi alcance para pacificar los espíritus y contener á todos dentro de los lindes de la constitución, que no puede ser abiertamente violada sin que desaparezca la paz de los pueblos.

“ El pueblo de la provincia de Buenos Aires será, en su gran mayoría, el primero en reparar con su actitud fiel y patriota los agravios

que el gobierno de la Nación acaba de recibir. Así lo espero, y entretanto declaro que no volveré á la ciudad de Buenos Aires mientras permanezca de pié la insurrección armada que dirige el gobernador de la provincia.”

Esa actitud del doctor Avellaneda causó una gran sorpresa en el campo adversario, pues no se esperaba de él tal energía. Se confiaba en la debilidad que erróneamente se le atribuía, y se tuvo casi la seguridad de que acobardado ante la inminencia del peligro llegaría hasta intervenir en la lucha electoral, á fin de imponer á sus amigos una solución que satisficiera á sus adversarios. Lejos de confirmar esos juicios, el doctor Avellaneda se encerró firme y resuelto en su rol de presidente, y dejó que la cuestión presidencial siguiese libremente su camino.

Después del acuerdo celebrado los ministros volvieron á la ciudad, á fin de dictar las medidas necesarias para la ejecución del decreto

expedido; pero unos esa misma noche y otros al día siguiente, todos fueron á establecerse definitivamente en Belgrano.

Dos ó tres días después las reparticiones públicas funcionaban en la nueva residencia del gobierno, y los cuerpos del ejército abandonaron también la capital, para situarse unos en la Chacarita y otros en el mismo Belgrano.

Comunicado al congreso el acuerdo expedido, el senado se instaló inmediatamente donde ya lo estaba el poder ejecutivo; pero la cámara de diputados se dividió en dos minorías, una de las cuales se reunía en Belgrano, y la otra en Buenos Aires. Las dos se llamaban dirigiéndose recíprocamente invitaciones y conminaciones para formar quórum, sin que ninguna de ellas abandonara su punto respectivo de reunión.

Entonces la minoría de Belgrano, dándose cuenta de que la trascendencia de los sucesos iba á hacer necesario el funcionamiento de to-

das las ramas del gobierno en ese punto, declaró vacantes los cargos de los diputados que no habían acudido á su llamamiento; pero no fueron indispensables nuevas elecciones para la formación del quórum. Las actas aplazadas en las sesiones preparatorias para ser discutidas en las ordinarias, fueron tomadas en consideración y aprobadas, de manera que con la incorporación de sus nuevos miembros la cámara pudo constituirse con el número legal. En cuanto el congreso estuvo en condiciones de funcionar de acuerdo con las prácticas constitucionales, lo primero que hizo fué aprobar los decretos del poder ejecutivo sobre el cambio de la capital provisional, el estado de sitio y la intervención nacional en Buenos Aires.

Apenas se instaló el presidente en la Chacarita y tuvo lugar el acuerdo á que nos hemos referido, se comprendió que era necesario poner al gobierno en condiciones de poder dominar la situación por medio de las armas,

y se tomaron inmediatamente las medidas correspondientes.

El doctor Avellaneda se acordó entonces del consejo que le dió Sarmiento al trasmitirle el mando, y oprimió el botón milagroso del telégrafo llamando á los ciudadanos armados de que le había hablado el ex presidente.

De todas partes contestaron que estaban listos, y á los muy pocos días empezaron á llegar á la Chacarita algunas fuerzas del interior.

Se ordenó al mismo tiempo á los jefes de las lejanas fronteras que, dejando las guarniciones indispensables, se pusiesen en marcha con el resto de sus fuerzas en dirección á Belgrano, todo lo que fué inmediatamente ejecutado.

El coronel Levalle fué quien tuvo que hacer la cruzada más penosa, pues hallándose al sud de la provincia de Buenos Aires, se vió obligado á atravesar con escasas fuerzas una gran zona ocupada por el enemigo, pasando

por escabrosas peripecias, escapando á todo género de asechanzas y peligros, y sin saber con seguridad lo que sucedía en la capital, á causa de la falta de telégrafo en unas partes y de la interrupción de las líneas en otras.

Pero en pocos días más todas las divisiones de las fronteras llegaron sin novedad á Belgrano, donde las esperaban reunidas numerosas fuerzas que habían ya venido de distintas provincias.

El mismo presidente salía á recibir á algunos de los cuerpos que llegaban, visitaba los cuarteles, se ponía al habla con los jefes y oficiales, y se ocupaba con empeño de todo lo que se relacionaba con el ejército.

El doctor Pellegrini que, como ministro de la guerra dirigía la campaña, por su notoria discreción no quería usar galones y entorchados de un grado militar que solo tenía accidentalmente, pero no podía tampoco dejar de llevar algún distintivo, y optó por un término me-

dio. Se mandó hacer un traje azul oscuro saco con botones de metal, y una mezcla gorra y de kepí, algo como lo que usan los marinos. Esas prendas y su espada eran las únicas insignias guerreras con que se presentaba en público.

El doctor Avellaneda, que como presidente tenía un grado militar superior, no quiso menos, y encargó un traje igual.

¡Cuando se lo llevaron notó con desagrado que al saco le faltaba la abertura para la espada, que tenía el del doctor Pellegrini. Le llamó mayormente la atención sobre el incidente, ni quiso que se reparara tal deficiencia pero cada vez que se ponía esa pieza de modesto uniforme, no dejaba de dirigir una mirada melancólica al lugar que debía haber ocupado esa abertura ausente, por la cual habría podido mostrarse la empuñadura metálica de una espada que nunca existió.

Ese presidente que venció dos revoluciones



al frente de las cuales se hallaban viejos y aguerridos militares, y tuvo á sus órdenes el ejército más numeroso que haya figurado en nuestras guerras civiles, no necesitó de arma material alguna para imponer la autoridad que había recibido de la ley, lo que importaba un gran progreso en nuestros hábitos políticos y militares.

El presidente seguía viviendo en la Chacarita, y como la casa de gobierno estaba en Belgrano, iba la mayor parte de los días á su despacho, haciendo el corto viaje á caballo las mas de las veces.

Cuando se desocupaba temprano excursionaba por los alrededores, acompañado siempre por algunos jefes.

Una vez dirigía él la marcha, y entretenido en la conversación iba aproximándose demasiado á la ciudad. Algunos de sus acompañantes se lo hicieron notar diciéndole que sería peligroso ir más adelante; pero él no se

dió cuenta ó no hizo caso de la observación, y siguió su camino hasta que el coronel Donovan cruzando su caballo por delante, le dijo que dejarle continuar sería una gran responsabilidad para él y los demás jefes que le acompañaban, pues acababa de distinguir á cierta distancia un grupo numeroso de gente que por todas las apariencias debía pertenecer al ejército enemigo, y que si hubiera conocido la calidad de las personas que se aproximaban, habría podido dar un decisivo golpe de mano.

Ante una indicación tan ejecutiva, el presidente se sorprendió desagradablemente al principio, pero como saliendo de una abstracción profunda, tomó en seguida la dirección opuesta reanudando tranquilamente la conversación interrumpida.

Como la situación se hallaba ya completamente definida, había desaparecido todo motivo de dudas y perplejidad, y el doctor Ave-

llaneda se mostraba por todas partes sereno y comunicativo, desmintiendo con sus exterioridades y su conducta las apreciaciones que pretendían hacerle aparecer débil y vacilante. Tenía valor verdaderamente, pero esa cualidad se desenvolvía en él tranquilamente, sin estruendo ni aparato. El peligro material no le arredraba, y no se manifestaba temeroso é irresoluto sino cuando se trataba de las grandes responsabilidades morales que podía asumir ante la historia.

Le sucedía lo mismo con la energía. La poseía en alto grado, pero era una energía serena y reflexiva, esa verdadera energía que se afirma sobre la convicción profunda, que domina friamente las impaciencias y las impresiones del momento, y que no se desahoga en esos gritos impulsivos ni en esos movimientos espasmódicos que no suelen probar sino falta de cultura, ó que sirven para disfrazar una positiva debilidad.

Habían corrido apenas doce ó quince días desde la salida de las autoridades nacionales á Belgrano, y ya estaba el ejército en condiciones de dar comienzo á las operaciones de guerra.

No nos ocuparemos de los tristes y sangrientos detalles de la lucha armada, que no entran, por otra parte, dentro de los propósitos de estos apuntes, y sólo los mencionaremos cuando sea necesario para el objeto que nos proponemos.

Las fuerzas nacionales ocuparon algunos puntos de la provincia á fin de impedir las reuniones de hombres y elementos de guerra que estaba haciendo en ellos el gobierno revolucionario, y el primer encuentro serio de los adversarios se realizó en Olivera, donde tuvo lugar la batalla de los coroneles, como la llamaba el doctor Avellaneda, por ser ese el grado que tenían todos los jefes superiores que intervinieron en ella.

Después de ese hecho de armas, las tropas de Buenos Aires se vieron obligadas á encerrarse en la ciudad, rodeándola de trincheras; y las fuerzas de la Nación la sitiaron por agua y por tierra, dejándola completamente incomunicada.

Produjéronse entonces los sangrientos combates que se dieron en diversos puntos de los arrabales, y entre los que figuraron principalmente los de Puente Alsina y Los Corrales, habiendo algunos cuerpos del ejército llegado hasta las proximidades de la Plaza Constitución. El parte del último hecho de armas estaba datado por el coronel Levalle, con esa arrogancia que le era tan peculiar, en las trincheras del enemigo.

Llegados los sucesos á este punto, se vió que la causa del gobierno de Buenos Aires estaba perdida.

La ciudad habría podido sostenerse indubitablemente algún tiempo más, prolongando

así la guerra civil con su cortejo de agravios y desastres, pero ya nada ni nadie habría alcanzado á impedir el triunfo definitivo del gobierno de la Nación.

Los defensores de la plaza, que ignoraban lo que pasaba fuera, y solo veían su propio ardimiento y su crecido número, no podían darse cuenta de la realidad de las cosas. No estaban en el mismo caso los que llevaban la dirección y la responsabilidad de la campaña, quienes tuvieron sobrados motivos para conocer la verdad de la situación.

Entonces el gobernador doctor Tejedor tomó una suprema resolución.

Llamó al general Mitre, que hasta ese momento no había tenido una parte activa y ostensible en los sucesos, y le ofreció el mandado en jefe de las fuerzas revolucionarias.

Para aceptarlo puso el general Mitre una condición que llenó de estupor á los que dirigían la defensa de la plaza, pero con la que

desde el primer momento se mostró conforme el doctor Tejedor, que había tenido ya, según parece, el mismo propósito.

Puestos de acuerdo el gobernador y el general, éste vistió su uniforme militar, se ciñó al cinto la espada que había brillado en campañas históricas dentro y fuera del país, y fué á buscar al presidente de la República en Belgrano para ofrecerle la paz.

La historia le tendrá en cuenta esa noble y grande acción con la que tan poderosamente contribuyó á contener el torrente de sangre argentina que empezaba á derramarse, y á cerrar el abismo que más tarde habría impedido ó retardado seguramente la consolidación de la unión nacional.

Para proceder de esa manera debió tener más valor que el que necesitó en los mismos campos de batalla en que peligró su vida. Si otra persona cualquiera hubiera asumido esa actitud, habría provocado indudablemente un

estallido de indignación, pero la palabra de ese ilustre patriota fué, como siempre, atendida y respetada.

Munido de una carta del gobernador de la provincia de Buenos Aires, el general Mitre se presentó en Belgrano, y tuvo su primera conferencia con los ministros del presidente.

Las proposiciones que presentó eran indudablemente aceptables en general, y desde el primer momento se creyó la paz asegurada.

—Esto es lo que yo esperaba, dijo el doctor Avellaneda al conocer la noticia. Ahora podré contestar sin reservas á los que criticaban mi debilidad. Este es el reverso del 15 de Febrero.

Los sucesos entraban en una nueva y última evolución.

---



## VI

### La paz

---

Negociaciones—Timoratos y exaltados—Una nueva lucha—Dificultades vencidas—Las bases de la pacificación—Retiro del doctor Tejedor á la vida privada—Su reemplazo por el doctor José M. Moreno — Una Sanción sensacional sobre la legislatura—Renuncia del presidente de la República—Veto del poder ejecutivo é insistencia del congreso —Ejecución de la ley—La intervención nacional en el gobierno de la provincia—Designación de la capital definitiva de la Nación—Regreso de las autoridades nacionales á la ciudad de Buenos Aires—Proclamación del nuevo presidente—Trasmisión del mando — Un honroso inventario — Muerte de Avellaneda.

Con las negociaciones de paz que continuaron tratándose directamente entre el general

Mitre y los ministros, y en algunas de las cuales intervino el mismo presidente de la República, cambió el aspecto de las cosas en Belgrano y Buenos Aires, y empezó otro género de lucha entre los mismos amigos de una y otra parte.

Los ánimos de los combatientes de la ciudad continuaban exaltados, y muy grandes debieron ser los esfuerzos del general Mitre para serenar ese mar embravecido, y para hacer abandonar sus armas á las manos que las empuñaron con decisión y fanatismo.

Pero su prestigio y su autoridad se impusieron sobre todo, habiendo sido eficazmente acompañado en la tarea por el doctor Tejedor, que tomó la resolución irrevocable de retirarse á la vida privada.

El doctor Avellaneda tocó también con muchas dificultades para rodear de alguna popularidad los convenios proyectados.

Entre los funcionarios y amigos que rodea-

ron en Belgrano al gobierno nacional, había muchos exaltados que querían que todo se llevara á sangre y fuego, no faltando ciertos timoratos que veían con terror la guerra civil, y que eran partidarios de cualquier clase de arreglos á fin de evitar la lucha.

Cuando se hizo evidente la superioridad de las armas de la Nación, y los adversarios propusieron la paz, habiéndose con ese motivo suspendido las hostilidades, algunos de los prudentes se embravecieron é hicieron causa común con los exaltados, formando así un grupo que no quería dejar nada en pie en la administración de la provincia de Buenos Aires, y cuya opinión era contraria á todo arreglo que no fuese una entrega absoluta y sin condiciones de los sitiados.

El doctor Avellaneda, por el contrario, solo se proponía dejar la paz sólidamente asegurada, salvar el decoro de la Nación, y tener un camino abierto á la solución más conve-

niente de la cuestión capital, sin que entrara en su programa la humillación de los vencidos, tanto porque eso no cuadraba á sus tendencias y sentimientos, cuanto porque no quería dejar vivos odios y rencores que pudieran impedir las reconciliaciones futuras, y servir de escollo á la consolidación definitiva de la unión nacional.

Tuvo, pues, que sostener una lucha empeñosa con esa parte bravía de la opinión, que cuando conoció los detalles de la negociación pendiente, llegó hasta insinuar la idea de someter á un juicio político al presidente de la República, porque iba á dejar en pie todos los elementos de la revolución con excepción del gobernador doctor Tejedor. Pero, como era de suponerse, no encontró acogida semejante propósito.

No obstante que el pacto que se tramitaba era de exclusivo resorte del presidente en su carácter de general en jefe del ejército, el doc-

tor Avellaneda no tuvo inconveniente en dar al respecto los informes que le pidió el senado nacional en carácter reservado, y empleó todos los medios conocidos de la persuasión, á fin de llevar su propia convicción al espíritu de los demás, á cuyo efecto tuvo varias conferencias con miembros del congreso y con otras personalidades de la situación.

Sus trabajos alcanzaron por fin un éxito feliz, aunque no faltaron algunas opiniones aisladas que quedaron manteniendo sus protestas contra lo que ellas consideraban como una cobardía del gobierno, y como un oprobio para la Nación.

En las últimas conferencias tomó también parte el vice gobernador de la provincia, doctor José M. Moreno, y la paz quedó definitivamente convenida bajo las bases siguientes:

El doctor Tejedor abandonaría el gobierno de la provincia y sería reemplazado por el vicegobernador, que reconocería sin limitaciones las autoridades de la Nación.

Las tropas de Buenos Aires se disolverían, y sus armas serían depositadas en el parque nacional, no quedando otras fuerzas en servicio que las ordinarias de la policía y del batallón guardia de cárceles.

El presidente de la República se abstendría por su parte de todo proceso civil ó militar, y respetaría las demás autoridades existentes de la provincia.

Esas fueron las únicas cláusulas del convenio, y debemos asegurar que no existieron pactos ni tratados escritos, como se ha afirmado con generalidad. Todo no pasó de conversaciones, de manera que los arreglos hechos no tuvieron más garantía que la palabra de los que en ellos intervinieron.

La renuncia del doctor Tejedor fué presentada y aceptada, y el ex gobernador se retiró con silenciosa altivez á la vida privada, absteniéndose de toda ingerencia en la política.

En otro lugar nos ocuparemos con más de-

tenimiento de su alta personalidad, habiéndonos limitado en las presentes líneas á la actuación que tuvo en los sucesos del año ochenta.

El vicegobernador, doctor Moreno, se puso al frente del poder ejecutivo de la provincia, y así se lo hizo saber al presidente de la República en una nota que le fué contestada por el ministro del interior.

He aquí esas dos comunicaciones que son los únicos documentos oficiales que existen sobre las condiciones de la pacificación:

“Buenos Aires, Junio 30 de 1880—Señor presidente: Habiendo sido aceptada la renuncia del cargo de gobernador de la provincia elevada por el doctor Carlos Tejedor, me he recibido del mando en el día de la fecha.

Con este motivo vengo á manifestar al señor presidente, que la provincia de Buenos Aires y su gobierno prestan pleno acatamiento á los poderes públicos de la Nación.

En este concepto, va á procederse immedia-

tamente al desarme de las fuerzas de la guarnición, y á la entrega de las armas, á fin de que sean estas depositadas.

El batallón guardia de cárceles solo tendrá el número de su primera formación, y se suprimirá la organización militar de la policía.

Removidas así las causas que nos han conducido á la situación actual, espero que el señor presidente tomará las resoluciones que sirvan para radicar la paz momentáneamente perturbada.

Saludo al señor presidente con mi más distinguida consideración.—José M. Moreno.”

“Belgrano, Julio 1° de 1880.—Señor gobernador: Impuesto el señor presidente de las seguridades que contiene la nota de V. E., me encarga manifestarle que las acepta plenamente, confiado en su sinceridad y en el patriotismo con que V. E. las consigna.

El señor presidente me autoriza además, para decir á V. E. que puede anunciar que



no promoverá ningún proceso político ni militar, con el objeto de propender de esa manera á la pacificación de los espíritus.

Aprovecho esta ocasión para saludar á V. E. con mi mas distinguida consideración. — Benjamin Zorrilla.”

Después de producidos esos hechos, se restableció completamente la libre comunicación entre Belgrano y Buenos Aires, y el mismo presidente de la República fué algunas veces á esa última ciudad, sin aparato ni ostentación de ninguna clase.

Muchos funcionarios públicos volvieron á su antigua residencia, pero el congreso y las oficinas de la administración siguieron funcionando en ese pintoresco pueblo de los alrededores de la capital, que sirvió de centro al movimiento político y militar en una de las más difíciles situaciones por que ha atravesado la Nación.

Las cosas se encaminaban ya tranquilamen-

te á su desenlace definitivo, cuando tuvo lugar un suceso inesperado que debía producir trascendentales consecuencias.

Un día se presentó en el senado por algunos de sus miembros, un proyecto de ley ordenando que por la intervención nacional hiciera cesar en sus funciones á la legislatura de la provincia de Buenos Aires. Tratado sobre tablas, fué aprobado en la misma sesión, habiendo votado afirmativamente los senadores por esa provincia, doctores Rocha del Valle, y sin otra oposición en la discusión que la del senador por Córdoba, doctor Lu Vélez.

Comunicado inmediatamente á la cámara de diputados, ésta lo trató también sobre tablas, y, como el senado, lo sancionó en una sola sesión.

Siguiendo el curso reglamentario, fué pasado en seguida para su promulgación al poder ejecutivo, y el doctor Avellaneda, p

toda contestación, envió al congreso su renuncia del cargo de presidente de la República.

El documento era muy lacónico y no expresaba la causa de tan seria resolución, pero todos la atribuyeron á la ley recientemente sancionada.

Tomada en consideración la renuncia por el congreso reunido en asamblea, no fué aceptada, no habiendo habido por la afirmativa sino dos votos: los de los senadores Vélez y Baibiene.

Terminada la sesión, todos los congresales que votaron por la negativa fueron personalmente á la casa del presidente para comunicarle el resultado, empeñándose con él á fin de que no insistiera en su renuncia, pedido al que accedió el doctor Avellaneda, en vista de las perturbaciones á que hubiera podido dar lugar la persistencia en su primitiva resolución. Pero, para salvar su responsabilidad, vetó la ley que había ocasionado el conflicto.

En la comunicación correspondiente manifestaba el presidente su fundada y desagradable sorpresa por la rapidez con que había sido tramitada la ley á que oponía su veto, y en cuya discusión no se había dado participación alguna al poder ejecutivo, que tenía bajo su dirección inmediata la intervención nacional en la provincia de Buenos Aires, y que no era un ejecutor ciego de las leyes sino también un colaborador en su sanción.

Agregaba, además, que cuando como comandante en jefe del ejército recibió la sumisión de las fuerzas revolucionarias, dejó establecido que permanecerían en sus puestos los poderes públicos que no hubieran sido removidos, y que en ese caso se encontraba la legislatura, cuyos actos anteriores quedaban así cubiertos por un velo de indemnidad.

El mensaje terminaba diciendo que si bien los procedimientos de ese cuerpo legislativo no habían correspondido á la expectativa de la

Nación y de la provincia misma, era una obligación de honor para el poder ejecutivo representar en esa ocasión ante el congreso las declaraciones que fueron hechas en momentos solemnes para la paz de la República.

El veto fué tratado en ambas cámaras con gran acopio de argumentos, de los cuales mencionaremos los principales.

Se dijo ante todo que el presidente, como comandante en jefe del ejército, solo había podido celebrar pactos sobre los actos de guerra, pero que en ese carácter carecía de la facultad de reconocer ó desconocer por su sola autoridad y en presencia del congreso, los poderes públicos de una provincia que se hallaba intervenida en virtud de una ley de la Nación.

Se afirmó en seguida que aunque hubiera existido un convenio perfectamente concluído en todas sus faces, las autoridades de la provincia de Buenos Aires habían sido las primeras en violarlo, puesto que se había hecho del

desarme una comedia ridícula, y la legislatura mantenía, además, su actitud revolucionaria, desconociendo y trabando la acción de la intervención, y autorizando créditos para pagar gastos de la revolución, en una forma depresiva para la autoridad nacional.

Se agregó por fin, que los grandes sacrificios de la Nación serían inútiles y quedarían burlados, si se mantenía con todo su poder en frente de ella al cuerpo legislativo que había votado millones para combatirla, y que con su conducta posterior, representaba una amenaza constante para la paz de la República.

La insistencia tuvo igual número de votos que la sanción primitiva, y la ley fué ejecutada.

La legislatura intentó reunirse á pesar de todo, pero un batallón de línea ocupó el local de las sesiones é impidió la realización de ese propósito.

La actitud de oposición y resistencia pasivas continuaba en el partido revolucionario de

Buenos Aires, pero los entusiasmos callejeros habían ya desaparecido. Los diarios de la época hicieron notar que el día en que la legislatura fué militarmente ocupada, no había doscientas personas en la calle donde está situado el edificio.

Muy disgustado se mostró el vicegobernador de la provincia con lo que acababa de pasar, pero por el momento no salió de una silenciosa expectativa, á la espera de los sucesos que debían desarrollarse.

Como el gobierno de la provincia no había tomado hasta entonces disposición alguna á fin de que fueran llenados los cargos de diputados al congreso que existían vacantes, y hallándose autorizada la intervención nacional, por la ley relativa á la legislatura, para proceder á la reorganización de ésta, el interventor expidió los decretos correspondientes convocando al pueblo para las dos elecciones.

Apenas fueron conocidos esos documentos,

el vicegobernador, doctor Moreno, creyó ver deprimida su autoridad, y abandonó el gobierno dando un manifiesto en el que explicaba los fundamentos de su conducta.

El interventor asumió entonces plenamente el poder ejecutivo de la provincia, y lo desempeñó hasta el momento en que fué instalada la nueva legislatura.

Entretanto había sido presentado al congreso el proyecto de la ley magna con que el doctor Avellaneda quería finalizar su administración, la ley relativa á la capital definitiva de la República.

El proyecto fué sancionado en ambas cámaras, despues de varios y nutridos discursos, en los que se consideró la importantísima cuestión bajo todas sus fases.

Quedó designada como capital permanente de la Nación la ciudad de Buenos Aires, fijándose un término prudencial para que la legislatura de la provincia expresase su consentimiento.



Y como no se quería que en caso alguno quedase sin ser definitivamente resuelto asunto tan trascendental, se sancionó al mismo tiempo otra ley disponiendo que si hasta el 30 de Noviembre no hubiese sido otorgado ese consentimiento, el poder ejecutivo convocase una convención nacional á objeto de reformar el artículo tercero de la Constitución, designando en él la capital permanente de la República, y suprimiendo la condición de la conformidad de la provincia en cuyo territorio estuviese el punto fijado.

Con esas dos leyes quedaba asegurada la designación definitiva de la capital de la Nación.

No habiendo ya objeto en que las autoridades nacionales continuasen en Belgrano, se dejó sin efecto la resolución que así lo establecía, y se dispuso que el gobierno tuviese su asiento provisional en la ciudad de Buenos Aires, hasta el momento en que se diera ejecución á alguna de las dos leyes sancionadas.

El cumplimiento de esa última sanción dió también lugar á algunas dificultades, pues un grupo de miembros del congreso y de ciudadanos de expectable posición política, se empeñaba porque el regreso de las autoridades á la ciudad mencionada se realizara en un acto teatral y aparatoso. Pero el doctor Avellaneda se opuso con energía á la ejecución de ese pensamiento, persistiendo en su propósito de no lastimar el amor propio de los vencidos, y de hacer todo lo posible por borrar las huellas del doloroso episodio que acababa de pasar.

La traslación se verificó, pues, sencillamente y sin ruido ni ostentación de ninguna clase. El presidente se presentó en la vieja casa de gobierno como si la asistencia á su despacho no hubiese sufrido interrupción alguna. Lo mismo sucedió con el congreso y con las demás reparticiones públicas.

Mientras tanto, había tenido lugar en Buenos Aires la elección de diputados al congre-

so para llenar las vacantes ocurridas con motivo de la salida á Belgrano, de manera que la representación íntegra de esa provincia pudo tomar parte en el escrutinio de la elección presidencial que se realizó á principios de Octubre, y después del cual el general Roca fué proclamado presidente de la República por el nuevo período constitucional.

También se practicaron las elecciones de miembros de la legislatura de la provincia, y aunque ese cuerpo no hizo la cesión de la ciudad de Buenos Aires para capital de la República sino en el mes de Noviembre, la solución esperada pudo considerarse como segura desde el primer momento.

El doctor Avellaneda vió así satisfecha una de sus más grandes aspiraciones, y el 12 de Octubre hizo la trasmisión del mando á su sucesor, en la ciudad que algunos días después iba á ser la capital permanente y propia de la Nación.

El inventario de su administración que pudo hacer en ese momento solemne de su vida, debió ser honroso y satisfactorio para él.

En medio de una difícilísima situación política y financiera, se dió un poderoso impulso al progreso moral y material del país, y se mantuvo en toda su integridad el crédito nacional; fué resuelta la cuestión secular de las fronteras interiores, con lo que desapareció un peligro permanente, y se acrecentó la fortuna pública con extensos y ricos territorios; después de dos grandes convulsiones en que la exaltación de los partidos llegó á los mayores extremos, la paz fué completamente asegurada, y quedó establecido que ya nadie ni nada podía prevalecer sobre la autoridad de la Nación; la vieja capital histórica y tradicional de los argentinos recibió su consagración definitiva como capital permanente de la República; y como consecuencia de esos grandes hechos, por todas partes clareaban risueños horizontes

que prometían días prósperos y tranquilos para el porvenir; pero el presidente bajo cuya administración se realizaron esas conquistas, salió de la casa de gobierno herido de muerte.

Esoa seis años durante los cuales tuvo á su frente enemigos de todo género, desde los que le combatían con la injuria y la calumnia hasta los que esgrimían las armas de la guerra en los campos de batalla; sus anhelos patrióticos de buen gobierno, perturbados casi siempre por las penurias del tesoro ó los extravíos de las pasiones políticas; los diversos y angustiosos períodos de agitación febril que atravesó con la constante amenaza de ver disolverse la nacionalidad argentina en la anarquía, ó ahogarse entre torrentes de sangre de hermanos; la ingratitud y la inconsecuencia con que se recompensó á menudo las mejores acciones que llevó á cabo en bien de los otros; sus inquietudes, sus decepciones, sus cavilaciones sombrías, todo eso abatió profundamente su

espíritu, y destruyó las fuerzas de su resistente naturaleza.

Poco tiempo después de haber abandonado las tareas oñciales sintió los primeros síntomas de la enfermedad que le llevó á la tumba, y aunque pudo prestar todavía nuevos servicios á su país en cargos tan importantes como el de senador al congreso y rector de la universidad de Buenos Aires, todos veían ya en su frente los signos inexplicables pero seguros de un próximo fin.

Estaba en la edad en que las facultades del espíritu adquieren su mayor desarrollo, y con sus grandes condiciones acrecentadas con la experiencia, habría podido mantenerse aún durante muchos años en la cumbre, pero la suerte lo dispuso de otro modo, y el término de su presidencia debió ser seguido pronto por el término de su vida.

Como un último recurso le aconsejaron sus médicos un viaje á Europa. Allí se agravaron

sus males, y apresuró su regreso para poder pasar sus últimos días en el seno de la patria. Su propósito no pudo cumplirse, pues poco antes de llegar á su destino murió á bordo del buque que le conducía, rodeado de su dignísima esposa y sus hijos que le acompañaban.

Y algunos días después, esos mismos soldados que poco tiempo antes le ofrecieron en la Chacarita el concurso de su brazo para sostener su autoridad, y le presentaron más tarde sus armas victoriosas, acompañaron tristemente su atúd hasta el sitio de su último reposo, al compás de las marchas fúnebres militares, y en medio de los más altos honores que se pueden tributar á un muerto ilustre.

Su cadáver fué depositado en el sepulcro de su heroico padre, á la espera del monumento nacional que ha de guardar los restos de ese conspicuo representante del pensamiento argentino, de ese eminente estadista que logró ligar su nombre á los más grandes progre-

·  
sos de su época, de ese delicado hombre de letras que, elegido para presidir el gobierno de su país, ahogó dos poderosas revoluciones, y alcanzó á dominar las más violentas tempestades con los esfuerzos de su inteligencia superior.

---



# LA POPULARIDAD DE SARMIENTO

---

## Su muerte.—La apoteosis

---

La vida de Sarmiento — Sus sesenta años de servicios públicos—Por qué no fué popular —Una sesión memorable en el senado—Manifestación hostil—Energía indomable—Discurso sensacional—Un acto de desagravio—Enfermedad del patricio—Su viaje al Paraguay—Su fallecimiento—El regreso á la patria—Honores fúnebres—La gloria.

Sarmiento murió después de cumplir setenta y siete años, y desde que tuvo quince empezó á servir á su patria, enseñando en una escuela pública de la campaña de San Luis, allí mismo donde en estos momentos levanta la Na-

ción un suntuoso establecimiento de educación, destinado á conmemorar por siempre el principio de esa existencia tan fecunda y tan gloriosa.

Cuando se comienza la vida en esas condiciones, se puede tener la seguridad de ir muy lejos, como ha sucedido con Sarmiento, que ha sido entre nosotros cuanto puede ser un hombre público, habiendo salvado su nombre las fronteras del país para llenar toda la América.

Dejando huellas profundas de su acción, ha pasado por los ministerios, por el congreso, por la instrucción pública, por la diplomacia, por la prensa, por el destierro, por los campos de batalla, por la presidencia de la República, por donde quiera que un ciudadano puede ser útil á su patria, y ofrecerle un testimonio de su amor.

Y no sólo en los puestos públicos desarrolló su labor. En el poder ó fuera de él fué un

propagandista incansable, una especie de genio tutelar, que vivió señalando á sus compatriotas el camino del porvenir, y preparándolos de la mejor manera posible para que lo recorrieran dignamente.

Y, sin embargo, Sarmiento no fué popular en la acepción que se da generalmente á esta palabra.

Todos reconocían su valer y su importancia, y donde quiera que estuviese, su presencia suscitaba, por lo menos, el sentimiento de la curiosidad. Cuando pasaba por la calle con la manos cruzadas á la espalda, é inclinando lentamente su poderosa cabeza de un lado al otro, como si la fermentación de las ideas la tuviese en constante movimiento, las personas que le encontraban á su paso se detenían en frente de él, ó se volvían para contemplarle. Y si era apercebido entre la muchedumbre, las gentes le señalaban con el dedo, como si fuera el centro de la atención general.

Pero si bien jamás pasaba desapercibido para nadie, no suscitaba esas manifestaciones usuales de lo que se llama la popularidad.

Y era natural que así sucediese, pues no tenía, ni en el fondo ni en la forma, las condiciones que atraen y subyugan á las multitudes.

Como esos raros precursores que traen consigo el programa de una época nueva, Sarmiento había nacido, indudablemente, adelantado á su tiempo, y desde que pudo dar expresión á su voluntad y á sus ideas, se empeñó con febril precipitación en hacer avanzar á su país para que ocupara el lugar que ya tenía en los dominios de su pensamiento.

Fué así un revolucionario en el campo de las ideas, un reformista, un verdadero civilizador, y pasó su vida corrigiendo, demoliendo, reconstruyendo, enseñando y combatiendo, con lo cual debió herir, naturalmente, hábitos, intereses y preocupaciones de todo género.

En el ejercicio de esa misión, no tuvo miramientos ni contemplaciones, ni mucho menos adulaciones con nada ni con nadie. Las más de las veces su acción fué brusca y su palabra imperiosa. Cuando tenía algo que condenar ó que combatir, su brazo no se detenía ante peligro alguno, y el reproche salía áspero y crudo de sus labios, ya sea que fuese dirigido á un hombre, á un grupo, á un partido ó á un pueblo entero.

Así se explican las tempestades que levantó á su paso, como también la mala voluntad y hasta el odio de que frecuentemente se le hizo objeto.

Cuando estuvo en el gobierno, tampoco supo buscar prosélitos con las munificencias del poder. Los favores oficiales jamás pasaron por sus manos en forma de dádivas ó recompensas para pagar servicios políticos ó electorales. Nunca dispuso de un puesto público ni de un peso del tesoro en forma alguna que tuviera

atigencia directa ó indirecta con su interés propio, ni que sirviera para retribuir atenciones ó consideraciones personales que con él hubieran tenido. Y cuando se trató de cargos electorales, no hubo ejemplo de que hubiera puesto la influencia oficial al servicio de candidatura alguna.

Si bien ese modo de proceder daba una prueba de su alta probidad y del elevado concepto que le merecían el gobierno y la política, no era seguramente el camino más apropiado para procurarse amistades y simpatías.

Debemos agregar que él tampoco buscaba ni trataba de conquistar la ruidosa popularidad de la calle pública. Seguro de su renombre en la historia y del juicio de la posteridad, poco le preocupaban los halagos populares del momento presente, pues sabía muy bien que él era uno de esos hombres de quienes dice Saint Beuve que se agrandan á la distancia y se im-

nonen desde lejos. Y si trataba de rodear de cierto aparato el ejercicio del poder, era por su empeño de levantar materialmente á los ojos de las muchedumbres el prestigio de la autoridad nacional, pero jamás por satisfacer pueriles vanidades que muchos le atribuían, y que estaban muy abajo de su posición y de sus gustos.

Entre las muchas pruebas que tenemos para justificar nuestras afirmaciones á este respecto, elegimos una sola que vale por todas.

En 1875 se discutía en el senado una generosa y amplia ley de amnistía, para todos los delitos políticos y militares. Sarmiento, que era senador, no se opuso á ella, pero trató de hacerle una ampliación comprendiendo entre los hechos amnistiados, las irregularidades que hubieran podido cometer los agentes de la Nación al cumplir las órdenes que hubiesen recibido á fin de reprimir los actos de sedición.

Esa ampliación era puramente nominal,

porque no había juicios pendientes ni siquiera acusaciones ó rumores al respecto, pero Sarmiento quería salvar con ella un principio, y ser consecuente con sus propias ideas.—¿Por qué no cuidaríamos, decía, de los que obraron bajo la persuasión de que llenaban deberes legales, cuando tanto nos afanamos por tranquilizar á los que á sabiendas faltaron á los suyos?

El agregado fué vivamente combatido por algunos senadores de la oposición, y especialmente por las manifestaciones de la barra, que inclina por lo general sus simpatías hacia los delincuentes y en contra de los defensores del orden.

Se puso con tal motivo en tela de juicio la administración de Sarmiento y su actuación anterior en nuestras guerras civiles, y se le formó un verdadero proceso en el que el ilustre senador se defendió hábilmente con gran acopio de hechos y de doctrina, contestando



como él sabía hacerlo los cargos y los denuestos que se le dirigían.

La sesión fué agitadísima, y la exaltación llegó al punto de que la barra, en la que desgraciadamente figuraban algunos jóvenes, preparó en la calle una manifestación hostil contra Sarmiento.

Algunos amigos le hicieron conocer el indigno propósito, indicándole la conveniencia de que se demorara en el recinto de la cámara, pero él no quiso seguir ese consejo tan opuesto á sus hábitos y antecedentes.

Entonces, uno de los senadores de la oposición, que más aplaudidos habían sido por la barra, le ofreció su brazo para acompañarle á la salida.—Le agradezco su protección, pero no la acepto—dijo Sarmiento—porque si ese populacho me vé con usted, va á creer que va usted á presentarle una especie de *ecce homo* perdonado ó favorecido.

Y salió solo, sin querer subir á los carrua-

jes que algunos le ofrecían.—Insulten estas honradas canas—dijo cuando se enfrentó con el grupo hostil,—y siguió su camino entre gritos y rechiflas, con la frente erguida, la mirada altiva y una actitud despreciativa, sin dar la más pequeña muestra de temor ó debilidad. Amigos, indiferentes y ofensores, todos se quedaron admirando la entereza de ese anciano tan valeroso, tan enérgico y tan firme en el cumplimiento de su deber, cualesquiera que fueran las consecuencias que él le trajera.

En la sesión siguiente puso el hecho en conocimiento de la cámara, no porque le hubiesen mortificado torpes manifestaciones sobre las que estaba muy arriba, sino porque no debía dejar de tomarse alguna medida para garantizar la independencia y la libertad de los miembros del congreso.

Hizo con tal motivo un soberbio discurso, que ocupó una gran parte de la sesión, y en el que la corrección de la forma se resintió un

poco á causa del calor de la improvisación, de la fuerza de los conceptos y de la indignación de que estaba poseído el orador.

He aquí algo de lo que dijo:

“Lo que me aflige, sobre todo, señor presidente, es ver jóvenes que están estudiando, jóvenes de quince y veinte años, que tienen el coraje de esperar á un senador á la salida del congreso, para hacerle pasar como por una carrera de baqueta; jóvenes que me interrumpían el paso y que puestos en mi presencia me hacían el saludo de un silbo, una risotada ó una burla. Y yo pregunto, señor presidente, ¿en qué país estamos? ¿á qué tiempo hemos llegado? Ya he dicho otras veces que esto no es más que la depravación en que vive la juventud, el resultado de ideas perversas que se mantienen entre nosotros, ideas que hacen creer que el republicanismo, la independencia y la democracia consisten en pisotear las instituciones por medio de los hombres que las representan.

“ Si las voces de reprobación, si los gritos que se dan, si la fuerza del número que pesa sobre mí principalmente, son medios de coacción para hacerme pensar como desean los que piensan en contra de mis ideas, yo diré á los que tengan la posibilidad de hablar con esos jóvenes, que no conocen la historia. Yo soy don yo, como dicen; pero este don yo ha peleado á brazo partido veinte años con don Juan Manuel Rosas, hasta que le ha puesto bajo sus plantas, y ha podido contener en sus desórdenes á los representantes del despotismo y la barbarie, luchando con ellos y dominándolos al fin. Todos los caudillos llevan mi marca; y no son los chiquillos de hoy día los que me han de vencer, viejo como soy, aunque dentro de muy pocos años la naturaleza hará su oficio. . .

“ Necesito, pues, señor presidente, que arribemos á curar esta enfermedad radicalmente. Algo ha de haver valido mi sermón para ha-

cer comprender que no es la cosa tan sencilla, ni tan honrada, ni tan republicana. No es cierto que sean republicanos los hombres que han silbado en la barra á sus representantes, á sus mayores, á hombres que valen, yo puedo decirlo por mí (don yo siempre por delante), mucho más que todos ellos.

“ He querido, señor presidente, que la barra me oiga una vez y vea toda la libertad de que soy capaz. Y es una vergüenza para el país, que traten de encadenar, de humillar y de vejar este espíritu que ha vivido sesenta años, duro ante todas las dificultades de la vida, luchando contra la tiranía, sufriendo la pobreza y soportando las aflicciones por que puede pasar un hombre que no sabía en la escuela sino leer, y que desde entonces viene abriéndose camino con el trabajo, la honradez y el coraje de combatir todo lo malo y de desafiar todas las adversidades.

“ Hablo así para que vean que es inútil

silbarme ó aplaudirme. De los aplausos hago poco caso porque no soy de ellos meritorio, y quisiera hablar con las personas que me aplauden á ver si saben y entienden qué es lo que aplauden; y con los silbidos me sucede lo mismo: son para mí como si no existieran.

“ Hay una frase, con la que tanto se me ha hecho burla, de que tengo una coraza; repito ahora que la tengo, invulnerable y dura; nadie ni nada podrán con ella.”

Sea por lo bueno del discurso, ó porque la composición de la barra hubiese cambiado, ó porque los mismos concurrentes á la sesión anterior se hubiesen penetrado de su sinrazón, el orador fué esa vez muy aplaudido, y se le preparó en la calle una manifestación de desagravio.

Como por su soñadera no pudiese darse cuenta de esos detalles, algunos de sus cólegas se los transmitieron, invitándole á presentarse an-

te el público reunido; pero él, que no había vacilado en afrontar las injurias, se esquivó ante las aclamaciones.—No me hagan ustedes popular—les dijo á sus amigos,—y tomó el primer carruaje de plaza que pasó por allí para dirigirse á su casa.

Ese era el caso que hacía Sarmiento de los aplausos y los silbidos, y ese era el concepto que tenía de la popularidad callejera.

Hasta muy poco tiempo antes de su muerte se ocupó de los intereses públicos, ya fuese en la prensa, ó en el desempeño de comisiones que nunca le faltaban, ó en otras cosas de su propia iniciativa, siempre tan fecunda cuando se trataba de servir á su país.

Su energía y su vehemencia eran las mismas, é idénticas las protestas y resistencias de las preocupaciones é intereses que se consideraban heridos por su propaganda ó por su acción. Pero en cuanto se supo que estaba verdaderamente enfermo, y que su corazón, que

tanto había latido, empezaba á ofrecer síntomas alarmantes de debilidad y de cansancio, las asperezas de sus adversarios se suavizaron, y hubo una especie de enternecimiento general hacia su persona.

Cuando, obligado por sus médicos, hizo su último viaje al Paraguay, todos comprendieron que su gran cabeza se inclinaba ya rápidamente hacia el ocaso inevitable, y buscaban ansiosos noticias suyas en los diarios.

Llegó por fin el momento fatal, y aquel espíritu selecto y poderoso abandonó la férrea armadura dentro de la cual había llenado tan cumplidamente su misión sobre la tierra.

Sarmiento, que jamás podía estar inactivo, falleció pocas horas después de haber estado escribiendo algunas páginas sobre materias útiles al suelo hospitalario en el que se apagó el último soplo de su vida.

El telégrafo lanzó á todos los vientos la triste noticia, y se vió entonces una cosa sor-



prendente. La popularidad que le había faltado en vida á ese hombre extraordinario, estalló soberbia y unánime en el instante de su muerte.

Su patria, en la que tuvo tantos adversarios y opositores que hasta llegaron á vilipendiar su nombre, experimentó una especie de conmoción eléctrica, algo como si un resorte de su propio organismo se hubiera roto.

Aquel hombre que durante más de sesenta años había hecho de ella el principal culto de su vida, sirviéndola con inteligencia genial y actividad infatigable, había caído por fin en el seno del eterno reposo.

Desaparecieron las críticas, las burlas, los disentimientos y los odios de las horas de lucha, para no dar lugar sino á exclamaciones de admiración y duelo. Algunos de sus más ardientes opositores de otro tiempo, fueron en ese momento sus panegiristas más entusiastas.

La justicia de la historia se irguió súbita-

mente sobre la tumba recién abierta, señalando al que había bajado á ocuparla un puesto preferente en ese grupo de elegidos que, como él mismo lo dijo en su oración de la bandera, son rayos de luz que pasan de una á otra generación, y se irradian de un pueblo á otro pueblo, de un siglo á otro siglo, hasta asociarse á todos los progresos futuros de la sociedad y ser parte del alma humana.

En medio de los mayores honores entregó el pueblo paraguayo á manos argentinas los restos del grande hombre, que emprendió su viaje de regreso al seno de la patria en un buque de guerra estacionado oportunamente en el puerto de la Asunción en previsión del desenlace fatal.

Las aguas del Paraná abrieron paso al viejo luchador para que hiciera su última marcha sobre la tierra, la marcha triunfal que debía conducirle definitivamente á los dominios de la inmortalidad y de la gloria.

Las aldeas y ciudades ribereñas volcaron sus poblaciones á las orillas, á fin de que contemplasen el fúnebre cortejo, y en varios puntos el ataúd fué bajado á tierra, para volver cargado de homenajes y coronas á bordo de la nave capitana, que no de otro modo podía llamarse la que conducía al lugar de su último reposo los despojos mortales de Sarmiento, cuya llegada al puerto de Buenos Aires fué anunciada por el estampido del cañon.

La gran ciudad se había preparado con tiempo para recibirlos, y al día siguiente tuvo lugar el grandioso é imponente entierro, en medio de la solemnidad y el orden con que había sido organizado de antemano.

En el momento oportuno todos estuvieron en los sitios que se les había fijado, desde las altas autoridades de la Nación y las más ilustres corporaciones, hasta las modestas agrupaciones populares. Y en ese inmenso cortejo daba una nota simpática y saliente un grupo

de pigmeos que había pedido un puesto en la columna.

Sarmiento había actuado una gran parte de su vida en la prensa periódica, y los vendedores de diarios quisieron rendirle también su humilde homenaje. Reunidos en la calle pública, ó en los sótanos de una imprenta, ó en algún otro de los sitios que les son habituales, resolvieron dejar caer en una caja común, que sería probablemente la gorra descolorida y rota de alguno de ellos, los centavos que hubieran podido ahorrar en sus pobres bolsillos, á fin de adquirir con ellos una corona para ofrecerla al viejo periodista.

A mediodía fué transportado el ataúd desde el buque hasta el carro monumental que había sido preparado, y comenzó ese desfile de aspecto verdaderamente conmovedor y de proporciones extraordinarias, que no olvidarán jamás los que pudieron presenciarlo.

Abrían la marcha los cadetes de los institu-

tos militares dando la última guardia á su ilustre fundador; los niños de las escuelas, alineados en nutridas filas dentro y fuera del cementerio, esperaban los restos del gran maestro para deshojar sobre ellos las frescas flores que llevaban en las manos; millares y millares de cabezas descubiertas seguían en interminables filas recibiendo impasibles la lluvia menuda y persistente que caía, como si las nubes hubieran querido contribuir con su tributo á la tocante escena; alternándose con los diversos grupos de la enorme concurrencia, marchaban los cuerpos del ejército con el brillo de sus bayonetas, el pesado rodar de sus cañones y las banderolas de las lanzas haciendo ondear al viento los colores de la patria; las damas se asociaban desde los balcones y ventanas á la solemne manifestación, con esas delicadezas femeninas, tan sensibles á los prestigios del genio y del valor; las luces del alumbrado público, amortiguadas por negros crespones,

parpadeaban en la atmósfera húmeda y nebulosa del día lluvioso, ofreciendo á la imaginación sugestionada, algo como una mezcla de nimbos y de lágrimas; las salvas de la artillería y las notas agudas y plañideras de los clarines de guerra lanzaban al aire los ecos del duelo nacional; las reparticiones oficiales, las delegaciones de las provincias, los clubs, las corporaciones intelectuales, las diversas asociaciones nacionales y extranjeras formaban enormes grupos, cada uno de los cuales llevaba algún emblema de su admiración y de su afecto; y cerrando ese cuadro inolvidable que abarcaba una gran parte de la ciudad, y que se abría con montañas de flores y coronas, avanzaba una numerosa falanje de muchachos desgreñados y haraposos que, poniendo quizás por la primera vez de su vida un rostro compungido, seguían tristemente la humilde corona destinada á la tumba del gran escritor, cuyos geniales conceptos se habían estampado

tantas veces en las hojas de papel que esos propagandistas inconscientes de la luz, esos voceros del pensamieto llevaban aquí y allá, ofreciéndolas á los transeuntes con sus voces infantiles y vibrantes.

Si alguno de los que presenciaron ese espectáculo digno de ser cantado por las estrofas de Homero, tuvo más tarde uno de esos momentos de descreimiento y excepticismo en que se duda de todo, y se interrogó á sí mismo sobre lo que son en la tierra la popularidad y la gloria, la reproducción de esa escena en su memoria debió servir de suficiente respuesta á su pregunta.

---

# INDICE

---

Prólogo. . . . .	III
------------------	-----

## EPISODIOS DIVERSOS

Un discurso de Sarmiento. . . . .	3
Dos discursos de Avellaneda. . . . .	19
La inauguración del parque Tres de Febrero. . . . .	37
Avellaneda y Alsina. . . . .	51
Cómo escribían Sarmiento y Avella- neda. . . . .	83
En Entre Ríos y Corrientes. . . . .	97
Una excursión presidencial	
I. En Tucumán. . . . .	129
II. En Córdoba. . . . .	145



*Nipat 17641*

— 356 —

### La conciliación

I. Antecedentes. . . . .	165
II. El culto á la gloria. . . . .	185
III. El arreglo definitivo . . . . .	201
IV. La sanción popular. . . . .	217

### El año ochenta

I. Ruptura de la conciliación. . . . .	239
II. El conflicto. . . . .	257
III. La guerra. . . . .	286
IV. La paz. . . . .	307
Popularidad de Sarmiento. — Su muerte. — La apoteosis. . . . .	331

FIN DEL TOMO PRIMERO

*₱ 130-*

*Btca Central  
Exp. 110.648*